Ld Pol

1st Clan 10 Sands

S

Lu

Por.H
L126p

BIBLIOTECA ANDALUZA

2.ª SERIE. — TOMO IX. — VOLUMEN 19

PORTUGAL

CONTEMPORANEO

CONFERENCIAS

dadas en el

«FOMENTO DE LAS ARTES» DE MADRID

POR

D. RAFAEL M. DE LABRA

MADRID

ADMINISTRACIÓN, OBISPO, 2

OTRAS OBRAS RECIENTES DEL AUTOR

El Instituto de Derecho Internacional, 1 foll. 1889.
Introducción al Estudio de la historia Política contemporánea, 1 vol. 1880.
La Revolución-Norte americana, (Fundación de los Estados Unidos de América), 1 vol. 1882.
Discursos políticos, académicos y forenses, 2 volúmenes en 4.°, 1884-86.
La Colonización en la Historia, 2 vol. en 8.°, 1878.
El Ateneo de Madrid, 1 vol. en 8.°, 1880.

EN PRENSA.

La Revolución francesa de 1879, 1 volumen.
La Constitución Española de 1812, 1 volumen.

12843
73/2191.
C

PRECIO:

Para los suscritores: 1 peseta.
Para el público: 1,50 pesetas.

Madrid: 1889.—Imp. de T. Minuesa: Juanelo, 19.—J. I., impresor.

ÍNDICE.

Pág.

DEDICATORIA 5
AL LECTOR 7
I. **Lisboa y los Portugueses.**—La historia de Portugal.—La representación portuguesa.—Coimbra.—Oporto.—Lisboa.—La ciudad de Lisboa.—Los monumentos.—Sus alrededores: Belem y el Monasterio de San Jerónimo.—La bahía.—El pueblo.—El español y el portugués.—La Unidad ibérica.—Procedimientos . . . 9
II. **La Literatura Portuguesa.**—La situación y la representación histórica y política de Portugal.—Rasgos salientes de su historia.—Sus caracteres.—Sus relaciones con Castilla y con toda España.—Períodos de su Literatura.—Los siglos XII, XIII y XIV.—El rey Dionisio y la Literatura provenzal.—El siglo XV y la influencia castellana.—El siglo XVI y los quinhentistas.—Saa de Miranda, Gil Vicente, Barros y Camoens.—*Os Lusiadas.*—*O Parnaso* 93
III. **El romanticismo en Portugal.**—La decadencia política y literaria del siglo XVII.—Renovación del siglo XVIII por Pombal, la reforma pedagógica y los Arcades.—El movimiento de la indepen-

dencia de principios del siglo XIX.—El Romanticismo en Europa.—Su carácter político, literario y social.—Identificación en Portugal con la Revolución política.—El Vizconde Almeida Garret y sus obras.—Alejandro Herculano y sus obras.— El Círculo literario. — Antonio Feliciano de Castilho.—Rebelho da Silva.— Soares Passos. — Rodrigues Sampaio. — Jose Estevao. — Méndes Leal.— Camilo Castelho Branco.. 151

IV. **Los tiempos actuales de la Literatura Portuguesa.**—Decadencia del Romanticismo.—La Cuestión y la Escuela de Coimbra.—Teófilo Braga. — Anthero de Quental.—Joao de Deus.—Su vida y sus obras.—La Revista contemporánea. —La Renascença y la de Estudios Libres. —El Círculo literario.—Los poetas Guerra Junqueiro, Guihermo Braga, Bastos, Gómes Leal y Fernándes Costa.—La dramàtica y López Mendonza, Ennes y Pinheiro Chagas.—La novela y Castelho Branco, Eca de Queiros, Julio Diniz, Bento Moreno, etc., etc.—La crítica, la Sra. Vaz de Carbalho y los Sres. Latino Coelho y Ramalho Ortigao.—Los historiadores : Oliveira Martins.—Los oradores: Pinheiro Chagas, Navarro y Antonio Cándido.—La literatura periodística. —Los hombres de Ciencia.—Resumen. —Apocamiento y circunspección de la masa.—Alto valor de las individualidades y de los trabajos literarios.—Simpatías. —Porvenir de Portugal. — Afirmación ibérica.. 203

FIN.

A

Don Ramón M. de Labra y Rodríguez,

mi compañero de viaje por Portugal en 1888

Testimonio de cariño fraternal

preocupación de la letra de imprenta y (permítaseme la jactancia) de los desvanecimientos que produce el aplauso popular. Hace algunos años que me atengo á la política de los resultados. Y pretendo saber algo de cómo se consiguen éstos y lo que para este empeño vale la opinión pública *suficientemente solicitada*.

Como en los discursos que siguen digo, mis pretensiones son muy modestas. No creo haber hecho un estudio completo de la literatura contemporánea portuguesa. Ni remotamente. Pero sí afirmo que eso poco que he realizado me ha costado mucho trabajo y que es *lo único* que hasta ahora, en su género, se ha hecho en Europa: Portugal inclusive. No lo hubiera podido hacer sin el concurso de muy queridos é ilustrados amigos portugueses, cuyos nombres no cito porque quiero evitar discusiones y no puedo á cada paso precisar lo que es suyo y lo que es exclusivamente mío y de mi exclusiva responsabilidad.

De todos modos deseo y espero que estos verdaderos ensayos sirvan de base á trabajos más serios y transcendentales.

LABRA.

Julio de 1889.
Madrid.
Serrano, 31, esq. Lista

LISBOA Y LOS PORTUGUESES

Señoras y señores:

Me reconozco profundamente obligado por el honor que me dispensa la Directiva de esta meritoria Casa, al confiarme la empresa de resumir las conferencias dadas en estos ocho meses y de poner punto á los trabajos docentes y al curso académico de 1887 á 88. Pero aquí repito lo que he declarado á los Rectores de este Instituto: no me encuentro con medios ni en situación de hacer un discurso, y menos un discurso del corte y el alcance de una solemnidad. Mi salud, quebrantadísima durante el invierno pasado, no se ha restablecido por completo; ahora tengo la fatiga de los últimos debates parlamentarios, y las conferencias del *Fomento* durante el año acadé-

mico que hoy concluye han pasado de 30, sobre materias diversas, muchas totalmente extrañas á mis estudios, y en su inmensa mayoría completamente desconocidas para mí, que no he podido asistir á estas esplendorosas fiestas de la inteligencia. De modo que lo único que cabe dentro de mi situación dificilísima, es reducir mi tarea á agradecer el concurso que al *Fomento* han prestado los profesores que ocuparon esta Tribuna en el año que hoy termina; á hacer votos por que en el próximo continúen con tanta lucidez y con mayor desarrollo las conferencias nocturnas, y á dar por concluido el curso académico.

Pero yo me imagino la benévola protesta que saldría á los labios de las numerosas personas que llenan este salón, á despecho del calor que nos sofoca, y que no han venido seguramente á escuchar esta sencilla declaratoria, fuera de todos los usos y prácticas corrientes.

Aun dando escasísima importancia al orador, el público viene á estas fiestas para tomar nota de algunas indicaciones y referencias que le abran el camino para estudios más detenidos. Frecuentemente viene á aprender; en algunas ocasiones á distraerse; tratándose

de mí debo atenerme al primer supuesto, al supuesto de referencias é indicaciones que está en el caso de dar una persona de modestas facultades y que por determinadas circunstancias ha podido ver ó estudiar cosas y problemas que los demás, preocupados por otros asuntos en la tarea ordinaria de la vida, no han tenido tiempo, gusto ú oportunidad para observar y conocer detenidamente. El empeño, por tanto, es muy modesto y yo puedo aceptarlo sin arrogancia, máxime si pretendo hoy cumplirlo no por medio de un discurso, sino manteniéndome en el terreno de una *conversación* amistosa que terminará en el momento mismo en que concluya vuestra paciencia *(Aprobación)*.

Con estas ideas yo he meditado sobre la recomendáción que podría hacer á la Directiva de esta Casa y á los profesores que en el año próximo han de ocupar este sitio; y mi recomendación se contrae á la conveniencia de desenvolver un curso de geografía bajo la forma de relación ó exposición de viajes. El vacío que en este orden se advierte en la enseñanza española raya en lo excepcional. Y eso que felizmente, de pocos años á esta parte, contamos con los esfuerzos de dos Sociedades

tan bien inspiradas y tan laboriosas como la Sociedad Geográfica y la Sociedad de Geografía Comercial, llamada antes de Americanistas y Africanistas. Pero es evidente que en el cuadro de las tareas de nuestras Academias y nuestros Ateneos no entran por regla general los estudios geográficos, estimados como cosa de muy mediana importancia y compromiso de gente estrafalaria ó de maestros de escuela. Y en estas últimas, la geograría apenas si tiene un valor en relación con las demás especulaciones y los otros trabajos docentes.

Me llevaría muy lejos el combatir estos errores y el demostrar de qué suerte han sido vencidos en la mayor parte de los pueblos cultos. No quiero decir de qué modo está obligada la España de Colón, de Magallanes, de Vasco Nuñez de Balboa y del Cardenal Cisneros á mantener la tradición de las exploraciones geográficas; cómo nuestra historia resulta inexplicable sin el conocimiento de otros paises, toda vez que nuestro pabellón flotó en las más diversas comarcas y nuestra civilización es obra de las más complicadas influencias; y cómo, en fin, aun en este período de relativa decadencia, debemos recordar á cada paso para intentar nuestra regeneración,

como la ha intentado y logrado Italia, que necesitamos poner la vista fuera de nuestras fronteras, teniendo en cuenta lo que para nuestra vida de exteriorización representan las Antillas españolas, los archipiélagos filipino y de las Marianas, Fernando Póo y la estrecha faja africana que defienden los cañones de Ceuta y Melilla.

Me basta la indicación hecha, y ésta la relaciono con mi opinión favorable, tratándose de lecciones y conferencias que hayan de darse en este sitio, á la forma actractiva y aparentemente ligera de la *relación de viaje* que tanto interesa al lector ó al oyente, no sólo porque se identifica con los sentimientos, las aprensiones, las peripecias y los accidentes del narrador, sino también por ser esta forma modesta la que permite mejor entrar en pormenores y detalles absolutamente incompatibles con el tono y carácter de los discursos solemnes, que tienen otro fin y revisten otra importancia.

En este sentido me permito llamar la atención de los profesores de esta Casa para el año próximo, y no contentándome con dar el consejo de la palabra me atrevo á ofrecer el ejemplo, con todas las salvedades propias

de quien francamente reconoce y proclama que no está hecho á estas empresas y duda grandemente de que sus buenos deseos sean correspondidos por un mediano éxito. Pero, en fin, yo voy á intentar, con vuestra benevolencia cien veces probada, lo que otros podrán realizar incomparablemente mejor que yo.

Quiero decir, y explicar prácticamente, cómo entiendo yo la relación de viajes; ó mejor una de las maneras posibles de esa relación, que no ha de contraerse siempre á paises lejanos, á la descripción de los prodigios de la naturaleza, á la vida de los salvajes, á los incidentes dramáticos de la navegación..... que son los temas más corrientes de esta clase de trabajos. Yo voy á hablar de algo próximo, de un pueblo civilizado cuyo conocimiento no es muy común entre nosotros y que nos interesa por muy diversos conceptos. Quiero hablaros de Portugal y más aún de su representación más completa, de Lisboa; tratando el tema con cierta neutralidad y sin pretensiones de exponer todo lo que vale el reino hermano en el orden de la política, de la legislación, de la literatura etc., etc.

Os comunicaré mis impresiones de hace dos ó tres meses, en cuya fecha, como es

aquí bien sabido, tuve que buscar en la capital portuguesa reposo y salud. Ví aquello á vuelo de pájaro, y por tanto yo no puedo permitirme más que indicaciones, con todas las reservas de un hombre que sabe el cuento de Voltaire sobre las Mujeres francesas vistas por el alemán desde la ribera germánica del Rhin *(Atención)*.

Pero yo quiero establecer siquiera de pasada que soy poco propicio á las expansiones y conquistas que tanto se recomiendan á España en estos últimos años, porque entiendo que ya tenemos bastante con arreglar lo de casa y lo que inmediatamente nos afecta. Por tanto no me deslumbran ni las exploraciones de la Costa de Oro, ni la adquisición de un puerto en el Oriente de Africa, ni aún me preocupa de cierto modo la división y reparto del imperio de Marruecos, siempre que esto no venga condicionado por graves circunstancias que afecten directamente á la independencia y seguridad de nuestra península. En cambio creo que nos debiéramos preocupar mucho de la despoblación de las comarcas contíguas á Alicante, Murcia y Albacete, cuyos hambrientos habitantes salen en legión á buscar lo indispensable de la vida en la veci-

na Argelia; como nos debiéramos preocupar de la colonización de las Filipinas, saliendo de anacronismos inverosímiles y evitando los peligros que ya denunciaron respecto del Perú y otras regiones de la América latina las famosas Notas secretas de Don Jorge Juan y Don Antonio de Ulloa; como debiéramos preocuparnos del brillo y poderío de Cuba y Puerto Rico que salvamos del inmenso naufragio de nuestro gran imperio colonial del Nuevo Mundo, y por cuya prosperidad y cuyo esplendor debemos recobrar el prestigio perdido en aquel continente lleno de nuestras homéricas memorias y de la magia de una naturaleza inagotable y prodigiosa; como, en fin, debiéramos preocuparnos de este reino lusitano que palpita á nuestro mismo lado, del que, como Byron decía, no nos separa ni un pliegue del terreno ni el arroyuelo más insignificante, donde desaguan con imponente magnificencia nuestros tres legendarios rios, el Tajo, el Duero y el Guadiana; donde se abaten nuestras grandes montañas, como para lanzar en las amplitudes del Atlántico y entregar á las tentaciones de lo desconocido y lo heróico á los fantaseadores y febriles habitantes del Occidente de España, y donde

se combinan la voz de sus necesidades, la reclamación de sus destinos y las exigencias de la corriente histórica que domina los últimos días del siglo XIX, para una obra de unión y concordia con el resto de la Península que tiene su fórmula en esa idea de la *Unión ibérica* que hace vibrar las fibras más íntimas y desbordar los sentimientos más generosos de la España contemporánea *(Grandes y estrepitosos aplausos).*

Si yo tuviera alguna duda respecto de lo que significa Portugal para España, me la disiparía la entusiasta demostración con que acabais de interrumpir mis palabras y á la que yo daría una importancia muy condicional y relativa, si no conociera de muy atrás el sentido profundamente liberal y expansivo que carecteriza al público habitual de las conferencias del *Fomento de las Artes.* Porque bien sé que simpática es para todos los pueblos la idea de su ensanche, y cuán grato debe ser para un pueblo de nuestras belicosas tradiciones el crecimiento de nuestro imperio por la conquista y la dominación. Pero yo debo hacer al propio tiempo que la afirmación más calurosa de los sentimientos de nuestra patria respecto de este particular y la

proclamación solemne de que todo lo que nos rodea nos lleva de un modo irresistible á la unidad ibérica, la protesta más enérgica contra toda idea ó toda tendencia atentatoria á la dignidad del pueblo lusitano, ¡qué digo á su dignidad! contra todo lo que de cerca ó de lejos pueda significar un propósito de violencia, cuanto más una tentativa, orgullosa y contraproducente, de encomendar la obra fecunda de la aproximación y unificación de los pueblos portugués y español, á procedimientos que impliquen cierta precipitación y cierta arrogancia ó que oculten el desatentado pensamiento de restaurar bajo cualesquiera formas y con cualquier pretexto aquel período verdaderamente ominoso de la superioridad y del dominio de España sobre Portugal, que comprende los años de 1580 á 1640, y en que bajo la agostadora dinastía de la Casa de Austria se sembraron en todo el país vecino gérmenes de odio, determinando la iniciación de la decadencia del reino engrandecido por Alfonso III, el Rey Dionisio y el Rey Don Manuel.

Por lo mismo que yo soy iberista, y antiguo y cada vez más convencido, necesito que estas declaraciones de fervorosa simpatía sean

inmediatamente seguidas de aquellas protestas en favor de los procedimientos morales y pacíficos en que cifro el éxito de la empresa civilizadora que nos imponen las necesidades de los tiempos *(¡Bien, muy bien!)*

Con lo dicho ya, he consignado lo bastante para que se entienda por qué y cómo me ha interesado siempre y me interesa hoy excepcionalmente el país lusitano. Yo soy un iberista de antaño. Mis sentimientos no se han amortiguado en este último período, durante el cual parece que la tendencia iberista se ha desvanecido un poco en España, precisamente cuando nuestras comunicaciones mercantiles, el trato social y las vías férreas hispano-portuguesas se han aumentado de un modo verdaderamente extraordinario.

Sin entrar en profundas disquisiciones, impropias del fin y el tono de esta conversación amistosa, puedo aquí recordar cómo el siglo XIX se despide con grandes experiencias realizadas bajo la ley de la síntesis. En otra época, la ley que privaba era la de la individualización, lo mismo en la esfera de la acción particular que en el orden de la vida colectiva. Fué la época de los Señoríos y del Feudalismo, de las Cartas pueblas y de los mu-

nicipios, de las ciudades anseáticas y de las ciudades italianas, de los cantones suizos, de los Estados americanos, de la huraña independencia del Paraguay y del concierto de los pueblos cristianos. Quizá sin este espíritu local, exclusivo y egoista, no se hubieran constituído los elementos principales y los grandes factores de la vida moderna; como es evidente que sin la influencia individualista del Código de Napoleón y de las leyes económicas, desvinculadoras y desamortizadoras del primer tercio de nuestro siglo, la sociedad contemporánea no hubiera podido desarrollarse, aun corriendo los peligros de la monstruosa lucha por la existencia y la amenaza incesante de la llamada cuestión social. Pero no ménos exacto que todo esto, es que las corrientes literarias, económicas y políticas de estos últimos días van rectificando la tendencia individualista, como lo demuestran las leyes sobre el trabajo, el advenimiento de la Democracia, las modificaciones de las constituciones suiza y americana, los Congresos internacionales de París y de Berlín, los esfuerzos felicísimos para codificar el derecho internacional privado, las recientísimas tendencias de los Estados Unidos, Inglaterra y

Francia para establecer el arbitraje internacional permanente, y sobre todo en el orden especial de las ideas y de los intereses de que ahora me ocupo, la unidad ibérica y la unidad germánica, junto con los esfuerzos cada vez más poderosos por ensanchar el reino helénico y constituir y organizar la raza eslava sobre las riberas del Danubio. Pues yo os digo que bajo la presión de esta corriente es imposible que desempeñen su papel en el concierto general del mundo y señaladamente en el concierto europeo, los dos pueblos ibéricos separados, con población pequeña, con menguados recursos, con susceptibilidades y posibles antagonismos, que no sólo dificultan su acción exterior, sino que pueden comprometer en un momento dado su respectiva independencia, su representación histórica y de raza, y su carácter internacional.

Pero aun cuando Portugal no tuviese para mí este atractivo, siempre me lo ofrecería abundante é irresistibie bajo el punto de vista pintoresco y legendario. No me refiero al arte. Con toda franqueza declaro que en este particular el vecino reino no tiene comparación con España, que es hoy por hoy el país más pintoresco del mundo. Para llevar la de-

lantera nos bastarían Toledo, Salamanca, Sevilla y Granada. Pero aún dándole toda la importancia que tiene el doble poema de la Reconquista española y del descubrimiento y colonización de América, hay que convenir en que lo que Portugal hace en un cierto período de su historia, dadas sus circunstancias y condiciones, supera, como legendario, á lo que se hace en el resto de la Península.

Considerad que se trata de una estrecha faja de tierra situada al extremo occidental de Europa, y por tanto, y con relación á la época anterior al siglo XVI, fuera de las influencias del mundo culto y dominante.

Hoy mismo ese reino tiene sólo 576 kilómetros de largo por 168 de ancho ó sea la quinta parte del territorio de la Península. Lo cual no quita para que tenga muy cerca de 5 millones de habitantes ó sea una población relativamente mayor que la de la España peninsular. Además, todavía sus provincias ultramarinas y sus colonias tienen alguna importancia. Posee muy cerca del continente Europeo el archipiélago de las Azores y las islas de Cabo Verde y de Madera en la vecindad de nuestras Canarias. En la costa occidental de Africa tiene los establecimientos

del Congo y la isla de Santo Tomás no lejos de nuestras islas de Fernando Póo; en el Africa Oriental tiene la Capitanía General de Mozambique, y en Asia á Din, Daman, Goa, Macao y parte de la Isla de Timor. Con la población de estas colonias la población de Portugal pasa de 8 millones de habitantes.

Pero esto ahora; hace cuatro siglos era un reino despoblado, constituido independientemente por algo como una rebeldía del aventurero Enrique de Borgoña, que recibió de su suegro el rey Alfonso VI de Castilla en 1095 el condado de Porto ó sea la pequeña comarca comprendida entre el rio Miño y el rio Duero.

Desde el siglo XII al XV aquel condado se extiende hácia el Sur y su vida se va desarrollando en lucha permanente con el castellano que le hostiga por el Este y el moro que le aprieta por el Sur. La victoria de Enrique contra los moros en 1139 y la de Aljubarota contra los castellanos en 1385 vienen á ser los cimientos de la independencia de Portugal cuyos altos destinos señala en el primer tercio del siglo XIV el Rey Don Dionisio y cuya grandeza comienza en el siglo XV para llegar á su apogeo en la primera mitad del siglo XVI.

Es decir, bajo los reinados de Don Juan II, el *Perfecto*, de Don Manuel, el *Afortunado*, y de Don Juan III, el instaurador de la Inquisición y al propio tiempo restaurador de la Universidad de Coimbra.

Apenas se comprende que en aquel reducido espacio, una población escasa y desprovista de recursos, combatida y estrechada por el lado de tierra por un vecino turbulento y á quien siempre asedió la idea de dominar al lusitano, bajo los anatemas y las exigencias crecientes del poder clerical y con el paso cerrado por la inmensidad del Atlántico que baña una dilatada y abierta costa, apenas se comprende, digo, que aquel puñado de hombres imaginase y después acometiese la colosal campaña que se inicia con las tentativas de Bartolomé Díaz y el descubrimiento del paso del Cabo de Buena Esperanza para concluir colocando la bandera portuguesa en Africa, Asia y América, después de luchar, no sólo con los prestigios del misterio, el furor de los elementos, la bravura de los indios y salvajes y el desamparo anejo á la lejanía del suelo patrio, sino también con la envidia y las asechanzas de Castilla, Inglaterra y Francia, donde á la sazón se despertó la pasión de

las expediciones lejanas, y con la enemiga declarada de la arrogante y nada escrupulosa Venecia, señora hasta entonces del comercio Oriental y que jamás se allanó á verse sustituida por Lisboa, que en el siglo XVI llegó á ser lo que Alejandría en la antigüedad y Amsterdam en el siglo XVII y en nuestros tiempos Lóndres y Liverpool. No puedo describir aquella empresa verdaderamente inverosímil que remata, para que todo sea imponente, con la catástrofe del Rey don Sebastián en aquella inmensa locura que se llamó la expedición al Africa y la batalla de Alcázar en 1578 y con el desplome del poderío lusitano á los pies de los Felipes de España, en el período sombrío de nuestra dominación de sesenta años, allí conocido con el nombre de período de *cautiverio y tiranía.* Es imposible subir más alto ni caer más hondo *(Aplausos).* Si necesitara un testimonio irrecusable, invocaría el de los mismos españoles, que en punto á audacias pasan justamente por maestros y han crecido en el teatro de lo asombroso. Á ellos mismos les pareció imponente la iniciativa lusitana y la sabiduría popular la selló con aquel viejo refrán que dice: «Portugueses, pocos y locos» *(Aplausos).*

Y para que la magia del espectáculo no concluya, todavía la historia registra á los 150 años de estos imponentes sucesos y cuando despues del viril sacudimiento de 1640 que devolvió la libertad al pueblo portugués, el mundo apenas tiene noticia de los lentos y trabajosos esfuerzos que allá en la desembocadura del Tajo se hacen para reconstruir en condiciones modestísimas el destruído edificio, perdidas para siempre las magníficas posesiones del Africa, en peligro constante el Brasil y bajo la presión creciente de la agostadora influencia político-religiosa de Roma y la económica no ménos dura de Inglaterra, surge de repente, con todo el aparato de una aparición teatral, una figura inmensa que reune en sí, condensándolas, la nota homérica de las tradiciones portuguesas con el valor de los *precursores*, y la representación de la gran Revolución contemporánea que se inicia á fines del siglo XVIII. Me refiero al Marqués de Pombal, que surge en medio del horrendo huracán que destruyó á Lisboa en 1755, y que domina y transforma aquel pueblo, combatiendo á la nobleza y al clero, expulsando á los Jesuitas, retando á Inglaterra, desafiando á Roma y abriendo en los 30 años

de su gobierno, los caminos de la regeneración y el porvenir del pueblo lusitano. Debía de haber allí gran vida cuando después de la rota de Alcázar y á los dos siglos de decadencia y lucha interior, puede producirse una personalidad tan llena y tan representativa como la del Marqués de Pombal *(Aplausos)*.

Bastarían estos datos para justificar las simpatías de que os he hablado. Y ahora debo añadiros que el exámen ligerísimo que sobre el terreno he podido hacer en mi viaje punto ménos que telegráfico, abona todas mis favorables prevenciones. Ni puedo ni debo hablaros de todo Portugal. Realmente yo no lo conozco. Ni pretendo disertar sobre ciertas esferas de su vida. ¡Quién sabe si con mayor espacio y mayores datos me decida en el año próximo á dar sobre estos puntos alguna conferencia! Pero los pueblos modernos aun más que los antiguos, se condensan en sus principales ciudades. El Portugal de nuestros días ofrece tres á la consideración del viajero: Lisboa, Oporto y Coimbra.

Coimbra es la ciudad literaria portuguesa—la ciudad *sábia*—favorecida por todos los prestigios tradicionales, halagada por las caricias de la Naturaleza y henchida por la ale-

gría de los 1.500 estudiantes que, con traje clásico y aire desenvuelto, recorren sus calles y jardines, como los escolares típicos de nuestra antigua Alcalá. Tiene hoy 14.000 almas y en este concepto y por cima de ella están, además de Lisboa y de Oporto, Braga que tiene 20.000, y Setubal que tiene cerca de 15.000. Evora en punto á población está casi á la misma altura. Pero Evora y Braga, aquella en la parte meridional del reino portugués y en el centro del triste Alentejo, y ésta en la parte más septentrional y riente, muy cerca de la frontera gallega, sólo atraen por su historia y sus ruinas de tiempos bastante remotos. Evora es una vieja ciudad romana que fundó Sertorius é hizo municipio César. Se llamó *Ebura* y luego *Liberálitas Julia*, y en ella se ven los restos de un templo de Diana, de varios sepulcros y de un acueducto. Los árabes la poseyeron desde el siglo VIII al XII: los jesuítas crearon alli una Universidad que se cerró cuando aquellos fueron expulsados; allí se celebraron Cortes y la tuvieron varios reyes lusitanos, y desde allí resistió al ejército liberal del Emperador Don Pedro hasta caer en 1834, firmando la Convención que lleva el nombre de aquella ciudad, el famoso Don Mi-

guel, es decir, la representación más fiel de la causa absolutista en Portugal. El Alentejo, de que es capital Evora, continúa representando principalmente (aun hoy, si bien con grandes atenuaciones) el sentido tradicionalista portugués. Braga, que es la capital de la provincia del Miño, se llamó *Bracara Augusta* en los tiempos romanos, y en sus alrededores se ven las ruinas de un templo, un acueducto y un anfiteatro. Allí se celebraron concilios, y los suevos que de ella hicieron la capital, allí abjuraron el arrianismo. Los árabes la poseyeron á partir del siglo XI, y luego de reconquistada por los castellanos, pasó á la Monarquía portuguesa en el siglo XIII. Setubal, en las proximidades y en la latitud de Lisboa, es quizá la población portuguesa que más avanza sobre el Atlántico. Su importancia está en sus salinas, sus pescados y sus salazones. He oído decir que de las 400.000 toneladas de sal que produce el reino vecino, las dos terceras partes salen de Setubal, y he leído no sé dónde que considerada la riqueza animal de las aguas de este puerto, donde se encuentran diversas corrientes oceánicas, el Mediterráneo y la bahía de Gascuña, son casi desiertos. Bien es verdad que Portugal fué en

sus hermosos tiempos el proveedor de pescados de gran parte de Europa y el monopolizador del bacalao, que los marinos portugueses llegaron á vender en Inglaterra y hasta en la misma Noruega.

El brillo, la fama y la representación de Coimbra, son otros y muy superiores. Capital de la Beira superior, situada entre Oporto y Lisboa, y construida sobre la ribera septentrional del Mondego, en medio de viñedos, limoneros y extensos olivares, destaca entre todos sus viejos edificios y sus numerosos y espléndidos jardines, el vasto palacio de la Universidad, única de Portugal, fundada en Lisboa á fines del siglo XIII y establecida donde hoy se recomienda al respeto del viajero, en los primeros años del siglo XIV. Rival de nuestra famosa de Salamanca, aquella ilustre Casa absorbe aun hoy toda la importancia de la ciudad, de origen también romano, y que ha pasado por la dominación de los godos y los árabes. Sobre aquel palacio pesaron horriblemente la Inquisición y los jesuitas desde mediados del siglo XVI hasta fines del XVIII, y su influjo hubiera sido desastroso para la cultura del pueblo lusitano sin la reforma de Pombal, que en 1772 le convirtió en foco de

inteligencia y progreso para aquel pais, conservándose de esta suerte casi hasta los mismos días que vivimos. Porque fuera del valor puramente cientifico de sus trabajos, hay que tener muy en cuenta que de Coimbra y por la soliciud del sabio profesor Pascual José de Mello Freire, salieron los hombres eminentes de la Revolución liberal del primer tercio del siglo XIX, y de Coimbra han partido muy recientemente los esfuerzos renovadores de la Escuela que en 1865 tomó el nombre de aquella docta ciudad, contra el ultraromanticismo, y que tan señalada influencia viene ejerciendo, sobre todo en la Filosofía, la Crítica y la novela del reino vecino.

Pero hay que reconocer que el desarrollo político y las novísimas creaciones é institutos científicos de Lisboa han quitado el monopolio de la gran cultura, rebajando no poco la representación docente que en estos últimos doscientos años venía ostentando la pintoresca Coimbra. Porque aparte de los notabilísimos Museos Colonial, Militar, Antropológico y Arqueológico con que hoy cuenta Lisboa (y en condiciones no superadas ciertamente por nuestros mejores establecimientos análogos), y prescindiendo, si fuera posible,

de sus Observatorios meteorológico y astronómico, y de su lindo y bien provisto Jardín Zoológico y de aclimatación, muy superior á cuanto aquí poseemos, la capital del vecino reino tiene hoy un Curso Superior de Letras, una Escuela politécnica, una Escuela de Medicina y Cirujía, otra de Farmacia, la Academia Real de Ciencias, la de Bellas Artes, el Conservatorio de Música, los Institutos Agrícola é Industrial, el Liceo nacional central, las Escuelas Normales, la Naval y la del Ejército, todo lo que con los cincuenta y tantos periódicos politicos de todas clases que allí se publican y las importantes casas editoriales que allí trabajan (puesta la vista muy principalmente en el mercado brasileño), establece una superioridad evidente desde el doble punto de vista de la instrucción pública, de la cultura general y de la influencia propia de los grandes centros intelectuales de un país aun mucho más extenso, rico y poblado que Portugal.

Oporto es la Ciudad mercantil é industrial. Como nuestra Barcelona.

Sus pretensiones llegan al punto de rivalizar con Lisboa, á pesar de no tener más de 100.000 habitantes, mientras ésta tiene el

triple. Con frecuencia los portugueses recuerdan que el orígen del Reino fué aquel pequeño espacio de terreno que limitan el Duero y el Miño, y donde se alzan Oporto y Braga, y que á pocos kilómetros de la primera de estas ciudades está Lamego, donde las famosas Cortes de 1143 proclamaron la independencia del país; los etimologistas recuerdan que la actual ciudad de Oporto fué el *Portus cale* de la antigüedad y de donde tomó nombre toda la actual nación portuguesa; los economistas hacen valer la importancia que tiene la emigración portuense para el Brasil (no ménos de 15.000 hombres por año), de donde procede quizá la tercera parte del capital presente del país vecino: cítase á cada hora la observación de Reclus de que si Francia estuviera poblada como la comarca citada, tendría más de 70.000.000 de habitantes y se invoca la autoridad de Link para comparar los campos regados por el Duero á jardines hábilmente cultivados. Allí está el *Paiz do Vinho* que disputa á Jerez la clientela inglesa y brasileña, y que representa no ménos de la octava parte de todo el vino de Portugal, que ha llegado hace diez años á 6.000.000 de hectólitros. Luego vienen los recuerdos del primer tercio de este

siglo, en cuyo período Oporto figura como el centro del movimiento liberal y regenerador. Y se habla de los muelles sobre la desembocadura del Duero, y del constante movimiento de buques y del comercio que, por las cifras de la exportación y la importación, no representa menos de 100.000.000 de francos, y se señala el Palacio de Cristal donde se celebró la Exposición internacional de 1865, y la Bolsa y la Escuela Politécnica y la Escuela Médico-quirúrgica y el Instituto industrial y el Museo Luso y muchos otros detalles de verdadera importancia unas veces, exagerados otras por el deseo y los tonos vivamente expresivos y un tanto fastuosos de los que en el Norte de Portugal representan la oposición tradicional muy semejante á la de Barcelona respecto de Madrid.

No hay por qué ni para qué negar el valor positivo de Oporto, pero tampoco se puede resistir la superioridad que últimamente ha adquirido Lisboa, por efecto de muy diversas y complicadas causas.

Entre ellas pongo la ventajosa situación geográfica de Lisboa, casi en el centro del litoral lusitano y en la desembocadura de un caudaloso río navegable hasta la frontera his-

pano portuguesa: la amplitud y comodidad de su segura bahía, capaz de contener todas las escuadras del mundo y hoy favorecida excepcionalmente por casi todos los grandes vapores que desde Francia, Alemania é Inglaterra hacen el viaje á las Antillas y á la Plata: la concentración de las líneas férreas que representan sobre 1.500 kilómetros de explotación y tienen por cabeza las estaciones de Lisboa: la constitución de los grandes Sindicatos que presiden ó dirigen las obras públicas más importantes del Reino ó las empresas financieras de mayor resonancia: y en fin, el desarrollo de su población y de su capital, con el valor extraordinario que le dá la residencia de la corte y de los grandes centros políticos y administrativos de la Nación. De este modo, aun bajo el punto de vista industrial, resulta, según una Estadística oficial publicada hacia 1881, que el capital dedicado á la industria en el distrito de Lisboa subía á ocho y medio millones, y el de Oporto á seis millones, estando representada la producción en una y otra comarca por una cifra igual: unos diez millones de duros. Y en 1875, según el libro del Sr. Gerardo Pery, sobre «Geografía y Estadística de Portugal y sus Colo-

nias,» de los 479 barcos mayores (que daban unas 95.600 toneladas) matriculados en los diferentes puertos portugueses, 152 con 39.000 toneladas pertenecían á Lisboa y 137 con 38.500 toneladas á Oporto. Como no pretendo hacer un estudio detallado, no puedo traer cifras más recientes y minuciosas; pero sí diré de paso que el actual movimiento comercial del Reino vecino pasa de 60.000.000 de pesos, habiendo aumentado más de cinco millones desde 1881 y llevando siempre la delantera el puerto de Lisboa.

Por manera, señores, que dada la necesidad de concretar mis observaciones y de estudiar á Portugal en una de sus representaciones más vivas y completas, debo preferir á Lisboa; la cual, además por las condiciones morales, históricas y geográficas del vecino Reino, le representa incomparablemente mejor que Madrid representa á España.

Pero necesito insistir en lo que varias veces y de pasada he dicho. Yo no pretendo ni puedo pretender dar á mis palabras y á mis observaciones el carácter de un estudio grave y detenido del pueblo lusitano y de la comarca portuguesa. Perdonadme que insista en ello. Desde aquí hablo sólo como un viajero:

como *touriste*. De modo que debo reducirme á consignar *impresiomes* y á señalar *notas*.

En este supuesto, digo que la primera y más honda impresión que en el viajero se produce al entrar en Lisboa, es la de su incomparable puerto y de su pintoresca disposición topográfica. La ciudad se extiende á lo largo de la márgen derecha del Tajo, apoyándose por el Este en los olivares y en las rientes huertas de Poço do Bispo y por el Oeste en los jardines de Belem: es decir, una línea de catorce kilómetros, de que forman parte y muy principal, la bellísima alameda conocida con el nombre de *Aterro de Boa Vista* y la soberbia plaza del Comercio, quizá no igualada por ninguna otra análoga de Europa. Desde esta línea la ciudad sube hácia el Norte, buscando por pintorescas gradaciones las colinas que se desenvuelven al pié del admirable macizo de Cintra, cuajado de limoneros, camelias y jazmines. La disposición de la ciudad, en esta dirección, es por todo extremo original. Divídese en dos partes. La inferior y contigua al río viene á formar una estrecha faja, en terreno llano y abierto. Las calles son anchas y rectas y los edificios modernos y bien dispuestos. Como que es la ciudad nueva,

construida despues de la catástrofe de 1755, producida por la más horrible combinación del huracán, el temblor de tierra, el desbordamiento del mar, el incendio y el pillaje. Creo que difícilmente se registra en la Historia otro desastre semejante. Cinco segundos bastaron para echar por tierra 3.850 edificios, y las rabiosas olas del mar entrando por los muelles y acosando á los aterrados fugitivos de aquel terrible desplome, llegaron á más de 12 metros de altura. Donde entonces estaba el Palacio Real hoy se ostenta la gran plaza del Comercio, con sus magníficos portales, sus soberbios edificios dedicados á los Ministerios, la Aduana y los Tribunales Supremos; con su gran arco triunfal que da paso á la rua Augusta y desde donde se ve la plaza de Don Pedro IV y el teatro de Doña María, levantado sobre las ruinas de la Inquisición, y en fin, con su monumento central en honor del Rey José I, el Rey filósofo, sostenedor de Pombal y reconstructor de Lisboa. Toda la línea inferior de la plaza la forma un río, por aquel sitio siempre alto y un poco movido y á donde se baja por una ancha escalinata: de suerte que las embarcaciones menores y aun algunos pequeños vapores pueden tocar los mismos

muros de la plaza, confundiéndose con la inmensidad de gaviotas que, por caso raro, y sin preocuparse de barcos ni de hombres, revolotean por aquellos contornos. Del lado opuesto están las grandes calles que conducen al interior de la ciudad y que llevan los significativos títulos de la *Plata* y el *Oro*.

La parte superior de la ciudad es originalísima. Procede de tiempos varios y muy antiguos: como que la leyenda atribuye su fundación á Ulises, por donde quizás le vino el nombre de *Olisippo* ó Ulisipo. Otros la refieren á los fenicios, pero es seguro que fué ciudad municipal en tiempo de los romanos, con el nombre de *Félix Julia*, que los visigodos la llamaron *Olisipona*, y los árabes, que la poseyeron en el siglo VIII, *Lischbuna*. En el siglo XII y después de haber sido cristiana y árabe diversas veces, queda definitivamente al amparo de la Cruz, gracias al esfuerzo de los cruzados de toda Europa, bajo la dirección de Alfonso I de Portugal. Las casas, calles y plazas de la población superior están como sobrepuestas con singular regularidad. Parecen unos de nuestros *Nacimientos* de la plaza de Santa Cruz. Los desniveles y las cuestas son en Lisboa extraordinarios, al pun-

to de existir en algunas calles *ascensores* para la gente de á pié y planos inclinados y el sistema de la cremallera para los tranvias. Por esto en Lisboa no hay coche de alquiler que no lleve dos caballos. La cima la determinan el Castillo de San Jorge, el Paseo de la Estrella, la Avenida de la Libertad y el Campo de Santa Ana, brotando por todas partes palmeras, araucarias, nísperos, naranjos y laureles eternamente verdes, como consiente la temperatura dulcísima de Lisboa, análoga á la de Alicante, que viene á estar en la misma latitud, pero con la inmensa ventaja de las refrigerantes brisas del Atlántico en vez del abrasado aliento del desierto africano.

La capital lusitana no tiene grandes y hermosos edificios: el mejor quizá es el Palacio Municipal, de construcción novísima. Ni la disposición de sus calles ni el arreglo interior de la ciudad corresponden á la soberbia impresión que al primer golpe de vista produce. Pero sería muy difícil señalar otro pueblo de Europa de apariencia más pintoresca y deslumbradora.

Mas lo que excede á toda ponderación es la desembocadura del Tajo. Al llegar á la costa para confundirse con el Océano forma un

inmenso golfo cuya línea de apoyo no tiene menos de 20 kilómetros de largo. La curva del golfo, que es la línea de la izquierda, quizá pasa de cuarenta. Preséntase al viajero mucho antes de llegar á Lisboa, porque la vía férrea viene corriendo sobre el río desde Azambuja: esto es, á 47 kilómetros de la Estación Central, y casi allí mismo comienza el *delta* del Tajo, que—como ya todo el mundo sabe—es por donde en remotísimos tiempos se desaguó el gran mar interior que ocupaba la actual meseta de las dos Castillas.

Por de contado que toda esta línea curva está poblada de caseríos y pueblecillos, algunos de importancia, como Almada, Barreiro, Seixal y Aldea Gallega, situados precisamente delante de Lisboa, ó sea de la línea de Poço do Bispo á Belem, de que he hablado anteriormente. Con esos pueblecillos sostiene Lisboa comunicación constante por medio de pequeños vapores que atraviesan la bahía en veinte minutos ó en una hora, según las distancias: dato que os hará comprender la amplitud excepcional del Tajo en aquellas alturas, y que daría cómodo y seguro abrigo al doble de los barcos que pueblan los muelles de Lóndres, Liverpool, Marsella ó la Habana.

Bajo este concepto tanto como en el de la belleza, bien puede aventurarse que Lisboa sólo tiene rivales en las bahías de Nápoles, Rio Janeiro y Constantinopla. Sólo que el número de barcos que ahora allí se ven no corresponde á la magnificencia del puerto. No puedo precisar datos en este momento; pero sé que hacia 1870, los barcos llegaron á 3.300, con millón y cuarto de toneladas.

Al llegar á Almada, se cierra el golfo y comienza el canal que une la bahía con el Atlántico y que vendrá á tener unos diez ó doce kilómetros de extensión, por dos de ancho, con una profundidad de 20 á 25 metros, que permite la entrada á los barcos de mayor porte.

Como he dicho, la ciudad de Lisboa, con sus arrabales, termina por la parte del Oeste en Belem, cuyo barrio se halla situado precisamente á la mitad del canal á que me estoy refiriendo. Desde allí hasta el Atlántico, pueblan la orilla derecha del Tajo muchas y bellas casas de campo hasta terminar en la pintoresca aldea de Oeiras. Un poco más allá y frente al Océano está la poética Cascaes; una lindísima estación de baños, de fácil y constante comunicación, por mar y por tierra, con

Lisboa. A la entrada del estrecho se alzan dos fuertes, que constituyen la defensa (no sé hasta qué punto seria) de Lisboa: el fuerte de San Julián, á la derecha: la Torre do Bugio, en un islote, á la izquierda.

Ahora bien, con estas ligeras indicaciones paréceme que basta para que se comprenda la posición excepcional que tiene Lisboa, desde el punto de vista comercial y en el orden de las relaciones y trato general con el mundo contemporáneo y del porvenir. No se necesita esfuerzo alguno para explicarse cómo y por qué se han podido establecer las íntimas relaciones de Portugal é Inglaterra, y de qué suerte Portugal influye en el Brasil y este último reino en el primero, independientemente de la doble razón de orígen y parentesco. Y no quiero decir nada sobre lo que esa posición privilegiada valdría, si las condiciones actuales de Portugal fuesen otras y su voto y su fuerza pudieran pesar de un modo considerable en los complicados problemas políticos y económicos de carácter internacional con que se despide el siglo XIX y que tienen ya preocupados á los gobiernos y á los publicistas de mayor importancia y renombre.

Pero contemplando aquella soberbia bahía

y reflexionando un momento sobre el valor y alcance de las expediciones ultramarinas de España y Portugal en los siglos XV al XVII, no he podido sustraerme al pensamiento de lo que hubiera podido ser la gran Monarquía ibérica constituida por la extinción de la línea de Borgoña, en Portugal, bajo el cetro de los tres Felipes, á no comprometer aquella obra el espíritu centralizador y receloso de nuestra casa de Austria y la política afrentosa y demoledora de nuestro famoso conde de Olivares. Ni en la época de Carlo Magno se había dado imperio semejante, ni entonces ni aun después se ha ofrecido otra parecida disposición de comarcas relacionadas con centro tan bien fijado como Lisboa, á la desembocadura de un soberbio río, favorecido por un clima delicioso, en el último límite de la Europa Occidental, en comunicación facilísima con todo el mundo conocido y á la distancia menor posible de las diversas regiones amparadas por la bandera ibérica.

No es difícil imaginar la política que hubiera podido desarrollarse sobre esta base, y complace el pensar sobre la influencia que hubiera podido ejercer en la suerte de España la sustitución de la capitalidad castellana por

la gran ciudad del Tajo. ¿Quién duda ya de la mejor suerte de nuestra patria, si no hubiera sido totalmente destruída en el siglo XVIII la autonomía catalana? Pero estos son los favores que debimos al absolutismo. Con Felipe III comienza al propio tiempo la ruina de Portugal y la decadencia de España: cébanse en las posesiones coloniales los holandeses y los portugueses, en odio á la corte de Madrid: extrémanse en el reino vecino los procedimientos que nos hicieron odiosos en Flandes, y cuando se verifica la gran insurrección de 1640 que dió la libertad á Portugal y el trono de aquel pais á la casa de Braganza, quedó abierto un verdadero abismo, no cegado hasta el día, entre las dos ramas de la familia ibérica, dificultándose el movimiento y desarrollo de nuestra fecunda raza *(¡Bien, muy bien!)*. A poco el golpe se reproduce en Cataluña, con el advenimiento de los Borbones, y queda terminada la empresa agotadora que se inició en los campos de Villalar *(¡Bien!)*.

Después de la impresión producida por el aspecto general de la ciudad y por la vista de su admirable puerto, el viajero que entra y recorre las calles y plazas de Lisboa se vé sorprendido por el número de estátuas y de mo-

numentos conmemorativos que constituyen uno de los principales adornos de la población, privada, como antes he dicho, de suntuosos palacios y de boulevares ó alamedas, cuajados de cafés, circos, tiendas y otros establecimientos que embargan la vista. Hay que advertir que esos mismos monumentos son, por regla general, de muy mediano valor artístico: de donde resulta que su verdadero mérito está en la *intención*. Pero á esta le doy una tan grande importancia como es profunda la pena que me ha producido siempre la economía que respecto del particular se nota en Madrid, en donde por espacio de muchos años, y hasta época recientísima, no hemos tenido más estátuas que la raquítica de Cervantes en la plaza de las Cortes, y las monstruosas de Felipe IV y Felipe V, en las plazas Mayor y de Oriente. ¡Parece mentira en un país tan fecundo en hombres ilustres y en trascendentales empresas!

En Lisboa, los monumentos y las estátuas son relativamente muchos: el pueblo tiene constantemente delante de los ojos la evocación de los grandes ejemplos y de las figuras prestigiosas: y al mérito de este propósito hay que agregar la circunstancia, para mí valiosí-

sima, de lo que representan todos esos monumentos. Porque representan no sólo el poder ó la grandeza histórica de Portugal, sí que principalmente la libertad y la civilización.

El monumento más ostentoso y que quizá pudiera ver el viajero español con alguna reserva, es el que se alza en la entrada de la *Avenida da Liberdade* en honor de los *Restauradores de 1640*. Es una protesta contra la dominación española del siglo XVII: pero no nos equivoquemos, señores; aquella no es una demostración de odio contra el pueblo hermano, como no lo es nuestro monumento del *Dos de Mayo* contra el pueblo franceés. Aquello es pura y simplemente la protesta contra la tiranía *(Aplausos)*. Y la tiranía no tiene ni puede tener patria *(Grandes aplausos)*. Por eso yo he podido contemplar la gran columna, y las estátuas, y los relieves de la *Avenida de la Libertad* sin pena ni sobresalto, á pesar de la viveza que adquieren las susceptibilidades patrióticas por el mero hecho de la ausencia del hogar idolatrado y de la bandera nacional. Pero, ¿qué digo, que he contemplado aquello sin pena ni sobresalto? Lo he visto con profundo respeto, como el homenaje que las generacio-

nes presentes tributan á la virilidad de un pueblo *(¡Bien, bien!)*.

Otro monumento de análoga importancia, aunque más recargado y de menos valor artístico, se alza en el centro de la Plaza del Comercio. Es en honor de José I, es decir, del Rey *filósofo*: del contemporáneo de nuestro Cárlos III, de Leopoldo de Toscana, de José II de Austria, de Fernando IV de Nápoles y de todos aquellos grandes estadistas, precursores y promotores de la Revolución Contemporánea, que se llamaron Pombal, el Conde de Aranda, Kaunitz, Gianina, Tanuci y Turgot.

Penetrad más en la capital portuguesa. Ahí tenéis la estátua del Emperador D. Pedro, en la plaza de D. Pedro IV (más conocida con el nombre de *do Rocio*), frente al hermoso Teatro de doña María II. Todo allí responde á las nuevas ideas y los nuevos tiempos. Porque el Teatro, que es el clásico portugués, se ha levantado sobre las ruínas de la Inquisición, abolida á los comienzos de este siglo: la plaza se ha construído allí donde fueron fusilados los liberales de 1823: y en el Emperador don Pedro ó sea Pedro IV de Portugal, todos saludan al instaurador del régimen constitucional en la Nación portuguesa.

Volved la vista y encontraréis entre cicas y chamerops verdaderamente soberbios, en el *caes do Sodrés*, la estátua del Duque de Terceira, el afortunado capitán de los rebelados en las Azores contra el absolutismo de don Miguel. En el *Aterro da Boa Vista* se alza la figura del Marqués de Sa da Bandeira, el revolucionario de 1820 que perdió un brazo en Oporto peleando contra los miguelistas, y á cuyo nombre van unidas la abolición de la esclavitud y las primeras reformas coloniales lusitanas. El ilustre parlamentario José Estevam tiene un monumento conmemorativo en la Plaza de las Córtes, y no lejos el patriarca de las modernas libertades lusitanas, Manuel de Passos. El mariscal Saldanha, el nieto de Pombal, el agitador de los últimos tiempos, el que hizo firmar á D. Miguel la capitulación de Evora en 1834 y dió el golpe de Estado liberal de 1851 también tiene su estátua en la parte baja de Lisboa, como en el Centro, al finalizar el viejo *Chiado* (que hoy se llama calle de Almeida Garret) y en lo que pudiéramos llamar Puerta del Sol de aquella ciudad, surge la figura semicolosal del gran poeta Luis de Camoens, modelada por el escultor Víctor Bastos.

Pronto Lisboa tendrá otra estátua: la del insigne Ministro Fontes de Mello, muerto poco hace, jefe del partido conservador ó regenerador (como allí se dice) y al que se deben las grandes reformas administrativas y financieras, así como la red de ferrocarriles y las obras públicas más recientes y trascendentales del Portugal novísimo.

Sin embargo de esta relativa prodigalidad de monumentos y estátuas (á que hay que agregar los nombres de las calles, que á cada paso recuerdan á Alfonso de Alburquerque, Fernández Thomas, Gómez Freire, el Consejero Monteverde, Costa, Silva, Gaspar Trigo, Serpa Pinto, Ivens, Capello, Saraiva de Carvalho, Infante Don Enrique, Rodríguez Sampaio, Quintella, Barbosa, Castillos y otros portugueses ilustres de diversas épocas), á pesar, repito, de esta relativa prodigalidad, el viajero echa de menos en todas sus partes una estatua: la del Marqués de Pombal. ¡Parece mentira, señores; no la hay! Sólo en una pequeña y pobre capilla, no lejos de la Plaza de Camoens y que se llama de Nuestra Señora de las Mercedes, se guardan los restos del gran Ministro, también en este punto menos afortunado que los Duques de Terceira y de Sal-

danha, cuyas cenizas se guardan al lado de los de la vieja casa de Braganza, en la fastuosa iglesia de San Vicente, como los de Alburquerque en Nuestra Señora de Gracia, y los de la Reina Doña María I en la Basílica del Corazón de Jesús.

¿A qué atribuir este olvido, siendo así que el nombre de Pombal está á toda hora en los labios de los portugueses y que realmente sería imposible pretender un lugar en la historia para este simpático pueblo, si se prescindiese de los nombres del ilustre Marqués, de Camoens, de Vasco de Gama? ¡Quizá sea esta una de tantas tremendas ironías de la suerte, no satisfecha después de haberse cebado en el omnipotente Ministro de José I, precipitándolo de un golpe desde la apoteosis en la miseria, entregándole en vida, y á los ochenta y tres años, al furor de sus enemigos, y arreglando las cosas de tal modo, que ni los deudos del estadista pudieron celebrar sus funerales ni fuera lícito por mucho tiempo poner sobre su tumba el más ligero epitafio!

Tampoco Vasco de Gama tiene en Lisboa monumento, pero á él y á los héroes anónimos de las grandes expediciones marítimas del siglo XVI está consagrado el magnífico cuanto

peregrino templo de los Gerónimos, que en el arrabal de Belem levantó el Rey Don Manuel, y que recientemente describió embelesado, con su pluma de oro, el ilustre Edgard Quinet. Hoy allí reposan los restos del fundador y de su esposa, las cenizas de Don Juan II y de su mujer, las que se suponen del infortunado Don Sebastián, las del gran descubridor de las Indias, las del cantor de la inmortal empresa. Y para que el tributo rendido á la grandeza y la historia de Portugal sea completo, los del gran historiador de nuestros tiempos, Alejandro Herculano.

Es imposible poner el pié en aquel originalísimo templo, fabricado á muy pocos pasos del lugar donde salían en otros siglos los expedicionarios portugueses, sin sentirse uno dominado por cierta visísima emoción. En la hora misteriosa, verdaderamente poética, del crepúsculo vespertino en que yo visité aquellos lugares llenos de tantos recuerdos y prestigios; bajo la influencia de las dulces impresiones producidas por un rápido y alegre viaje hecho en compañía de personas ilustradísimas y por todo extremo simpáticas, á lo largo del Tajo, casi desde la Plaza del Comercio hasta el canal por donde el rio se precipita y

confunde en el Atlántico, siempre á la vista de Lisboa, tendida entre datileras, laureles y geraneos, riente, movida, llena de los rumores característicos de los pueblos modernos: al recorrer la afiligranada y bellísima galería del célebre patio del antiguo convento, dedicado hoy en gran parte á *Casa Pía*, y sobre todo al discurrir bajo la ancha é imponente bóveda del templo y entre esbeltas, delicadas y originalísimas columnas formadas por mástiles, cordajes y otros emblemas de la vieja marinería portuguesa, parecía que me salían al paso, como en escenario hábilmente dispuesto por artista mágico, las sombras de aquella pléyade de asombrosos desconocidos, de audaces inverosímiles, de héroes que, emulando á Colón y sus compañeros, á nuestros conquistadores del Perú y de Méjico y á nuestros admirables exploradores del Plata, del Amazonas, la Florida y la Malaria, encarnan la colosal empresa de la dilatación lusitana así por los mundos ignotos del extremo Occidente como por las tierras legendarias cuyo acceso cerraban el árabe con sus piraterías en los arenales y en las aguas de ese mar de corales y de fuego que se llama el Mar Rojo, y el Diablo con sus sombras, sus legiones, sus vientos y sus rayos en

el Cabo de las Tormentas. Allí surgían en confuso remolino confundiéndose y desapareciendo en las sombras de la tarde declinante, las severas siluetas del linajudo Vasco de Gama, el que dobló el Cabo de Buena Esperanza y se estableció en Mozambique y Sofala, y negoció con el Rey de Cananor y el radjah de Cochin y fué Marqués de Vidigueyra, grande de Portugal, Almirante y primer Virey de las Indias; y de Pedro Alvarez Cabral, el descubridor del Brasil, de oscuro nacimiento, de muerte desconocida y de ignorada sepultura. Allí la figura de Bartolomé Diaz, el explorador afortunado de la costa occidental del Africa, y el marino atrevido que llega al Cabo de las Tormentas; y á su lado las sombras de Diego de Cano que se posesionó del Congo y de Costereal, que tanteó las costas superiores de la América del Norte. Allí los dos Almeidas, el vencedor del Soudan de Egipto, asesinado por los cafres al regresar á Europa, y el descubridor y conquistador de las Malacas y Ceylan, muerto también y guerreando en el mar de los egipcios, alentados contra los portugueses por Génova y los italianos. Allí Juan de Castro, aquel peregrino Virey que ofreció al comercio de Goa y como

garantía de un empréstito, sus propios bigotes y que á pesar de haber muerto en el goce del poder tuvo que ser enterrado de limosna. Allí el gran Alfonso de Alburquerque, de estirpe regia, el héroe de *Os Lusiadas*, el *Marte* portugués, el conquistador de Goa, organizador del imperio oriental lusitano y quizás la figura de más relieve entre todos los colonizadores de la época; y el bravo Luis de Ataide, el último héroe portugués en Asia: y con todos ellos, en el centro, inspirándolos, evocándolos, dirigiéndolos, el gran infante don Enrique, el constructor del Observatorio de Sagres, alma de las primeras empresas del siglo XV, que hizo de Lisboa el centro de la cultura geográfica y de las ciencias físicas de aquellos tiempos llevando los espíritus á las regiones de las esperanzas inacabables y de la fecunda idealidad desde las confusiones, rudezas y oscuridades de la Edad Media. Todos, todos, marinos, geógrafos, soldados, gobernantes, príncipes, pecheros... todos parecen salir al encuentro del viajero emocionado, á cuyo oído el eco de los siglos repite los versos majestuosos de Camoens:

¡Cesse tudo o que a Musa antigua canta,
Que outro valor más alto se alevanta!

(Grandes y prolongados aplausos.)

Pero, como antes he dicho, con ser grandes los numerosos prestigios históricos de Portugal y con tener el monasterio de Belem una importancia artística positiva, los monumentos que atraen y cautivan al viajero que recorre las calles y plazas de Lisboa se refieren generalmente á la vida moderna. Y en este sentido bien puede decirse que caracterizan á la ciudad del Tajo como una población contemporánea: es decir, una población donde privan los intereses progresivos de nuestra época y donde ha encontrado sólido asiento la libertad.

Esto tiene su comprobación en otros muchos datos que yo pudiera exponer y razonar discurriendo detenidamente sobre el carácter político del reino lusitano. Sin embargo, quiero llamar pasajeramente la atención sobre la circunstancia de que el orden político portugués descansa hoy en la Carta constitucional de Abril de 1826, en el Acta adicional de Julio de 1852, en la Reforma de Julio de 1885 y en la Ley electoral de Mayo de 1884, por cuyas diferentes leyes aquel país goza hoy de la plenitud de las libertades públicas y del derecho de sufragio, si no enteramente univer-

sal, de extensión muy aproximada, y que da á todas las instituciones allí vigentes un acentuadísimo carácter democrático.

A esto hay que unir el Código civil de 1867 y la reforma penal de este último año y de Junio de 1884. Por esta fueron abolidas la pena capital y todas las perpétuas. En cuanto al Código civil es sabido que por sí solo representa el segundo empuje ó modo de la Codificación contemporánea iniciada por el Código de Napoleón, y que en él se parte de la teoría de los derechos naturales del individuo, que aquel Código llama *originarios*, y que define diciendo que «son los que resultan de la propia naturaleza del hombre y que la ley civil reconoce y proteje como fuente y orígen de todos los otros;» y que determina llamándolos «derechos de existencia, de libertad, de asociación y de defensa.»

Todo el mundo sabe que la prensa portuguesa goza de una libertad superior si cabe á la que se disfruta en Francia é Inglaterra, hallándose garantizada principalmente por la práctica y las costumbres. En cuanto á la libertad de reunión yo puedo dar ahora testimonio cumplido, porque acabo de ser obsequiado por los republicanos lisbonenses con

un gran banquete en sitio público, donde se han pronunciado calurosos discursos en sentido radical y antimonárquico y á donde han asistido oficiales del ejército, catedráticos, funcionarios públicos y personas de todas clases y posiciones. Esto se verificaba al propio tiempo que en Oporto se celebraban dos grandes *meetings* por los partidos progresista y conservador para pedir al Rey D. Luis el mantenimiento ó la destitución (según el carácter de los peticionarios) del actual Ministerio portugués. En cuanto á la seguridad individual, conviene advertir que en Portugal funciona el Jurado con toda libertad hace muchos años.

Aún podría yo ensanchar este círculo de observaciones señalando el creciente desmoronamiento de los partidos monárquicos portugueses y el avance de la democracia republicana que tiene autorizada y brillante representación en la Cámara popular y en los Municipios de Lisboa, Oporto y Madera. Quizá trate extensamente acerca de esto algún día; ahora sólo debo hablar de pasada, pero añadiendo—también como una impresión de viajero—la nota relativa á la escasa influencia que la institución monárquica tiene hoy en la vida política y social de Lisboa. Son muchas

las causas de este fenómeno. Pero con ser pequeña no deja por eso de llamar la atención la proveniente del hecho un tanto original del apartamiento de la actual corte portuguesa de la vida general de la capital lusitana. El palacio donde hoy reside el Rey D. Luis (persona de gran cultura y de espíritu levantado) es el palacio de Ajuda, sitio completamente fuera de Lisboa y en lugar por cierto bien poco agradable. Esta lejanía trasciende, y sus efectos morales los aumenta la enfermedad del actual monarca que le tiene recluso entre las paredes de aquel triste edificio y no le permite, como á su ilustre padre, el inolvidable Rey D. Fernando, recorrer á todas horas y como el más modesto de los ciudadanos los sitios más frecuentados de la Capital, interviniendo en las fiestas populares y sosteniendo un trato directo y afectuosísimo así con los transeuntes de las calles como con los círculos más reservados de la sociedad portuguesa.

Repito que no quiero profundizar este tema de suyo abundantísimo, y cuyo estudio recomiendo á los hombres políticos de mi país. Me interesa sólo hacer constar el carácter moderno, liberal y democrático del pueblo de Lisboa que corresponde perfectamente á los monu-

mentos y estátuas que he recomendado á la atención del observador.

Después de esta viene la tercera impresión que es la que producen las maneras tranquilas, el tono dulce y el espíritu circunspecto, á las veces meticuloso, de la generalidad del pueblo de Lisboa. Sobre este punto hay que advertir el error profundísimo que en España se padece atribuyendo al portugués un aire presuntuoso y de permanente solemnidad que yo no he visto ni en las calles, ni en la sociedad, ni el Parlamento, ni en los centros oficiales. Sobre esto tengo que decir lo mismo que respecto de esa profunda y constante animadversión contra España que se atribuye al lusitano. De ello hablaré dentro de poco, pero conste por ahora que á los comienzos del año 88 yo no he observado nada de eso en Lisboa.

En cambio, lo que sí se nota con extraordinaria facilidad y casi desde el primer momento, es cierto relativo silencio en los sitios públicos y en las calles, muy poco favorecidas por el bello sexo. Las gentes hablan bajo, cosa que choca extraordinariamente al español, acostumbrado á la declamación y (lo diré sin rebozo) á los gritos, que contribuyen al movimiento y la alegría de Madrid, estimado como

uno de los pueblos más vibrantes de Europa, pero que perjudican no poco á la marcha regular de las relaciones sociales. Y no quiero decir nada de las groserías de lenguaje y de las interjecciones mal sonantes que no se oyen ni por casualidad en Lisboa, y que aquí se prodigan hasta en la conversación de personas bien educadas, constituyendo una excepción en Europa y una nota desfavorabilísima para nuestra cultura. Yo, que tengo á gala el no haber caído jamás en esta tentación, apenas podría comprender este derroche de groserías dentro de nuestras tradiciones caballerescas y de las aficiones ceremoniosas que han dado excepcional renombre á nuestra corte, nuestra diplomacia y nuestra criticada *morgue castellan*, si no tuviera presente el daño inmenso que á nuestras costumbres y á la vida moral de España han causado nuestro espíritu aventurero y nuestras guerras por espacio de más de cuatrocientos años *(Muy bien)*.

Agrego á lo que llevo dicho sobre el relativo silencio de Lisboa, una gran deferencia de parte del común de las gentes, así como la falta de aquel ruído propio de los pueblos industriales, mercantiles y marítimos de la im-

portancia de Lisboa y la escasez sorprendente de cafés y otros lugares de regocijo público, dan á la ciudad cierto tono de tristeza que lleva el espíritu á creer unas veces que se está en presencia de un pueblo agotado, y otras que lo que discurre por aquellas calles es una multitud víctima de la nostalgia del imposible y distraída con el recuerdo de un homérico pasado.

La cosa tiene más viveza de la que resulta de mis palabras. Esta es una observación que hacen todos los viajeros. Yo la he confirmado con otros varios datos. Leed los periódos más importantes de Lisboa, sobre todo *Las Novedades*, que es un periódico del corte de nuestra *Correspondencia*, de tanta circulación quizás como ésta, pero de mayor tamaño y mucho mejor impreso. Leedlo y resulta que en Lisboa *no pasa nada*, y daría una idea muy desfavorable para la importancia de aquella ciudad si la sección dedicada á anuncios comerciales y de interés corriente no fuera, como es, mucho más extensa que la de todos los periódicos madrileños y comparable sólo á la análoga de los mejores periódicos parisienses, belgas y catalanes. En Lisboa *no pasa nada* he dicho, pero debo añadir: salvo un

cierto número de suicidios diarios, que se realizan comúnmente por medio del *aforcamiento*. Los periódicos dan ligeras noticias de los suicidas; hombres buenos, tranquilos, laboriosos; porque la estadística criminal lusitana es para enorgullecer á cualquier pueblo; justifica la abolición de las penas perpétuas y hace inverosímiles, á los ojos del portugués, las sangrientas riñas y los horribles asesinatos que precisamente en estos momentos manchan el buen nombre de España. Pues todos esos suicidas son víctimas del *tedium vitæ*, de las nieblas del espíritu ó de la obsesión de *los malos*. El suicidio es un medio de escapar á la pesadumbre de los recuerdos y á la tristeza del presente. Raras veces un acto de desesperación.

Relaciono esta tristeza que se palpa en las calles de Lisboa con el número relativamente considerable de grandes *quintas* ó posesiones de recreo que rodean á la capital y se extienden, sobre todo, hácia el Norte, las cuales ofrecen por regla general un lamentable contraste entre la belleza del sitio y los dones de la naturaleza, verdaderamente risueña y hasta pródiga en aquellos sitios, y la falta de atención suficiente por parte de sus propietarios ó

llevadores. He dicho por regla general, porque declaro que conozco pocos lugares tan pintorescos como la villa ó ciudad de Cintra, situada á veinticinco ó treinta kilómetros de Lisboa, en una montaña eternamente verde, cuajada de árboles seculares, coniferas soberbias, de cicas y araucarias y de camelias y limoneros, que casi se extienden hasta el riquísimo valle de Collares (famoso por sus excelentes vinos) y cuyo aroma se pierde en el Atlántico que baña y festeja con sus rizadas olas las últimas estribaciones de la montaña. Y declaro asimismo que mi palabra es torpe para describir así las verdaderas maravillas del castillo de *La Penha*, producto principalmente del excepcional gusto del príncipe regente don Fernando, como las extraordinarias bellezas de la quinta del vizconde de Monserrate,—un comerciante inglés de tanta aptitud mercantil como exquisito trato social, maneras espléndidas y aficiones artísticas, que después de haber explotado á los portugueses con los zapatos y los clavos de hierro, ha consagrado buena parte de su capital al fomento de aquel país, dotando además á Cintra y por tanto á Lisboa, de una posesión que no tiene rival en ninguna de las que yo conozco de España, y

que sólo admite competencia con algunas *villas* italianas ó algunas fastuosas residencias de aristócratas y banqueros en Escocia. Pero por desgracia, esta no es la ley común en Portugal. Lo frecuente es el triste aspecto de las *Larangeiras*, posesión que levantó á costa de enormes sacrificios el Salamanca del país vecino, luego arruinado y olvidado, ó las posesiones de Pombal y de Castro.

Este contraste me lo explico por el gran quebranto de la antigua aristocracia y la ruina de las grandes fortunas de antaño, en cuyo sentido han trabajado no sólo las leyes desvinculadoras y reformadoras de la propiedad en la época moderna, la variación de rumbo y de intereses del comercio de los tiempos novísimos y la pérdida del antiguo imperio colonial lusitano, cuyos monopolios aprovecharon el Estado y los particulares, sino también la influencia británica (por otros conceptos plausible), y las exigencias de la vida independiente de un pueblo, á mi humilde juicio fuera de proporción con los medios actuales del vecino reino.

En suma: Portugal, por lo que demuestra Lisboa, es un pueblo simpático, culto, prestigioso pero pobre. Entiéndase bien *pobre*, en

relación con sus pretensiones y con sus empeños, y frente á lo que pide, en la Europa de nuestros días, la personalidad de una Nación.

Sé bien que si estas frases fueran dichas en un círculo de Lisboa no pasarían sin protestas. Yo las respetaría profundamente, porque tengo en cuenta todas las susceptibilidades; no haría valer siquiera la justicia con que creo haber apreciado otros méritos lusitanos poniéndolos por encima de sus análogos de mi propia patria. Pero el calor de esas mismas protestas no me haría rectificar lo que por mis propios ojos hé visto, observando las cosas con aquella simpatía tan pronunciada á favor de los organismos locales y de la vida regional que me caracteriza en la política española.

Más aún; cuando esas protestas no vienen provocadas por el recuerdo de la tiranía castellana ó de la opresión inglesa; cuando no es la contestación inmediata á intemperancia de engrandecimiento ó á intervenciones armadas como las de España hace 40 años... yo encuentro en ellas una demostración más de lo que he visto y acabo de afirmar. Sólo ante un peligro real proceden esas alarmas.

Pero debo añadir en seguida, para que no

se equivoque el argumento, que la transformación de la vida portuguesa en el sentido á que aludo para que pueda desenvolverse dentro de sus propios y considerables medios, no puede calificarse verdaderamente de un peligro. El destino de Portugal es y no puede menos de ser su unión con España, conforme á la ley general de nuestros tiempos que impone las grandes concentraciones de familia y aun de raza, y que no permite, sino como excepciones pasajeras, la existencia, después de todo graciosa, de naciones como Bélgica, Holanda ó Suiza que seguramente en el mapa de Europa y en el juego de su política tienen una razón de que evidentemente carece Portugal. Así y todo, hace muy pocos meses escuchaba yo de los autorizados labios de uno de los primeros estadistas belgas, de gran renombre en la ciencia del Derecho internacional, la razonada expresión de grandes temores por la próxima desaparición de Bélgica. Y no quiero hablar, porque el tema es muy desagradable, del modo con que Inglaterra ha influido en Portugal desde el tratado de Methuen; cómo se ha conducido recientísimamente con motivo de la cuestión famosa de Lorenzo Marques, que justamente ha irritado el patriotis-

mo lusitano, y cómo, en fin, en los libros y en los parlamentos se habla á las veces de ese homérico Portugal casi como de una *colonia inglesa*. Por otros motivos tampoco quiero detenerme á examinar el presupuesto del país vecino, los gastos desproporcionados de su corte, la situación dificilísima del contribuyente y la inquietud que esto produce en sus más serios estadistas.

Hay que vivir dentro de la ley de la época, y los empeños deben relacionarse con los medios reales y positivos. Lo mismo los individuos que las naciones. Por eso yo no he titubeado en contrarrestar la propaganda que en grandes reuniones públicas, y en el mismo Congreso, se ha hecho para empujar á España á la conquista de no sé qué representación deslumbradora y qué importancia inverosímil, por alardes de *gran potencia* en las cortes extranjeras, llevando nuestras escuadras á todos los puertos, y hasta anunciando nuestros gustos y aun nuestros propósitos de intervenir en la inminente conflagración europea. Todo eso es vivir fuera de la realidad. Y pretendo demostrar cierto espíritu práctico, reconociendo que, á pesar de la superioridad de vida económica y social de España respecto del

reino lusitano, tampoco estamos capacitados para realizar los destinos que nos señala el genio de los nuevos tiempos, mientras no contemos con la cooperación de Portugal, como miembros todos del gran Imperio Ibérico.

Ya lo he dicho, esa transformación de la vida lusitana no quiere decir por modo alguno la dominación y sujeción de los portugueses; ni implica procedimientos atropellados ó prematuros. Sé perfectamente que con esto disgusto á algunos iberistas, que á toda hora sueñan con emular á Hernán Cortés, y que corren peligro de estallar de ira cuando saben que un periodista ó un diputado de Lisboa habla orgullosamente de la posibilidad de que Portugal desempeñe respecto de España, en la obra de la unidad ibérica, el mismo papel que respecto de Roma y de Nápoles desempeñó Cerdeña en la empresa de la unidad italiana. Pero sobre esto hay que ser inflexible, y yo, que en plena insurrección antillana he tenido el valor de decir que si sólo por la fuerza y atropellando el derecho podíamos conservar nuestros territorios americanos, España debía renunciar noblemente á poseer colonias, yo, iberista entusiasta, declaro y declararé que

renuncio completamente á la realización de mis deseos, si para ello necesitamos herir las susceptibilidades y violentar la voluntad y mermar las actuales libertades del pueblo lusitano.

Y lo declaro, señores, no por bondad de corazón ni por el imperativo de la conciencia, sino pensando como un regular político y obrando como un hombre práctico. Porque las dificultades diarias y hasta menudas de esta idea, aun suponiendo factible la violencia inicial, no sólo la comprometerían constantemente impidiendo su desarrollo, si que traerían á nuestra vida interior mayores obstáculos, principiando quizás por la pérdida de nuestras medianas libertades; que lo semejante pide lo semejante y el abismo al abismo clama. Prescindo ya de cómo y de qué suerte, por este desatentado procedimiento, renunciaríamos á los medios y facilidades que hoy se nos ofrecen.

Cuento entre las primeras la disposición de cosas que en Lisboa se advierte, y que hace creer á un español, cuando discurre por aquellas plazas y calles, que está en su propia casa. Yo os confieso que me he encontrado más fuera de ella en Barcelona, cuyo movimiento y

cuyo ruído (dicho sea de paso) me parecen superiores á los de Lisboa. Doy tal importancia á este punto, que llego á señalarlo como la *cuarta impresión* general y profunda que me ha producido, y que seguramente produce á cualquier viajero madrileño, el rápido paso por la gran ciudad del Tajo.

Influyen en esto varias causas. En primer término el idioma. No es exacto que el portugués sea una especie de gallego, más perfeccionado. Ni en su construcción ni en su expresión puede confundirse con el dialecto de nuestras regiones del N. O., por más que con él tenga no pocas afinidades. En la pronunciación, sobre todo en Lisboa, se asemeja bastante al italiano de algunas comarcas de la Península hermana. Y positivamente siendo menos sonoro y solemne que el castellano, en cambio es más dulce, sin llegar al extremo un tanto mimoso, del hable galaico. Cuidado que hablo del portugues corriente, del que se oye en la calle y aun del que se usa en el teatro. En cuanto á la literatura tendría otras cosas que decir, y que no corresponden á este sitio. Es una literatura de suma importancia, para cuya ilustración bastaria el recuerdo de Camoens, Herculano y Garret.

Lo cual no quiere decir que para conocer esa literatura necesite un castellano el uso frecuente del diccionario. En la calle y en el trato común de la vida ese diccionario es totalmente inútil. No aventuraré yo que sea imprescindible en Barcelona: pero sí aseguro que difícilmente me he podido entender con muchas personas del servicio doméstico y del trato ordinario de la ciudad condal, y que no me ha sido dable estimar, por la simple audición, en lo que positivamente vale el teatro catalán. Nada de esto me ha pasado en Lisboa, donde es perfectamente ocioso el intérprete para discutir en las tiendas, ocupar los coches y visitar los lugares públicos.

Después viene el paralelismo y la casi identidad de nuestra historia y de la historia lusitana en los períodos más salientes. Las mismas causas y las mismas ideas han influído en el desarrollo de entrambos pueblos: el catolicismo, la guerra con el moro, el amor de las expediciones lejanas, el espíritu de aventura, la pasión por los descubrimientos... En este sentido se puede muy bien asegurar que los empeños de exteriorización de portugueses y castellanos, tienen entre sí más relación que los de estos con los aragoneses y catala-

nes en Sicilia y en Oriente. Como que estos últimos responden á otra idea. Nuestros rivales en la colonización fueron los lusitanos, de tal suerte, que el Papado tuvo que intervenir en nuestras contiendas, repartiendo entre los dos pueblos el mundo recien descubierto y trazando la célebre línea divisoria de las Azores, en el siglo XVI. Pero donde esta intimidad histórica—á despecho de Ourique y de Aljubarrota—toma relieve mayor, es en la época contemporánea: en el período de la depuración moral y de la conquista de las libertades de Portugal y de España. Pombal coincide con Aranda y Floridablanca: la guerra de la Independencia contra el francés es la misma allí que acá, con idéntica cooperación por parte de Inglaterra: el carlismo español es lo propio que el miguelismo portugués: el martirologio liberal ofrece las mismas condiciones é idénticos incidentes: y el régimen constitucional se consolida y desarrolla de análoga manera en uno y en otro país, influyéndose y determinándose de un modo que niega virtualmente las diferencias aparentes de nacionalidad.

Por otro lado, nuestros gustos y nuestras costumbres apenas se separan fuera de dos

puntos. El uno es el de la mayor viveza que advierto en nuestro país. Aquí la balanza se inclina de nuestro lado. El otro es la aversión que los portugueses demuestran cada día más al ruído, al alboroto, á los motines, á las algaradas, á los procedimientos de la violencia. Aquí toda la ventaja está de su parte. ¿De dónde proviene esto? Tal vez de la influencia inglesa de estos cien últimos años. Tal vez de la falta de los incentivos de una política exterior comprometedora, y de territorios donde dar rienda suelta al espíritu de aventura. Tal vez la misma rápida y asombrosa decadencia de Portugal, combinada con una juiciosa apreciación de sus nuevas condiciones y una educación política hábilmente dirigida por los instauradores del régimen constítucional, dignos de especial encomio y entusiasta aplauso. Pero ello es, señores, que las leyes y las prácticas de aquel país, la organización de su familia, la disposición de sus intereses, el sentido de sus creencias morales y religiosas, han sido los mismos ó punto menos que en España, respecto de cuyo país no se han producido más diferencias que las de la rivalidad en la empresa de la colonización y las de la lucha por la independencia nacional, que en Portu-

gal ha sido—digámoslo con toda franqueza aprovechando la ocasión para maldecir del absolutismo—¡la lucha por la libertad y por el honor *(Aplausos)*.

Sí, hay que ser justos y no retroceder en la expresión de los conceptos. Es preciso, además, estar prevenidos contra un falso patriotismo, bastante en boga, que lleva á confundir la causa de los pueblos con los intereses y las torpezas de los príncipes, de los reyes, de los gobiernos, convertidos de esta suerte (y después de declinada la responsabilidad de los verdaderos autores) en motivos y razones de rivalidad, odio y lucha de las grandes familias que se llaman naciones *(Bien)*.

Demás que no conozco nada más grotesco que el empeño de sublimar todo lo que nuestros antepasados han hecho y de atribuirnos siempre la razón, la justicia y el acierto, como si la historia la hubiéramos de hacer exclusivamente nosotros ó existiéramos sólos en el mundo. De donde resulta que el error y la torpeza quedan en pié; todos los demás pueblos lo señalan y condenan, y el pecador tozudo sólo saca, con la pequeña satisfacción de su amor propio, las dificultades y disgustos consiguientes al error practicado y alabado

con una jactancia digna del castigo con que, por lo general, le responde la Historia *(¡Bien, bien!)*

Hace poco me oponía á la especie—bastante acreditada—de la enemiga que nos tienen los portugueses. No la he notado siquiera. Quizá esto dependió de mi carácter de viajero y de la circunstancia de haberme movido principalmente dentro de aquel círculo de personas distinguidas de la política, la ciencia, el periodismo y la literatura que en todas partes se caracterizan por su cortesía. Pero es que tampoco debe de haber advertido aquella mala voluntad la gran colonia española de Lisboa: colonia importantísima, primero, por la cifra; después, por su incomparable superioridad numérica respecto de los pequeños grupos de franceses é ingleses que allí y á su lado residen y trabajan; y por último, por el papel que desempeña en la vida íntima portuguesa. Con efecto, el número de españoles residentes en Lisboa quizá pase de quince mil, la generalidad gallegos, dedicados sobre todo á demandaderos y mozos de cordel, mozos de fonda, cocheros y pequeños comerciantes: advirtiendo, señores, que nuestros compatriotas pasan allí como tipos de laboriosidad, economía y

probidad, así como el brasileño (de gran importancia en la vida económica del vecino reino) representa el rumbo y el éxito, y como nuestras mujeres (es necesario decirlo todo) llevan, por su propio mérito y por la galantería de los portugueses (célebres por sus amorosos apasionamientos) la representación de la gracia y la belleza, ejerciendo en los círculos lusitanos donde han acusado su presencia, un influjo que se advierte al primer golpe de vista.

Por supuesto que hablo de la verdadera colonia española, es decir, de la formada por aquellos compatriotas nuestros que residen habitualmente en Lisboa; y no me refiero—aun cuando esto fortificaría mis argumentos—al elemento flotante y cada vez más considerable, formado por viajeros que frecuentan las tres líneas férreas que hoy unen á Portugal con España. Como es natural, en ese elemento disfrutan de la mayor importancia los andaluces, extremeños, salmantinos y gallegos, que están tocando con el vecino reino y que allá van llevados ora por sus negocios mercantiles, ora por el atractivo de las estaciones balnearias, como Cascaes, Setubal, Figueira, Granja y otras que verdaderamente por su co-

modidad, su economía y su disposición pintoresca, merecen el creciente favor de que disfrutan.

Pues bien, aun refiriéndome á la colonia, cómo podrían vivir, con el mayor arraigo que allí tienen, esos miles de españoles que con sus virtudes y su intervención animada y constante en la sociedad lusitana sirven tan poderosamente la causa de la intimidad ibérica, ¿cómo podrían vivir, repito, si por todas partes fuesen combatidos ó denunciados por la enemiga que se pretende hacer representar al monumento levantado á los Restauradores enfrente de la Avenida de la Libertad? El argumento es de los que salen á la evidencia.

Lo que sucede, señores, es otra cosa que conviene precisar. Sucede que en estos últimos años (hacia 1870, por ejemplo) se desenvolvió la propaganda iberista, quizá con poca prudencia, hiriendo las susceptibilidades á que antes me he referido, y que este error, así como los sentimientos naturales de independencia, propios de todos los pueblos que han tenido personalidad en la historia, y las inquietudes características de todas las colectividades pequeñas, fueron hábilmente explo-

tados por algunos partidos políticos, y sobre todo, por los interesados en la conservación de instituciones y formas y organismos que habían de sucumbir (tarde ó temprano) en la gran obra de la concentración ibérica. En Portugal, respecto de este punto se ha hecho el mismo consumo que en España de la *integridad nacional*, para contener el progreso de las ideas y la ruina de intereses sostenidos por la injusticia ó el error en nuestras Antillas. Ya debeis suponer que conozco bien el género *(Risas. Aplausos)*.

Por tanto, lejos de existir esas terribles prevenciones que se atribuyen á los portugueses, yo creo poder asegurar que en el vecino país existe, respecto de los españoles, una verdadera estimación de nuestros evidentes progresos, de nuestra positiva representación política, y muy particularmente de nuestra ponderada elocuencia, y de aquella bravura que continúa siendo (á las veces por desgracia) una de las notas características de nuestro pueblo. Pero hay que poner al lado, para ser justos, grandes reservas, por no decir ciertos temores y manifiestas antipatías, respecto de nuestras aficiones belicosas y nuestras propensiones de revuelta y de violencia.

Y hé aquí, señores, lo que debe preocupar á nuestros gobiernos y lo que deben tener muy en cuenta los iberistas sinceros. De un lado está la idea, es decir, la necesidad política, la conveniencia internacional, la razón jurídica, el porvenir de nuestra raza y de nuestra familia, la tendencia contemporánea y el sentido del progreso. Por otra parte, las circunstancias que favorecen la intimidad de los dos pueblos: esto es, la vecindad de los paises, la ausencia de fronteras naturales, la importancia numérica y social de la colonia española en Lisboa y en las principales ciudades lusitanas, la analogía y el paralelismo de la historia de entrambos paises, el desarrollo incesante de las vías de comunicación y de las líneas férreas internacionales... Y enfrente los obstáculos, es decir, el pasado del absolutismo, los recuerdos de la guerra, y las sangrientas huellas de la tiranía; las susceptibilidades de un pueblo que cree ver á toda hora amenazados sus fueros y su dignidad; las propensiones del otro á la conquista y la dominación; nuestros hábitos de pelea y amenaza; las reservas producidas por el quebrantamiento y ruina del antiguo poderío lusitano; el sistema centralizador y los excesos administrativos aquí pujantes; los in-

tereses creados; la falta de concierto económico por la influencia británica en Portugal, y el alejamiento de nuestra industria y nuestro comercio... en fin, todas las causas que ligeramente he indicado, fiando su desarrollo á la discreción de mi auditorio.

Paréceme, señores, que apenas si necesito más que agrupar estos datos para que en todos los espíritus surja rápidamente la solución del problema que nos ha salido al paso y que yo realmente no he querido más que señalar. Como no hablo á portugueses, debo cuidarme sólo de lo que cumple á los españoles: á nuestro gobierno y á los particulares. Por lo que yo veo, la solución está comprendida en estas tres fórmulas: no apresurar las cosas; estrechar las relaciones morales y económicas de los dos pueblos; iniciar resueltamente la política de la descentralización, con el criterio de la autonomía *(Atención)*.

Conozco muy bien la afición española á realizar las cosas de golpe y por completo: pecado apenas comprensible en un pueblo que ha tardado siete siglos en expulsar á los moros. Pero la afición es incontestable, y acaso entre los pecadores figuran en primera línea nuestros partidos liberales y democráticos; efecto, tal

vez, de la educación revolucionaria que se inició en el continente europeo en los últimos años del siglo XVIII. Por esto comprendo perfectamente el placer con que quizás la mayoría de nuestros iberistas contempla la unión de Portugal y España bajo la forma de una sola nación, con un solo gobierno, con unos mismos códigos, quizá con una misma administración. Por este camino se llega pronto á fiar el logro de la idea á procedimientos de cierto rigor, de cierta violencia, siquiera á los principios recaigan sólo sobre detalles. Porque pronto las resistencias, después de todo naturales, á la súbita transformación del mundo hispano-portugués, habrían de ser consideradas como rebeldías ó protestas de la ignorancia, de la rutina y de la injusticia. Pues hay que acostumbrarse á otra idea, señores: hay que resignarse, si vale la palabra, á formas más elementales y más inocentes de inteligencia y relación. Por ejemplo, al *Zollverein* hispano-portugués, á la validación de los títulos académicos y de los fallos judiciales de un país en el otro; á la reglamentación uniforme de las comunicaciones fluviales, los caminos y las vías férreas; á la unificación de la moneda, los pesos y las medidas; á la representa-

ción diplomática y aun consular común; á la alianza defensiva, y en fin, á la Confederación que supone la personalidad de los Estados nacionales. Todo propuesto, perseguido y realizado tranquila y pacientemente, fiando en la virtualidad de la idea y en la lógica de las cosas, que, en el orden político quizá más que en ningún otro, determina los avances y conclusiones de las reformas iniciadas, bajo la ley de la progresión geométrica. Yo no necesito decir de qué modo cualquiera de las ideas que acabo de recomendar produciría rápidamente la inmediata, por la simple virtud de su realización y práctica *(¡Muy bien!)*

Naturalmente todo esto corresponde en primer término y casi de un modo exclusivo á los gobiernos: y por cierto que tengo que lamentarme de que al presente priven en nuestras altas regiones otras tendencias, que se quieren cohonestar con la actitud, también esquiva y mal inspirada, del Gobierno portugués. Sé muy bien que la resistencia del español á reconocer los títulos académicos lusitanos, descansa en la oposición que en Lisboa han encontrado nuestros expansivos decretos de 1870. He oído también que las principales dificultades que detienen la conclusión de un

tratado definitivo de pesca, parten de Portugal, y que Portugal, por su propio acuerdo ó por inspiración extraña, pone obstaculos á la inteligencia comercial que ha de preceder á la liga aduanera que implica el Zollverein antes aludido. Tampoco se me oculta que la cordialidad que he señalado entre portugueses y españoles, en la vida ordinaria de Lisboa, no se produce de igual suerte entre los dos Gobiernos, cuya recíproca frialdad trasciende. Pero así y todo, mantengo mi recomendación y afirmo que en el Gobierno español no deben influir las reservas ni los desvíos del lusitano, si existieren. Soy resueltamente adversario de la política de la *reciprocidad*: lo mismo en el orden de los altos intereses internacionales, á que nos referimos, que en punto á aranceles y á los efectos civiles de las sentencias de los tribunales de justicia. Porque la *reciprocidad* es sencillamente la fórmula culta de la brutal *represalia*, y aun cuando yo no llegue á negar la eficacia de aquel procedimiento en circunstancias muy excepcionales, tampoco se me oculta que la ciencia del derecho Internacional lo resiste, al par que enaltece la lógica de los principios y la resultancia práctica y útil de la justicia.

Además, si en las aproximaciones de los pueblos lusitano y español, á la política y los Gobiernos corresponde una muy buena parte, no todo, por fortuna, depende de éstos. La opinión pública es hoy la verdadera soberana, y los intereses se abren camino al través de las preocupaciones, la rutina y las enemigas oficiales. De donde resulta, en primer término, que—aun con la resistencia del Gobierno portugués—si el nuestro, desentendiéndose de la reciprocidad, y en vista de un efecto trascendental, asegurado por la ley de la historia, favoreciese la acción, el derecho y los intereses de nuestros vecinos en sus relaciones con España, las simpatías y los compromisos se producirían entre los portugueses, á despecho de todas las meticulosidades y todas las estrecheces de sus gobernantes.

Por supuesto, que sigo hablando en la hipótesis más desfavorable para mis ideas y para el Gobierno de Portugal. Pero de todas suertes no hay que olvidar el papel que en la obra de la intimidad ibérica corresponde á los particulares, á la prensa, á los partidos, al comercio, á los hombres de cultura, á la gente literaria. Su participación en obras de esta naturaleza, es siempre indispensable, si no se trata

de un empeño efímero y se realiza espontánea ó reflexivamente, según que la necesidad á que la empresa responde, se sienta con más ó menos energía. Porque una gran patria, una gran nación no es tan sólo un gran ejército ó una gran apariencia: es más fuerza, más personalidad, más vida.

Pues bien, los elementos particulares pueden rectificar y deben complementar los actos de los gobiernos, ensanchando y acentuando las relaciones de los pueblos. Es indecible lo que en obsequio de la idea que defiendo han hecho en estos cuatro ó cinco últimos años las tres líneas férreas que unen á España con Portugal por Extremadura, Salamanca y Galicia. Dentro de poco estará terminada la línea directa de Andalucía por Huelva y la portuguesa de Beja. Y es de advertir, para que lo aplaudamos, que precisamente todas esas líneas se distinguen por la baratura excepcional de los billetes de viajeros y aun de los transportes de mercancías. Son las líneas más baratas de España y rivalizan con las más económicas del extranjero, que son (y respecto de las internacionales se comprende fácilmente que no pueden menos de ser) algo más que un simple medio de explotación económica ó

mercantil. Yo he podido ver recientemente cómo se forman en Lisboa los trenes de recreo para la Feria y Semana Santa de Sevilla: el público responde con entusiasmo á las invitaciones de la empresa. Poco hace se ha hablado de una combinación de las líneas altas españolas y portuguesas para facilitar el trato de Oporto con nuestra Rioja, Cataluña y el Pirineo francés. Y la estación que los grandes vapores franceses que van á las Antillas y á Centro América hacen en Lisboa, contribuirá evidentemente á sostener el movimiento de la línea directa internacional, que hoy recorre el Sud en poco más de doce horas.

No quiero entrar en pormenores: menos quiero detenerme á señalar los deberes de nuestros partidos políticos, á los cuales, si conviene repetir uno y otro día que su fin no se reduce sólo á la conquista del poder y que si ya va pareciendo claro que también *hasta cierto punto* se gobierna desde la oposición (contra lo que antes se creía que la *oposición* era), pronto será de evidencia para todos en Europa que las parcialidades políticas con medios poderosos de educación política y social, están comprometidas tanto á moralizar y á instruir al país como á abrirle horizontes

y señalar rumbos aceptables para todos, mediante una enérgica y entusiasta propaganda y el ejemplo de una conducta reflexiva y ordenada *(Aplausos)*.

Pero sí me he de doler públicamente de que celebrándose en estos momentos una Exposición en Barcelona, no se haya comprendido por los iniciadores y directores de los enunciados Congresos pedagógico, jurídico y literario la trascendencia de asociar en estos empeños á nuestros hermanos de Portugal: por lo menos de haberlos invitado cariñosamente, aun sin la seguridad de que mis ruegos fueran acogidos con la buena voluntad deseable. Con no ser la ocasión tan oportuna, ni el motivo de tanto alcance, y á pesar de haber dado á la manifestación cierto tono esencialmente monárquico, que hizo apartar aquí y allá á muchas importantes personas, es notoria la resonancia que tuvo hará cosa de dos ó tres años la visita de buen golpe de literatos portugueses á Madrid, invitados por nuestra *Asociación de Escritores y Artistas:* y todavía más puede decirse del brillante éxito que alcanzaron las fiestas con que nuestras *Sociedades Geográficas* honraron al genio ibérico en las ilustres personalidades de los marinos y descubridores

Ivens y Capello. ¡Cuánto valor no tendría la presencia del poeta popular *Juan de Dios*, inventor de una admirable cartilla para la infancia, en el Congreso pedagógico de Barcelona! Y no digo nada del inmenso efecto, de la ovación perfectamente justificada, con que nuestros círculos científicos y literarios saludaran á un Latino Coelho, crítico eminente; á un Teophilo Braga, filósofo profundo; á un Rodrigues Freitas, ilustre economista; á un jurisconsulto como Dias Ferreira; al insigne maestro de la Politécnica-lisbonense, señor Andrada; al sabio profesor del curso superior de letras, señor Adolfo Coelho, y tantos otros que ahora á mi memoria se escapan: todos verdaderas ilustraciones europeas en los diversos ramos del saber humano y honra incontestable de la gran patria ibérica! *(Grandes y prolongados aplausos).*

Al lado de esto pongo la pena que me produce la escasa atención que la generalidad de nuestros periódicos políticos, literarios y científicos dedica á los hombres, las cosas y los intereses de Portugal. Llega al extremo de que las noticias se reduzcan á la referencia telegráfica; de donde resulta que á pesar del estimable libro de D. Antonio Romero Ortiz,

sobre la literatura portuguesa, aquí apenas se conoce la crísis romántica lusitana ni las batallas de la Escuela de Coimbra y de la Escuela positiva contemporánea, como á pesar de los esfuerzos de D. Angel Fernández de los Ríos y D. Nemesio Fernández Cuesta, apenas hay media docena de estadistas españoles que estén al cabo del orígen y transformaciones de los partidos portugueses, de la trascendencia de la muerte del ilustre Fontes, jefe de los regeneradores, y de la gran Asamblea Republicana, reunida en Lisboa, en el invierno pasado, ni de la representación de hombres tan caracterizados como los señores Serpa, Luciano de Castro, Barjona y Elías García, directores de los grupos conservador, progresista, disidente y republicano de las Cámaras de Portugal.

No tengo para qué entrar en las causas de este fenómeno. Tendría que ser muy severo y censurar duramente la política familiar que domina al presente y que no permite á la casi totalidad de nuestros hombres públicos llegar á ciertos problemas trascendentales, siendo notorio nuestro pecado de no salir de la frontera española y de desconocer, por tanto, á los hombres eminentes y más ó menos afortuna-

dos que dirigen la política europea é influyen en la marcha general del mundo contemporáneo. No se han educado de esta suerte los políticos ingleses é italianos. Tampoco los instauradores del régimen constitucional en España. Pero de todas suertes es preciso que esto termine, y para esto hay que aprovechar todas las ocasiones de protesta.

Mas antes he hecho otra indicación que tal vez habría despertado cierto interés en el público que me escucha, si yo no hubiera insistido una y otra vez en declarar mi propósito contrario á todo lo que pudiera parecer un discurso político. No empece esto para que yo—aun prescindiendo de razonar una tésis en la región de las teorías y dejando á un lado, por el momento, mis notorios compromisos autonomistas—señale la dificultad extraordinaria y punto menos que invencible que se presenta para toda unión de España y Portugal, mientras aquí prive el sentido centralizador que ha anulado á Cataluña, que trae desasosegadas á las Provincias Vascas, que esteriliza las del Noroeste y tiene en peligro constante la paz material y el progreso moral de nuestras Antillas. Respecto de este punto se me ocurre cosa parecida á la que me sugiere el contraste

de los pomposos discursos y las grandes tiradas sobre la resurrección de la Madre España en América y la necesidad de favorecer la concentración de los elementos hispano-americanos, con la triste realidad de la atonía de nuestras Antillas, sometidas al Gobierno militar, á los Alcaldes Corregidores y á un régimen electoral de privilegio y desconfianza. Mientras esto subsista, lo otro será sólo una aspiración de un interés muy relativo, puesto que no sirve más que para extender la jurisdicción de la Real Academia Española. ¿Cómo ni por dónde ha de realizarse una obra que implica la libertad y el amor, cuando lo que está al lado mismo de las Repúblicas americanas, que naturalmente no han de renunciar á su independencia, lo que demuestra prácticamente el sentido y la experiencia de la España contemporánea, niega de modo más ó menos absoluto las condiciones esenciales del empeño? *(¡Bien! ¡Bien!)*

Dichosamente en estos últimos tiempos se advierte una tendencia en casi todos nuestros políticos á modificar su criterio en punto á la organización municipal y regional. Los más conservadores ya nos hablan de sustituir la *inspección* á la *tutela* administrativa. Contra el

caciquismo y sobre la jurisdicción contencioso-administrativa es muy general el clamoreo. Y ya veo también como muchos y tal vez los más valiosos partidarios del régimen federal, que como crítica tuvo un gran valor desde 1869 á 1874, van conviniendo en las modificaciones para salir de la Escuela y entrar en el Gobierno. Es claro que quedarán los radicalismos: el radicalismo pactista: el radicalismo regionalista que tan gallarda muestra de viveza acaba de dar en Barcelona. Pero si bien estas notas no servirán de un modo directo para fundar un orden de cosas viable dentro de nuestro tiempo, contribuyen á la propaganda y al desarrollo del espíritu descentralizador, contenido después del inexplicable fracaso de 1873, no más grave por cierto, ni más escandaloso que el fracaso constitucional de cincuenta años antes.

Pues bien; sólo de esta manera se podrán discutir y desvanecer las susceptibilidades portuguesas; entrando por nuestra parte en la política de las autonomías regionales que implica una renuncia solemne y positiva de todo compromiso de dominación y vasallaje, y una rectificación sincera de aquellas tradiciones que comprenden la rota de Villalar, el supli-

cio del *Justicia* Aragonés, la destrucción de las Germanias, la abolición de los fueros catalanes en 1715, el régimen de los Corregidores en América, y el estado de sitio permanente de las Antillas españolas por Real orden de 1823 (*¡Bien! ¡Bien!*)

¿Necesitaré esforzarme sobre esto?

Más esfuerzos habréis necesitado vosotros para sostener la atención en el curso de esta larga conferencia, á la cual debo ya poner término sin resumirla ni disculparla. De todas suertes quedará como un ejemplo, más ó menos infeliz, de cómo yo entiendo que puede llamarse la mirada del público sobre cosas y países é intereses que nos afectan directamente, sin necesidad de poner á prueba la fantasía ni excitar nuestros peligrosos gustos sobre las expediciones lejanas. El desempeño de la tarea puede haber quedado por bajo del propósito: sin duda ha quedado. Pero la indicación, el sentido, y aun el fin, me parece que no se han perdido en medio de mis palabras. Voy á ser franco, señores: Yo entiendo que de las cosas que he referido la mayoría os eran desconocidas, y que algunos de esos detalles y de esas noticias os servirán para ulteriores y más serios y satisfactorios estudios.

¡Quién sabe, si para determinar alguna provechosa excursión de esas que ya comienzan á proyectarse y discutirse, en vista de las próximas vacaciones veraniegas!

Mas para terminar, y por lo mismo que he evitado el dar rienda suelta á mis aficiones y mis ideas políticas, permitidme, señores, que me despida recomendándoos el viaje á Lisboa con un espíritu de concordia é intimidad, recordando lo que antes os decía respecto de la insuficiencia de los Gobiernos para ciertas empresas, y que haga públicos y entusiastas votos por que pronto amanezcan los esplendorosos días de la gran Patria Ibérica, nutrida por las fecundas espontaneidades y las crecientes energías de esos centros de vida, verdaderos focos de expansión que representan en el mundo contemporáneo los nombres de Madrid, Lisboa, Barcelona y las Antillas. He dicho.

(Grandes y prolongados aplausos.)

LA LITERATURA PORTUGUESA
CONTEMPORÁNEA

CONFERENCIAS

dadas en

El Fomento de las Artes de Madrid,

en Marzo de 1889

LA LITERATURA PORTUGUESA

Conferencia dada en *El Fomento de las Artes* en la noche del 2 de Marzo de 1889

POR

DON RAFAEL M. DE LABRA

SEÑORAS Y SEÑORES:

Debo comenzar felicitándome públicamente de que hoy, y para escuchar mi pobre palabra, se vean favorecidos los salones de esta ya ilustre Casa por una concurrencia tan numerosa, matizada y distinguida. Notorio es que las Conferencias de este Instituto traen de ordinario á esta sala un público considerable, y sería pecar de injusto, por pretensiones de modesto, que yo desconociera ahora que cuantas veces ocupé esta cátedra he sido honrado por la presencia de un numeroso auditorio, en consideración, sin duda, al puesto que ocupo y á la representación que inmerecidamente llevo al frente de esta Asociación liberal y educadora de las clases populares. Pero, declaro con toda franqueza, que esta noche tenia mis temores, especialmente por causa del tema objeto de las

ligeras observaciones que he de hacer en seguida.

No me ha preocupado la sospecha de que el público tachase de arrogante ó de presuntuoso el tema aludido, porque es evidente que habiendo de discurrir sobre los *literatos* y el movimiento literario contemporáneo de Portugal en cinco ó seis cuartos de hora, yo no podría pasar jamás de meras indicaciones, de algunos recuerdos, de algunos nombres, y de referencias á libros y trabajos de cierta importancia á que el curioso debe acudir para formar aproximada idea de la cultura y el valor del vecino reino.

Por otra parte, la índole casi familiar de nuestras habituales conferencias me permitía arrostrar tranquilamente las dificultades de ésta, y hablar de literatura, aun teniendo en cuenta que no soy literato, que no he hecho en mi vida dos versos, y que desde la adolescencia cambié la novela en cuartillas por el drama de la vida.

Pero lo que sí me impresionó desde el primer momento fué, de una parte, la consideración de la exagerada indiferencia conque aqui, aun después del libro de Romero Ortiz sobre la literatura portuguesa, y de los trabajos de

Fernández de los Ríos sobre la historia y la política lusitanas, venimos mirando, en academias, círculos y centros de acción política y cultura literaria, la vida moral de nuestros hermanos y vecinos; y de otro lado, la propensión muy generalizada en nuestro público de encomendar ciertos empeños á la violencia, desconfiando profundamente de la eficacia de otra propaganda, cosa tanto más de apreciar ahora cuanto que cunde por todas partes, en la sociedad española, cierto pesimismo y un gran cansancio de la palabra usada con verdadero despilfarro en nuestras plazas, nuestros periódicos y nuestro Parlamento. Además, refiriéndome concretamente á los negocios de Portugal, creo haber criticado desde este mismo sitio las disposiciones de los más calurosos iberistas de nuestra patria, y ahora debo señalar, para condenarle enérgicamente, el sentido de muchos de nuestros políticos que entienden que estando decretada por el destino la unidad de Portugal y España habrá de realizarse ésta de modo análogo á como se realizaron la unidad italiana y la de Alemania, resultando ociosos, cuando no contraproducentes, los libros y los discursos que se suponen no tomaron la menor parte

en la grandiosa obra de aquellas trascendentales concentraciones.

De todas suertes, aprovecharia la oportunidad para combatir con cualquier pretexto estos verdaderos dislates, y para repetir hasta fatigarme, la protesta que vengo haciendo de muchos años á esta parte, en favor del empleo, punto menos que exclusivo, de los medios morales para producir la lenta, pero amorosa y fecunda intimidad de los pueblos ibéricos. Ahora tengo una mayor razón para decir todo esto, porque la presencia del numeroso público que me escucha, no sólo fortifica mis convicciones y mis esperanzas, si no que me autoriza á decir que un tema tan directamente relacionado con la vida íntima del pueblo lusitano, como es el que he elegido para mi conferencia de esta noche, interesa grandemente, y cuando menos, como todos los demás asuntos que han atraído hasta ahora á las ilustradas personas que favorecen estos salones.

Antes lo he dicho; en hora y media yo no puedo permitirme desarrollos de ninguna especie, ni siquiera exponer consideraciones de cierto alcance sobre la vida literaria del Portugal de nuestros tiempos. Sobre que la materia

en sí misma es vastísima, y para mí de una dificultad extraordinaria por la falta de medios y ocasión para un estudio detenido, hay que contar con que por la índole de estas conferencias, esencialmente vulgarizadoras, y por ese general desconocimiento de las condiciones de la nación vecina, necesito hacer frecuentes referencias á su disposición geográfica y á su historia, con lo que las dificultades suben de número y medida. Por tanto, teneis que encerrar vuestra espectación dentro de términos de una extraordinaria modestia.

Ya otra vez, estudiando en este mismo sitio ciertas condiciones de la vida general lusitana, llamé la atención sobre uno de los fenómenos históricos que más me han preocupado en mis pequeños trabajos sobre el origen y desenvolvimiento de los pueblos modernos. Me refiero á la colosal desproporción que guardan las empresas del país vecino con el territorio portugués y los medios de que racionalmente han podido disponer nuestros hermanos del Occidente ibérico. No creo que se dé en la historia otro caso idéntico. Y á esto he de agregar otras dos notas que tambien me parecen características. La primera se refiere á la evidente exageración de casi todos los em-

peños lusitanos, considerados ya no con relación á las condiciones internas del pueblo lusitano si que frente á todas las manifestaciones análogas del mundo moderno, de tal suerte que en Portugal puede perfectamente estudiarse en su altura máxima y en su grado mínimo, la mayor parte de las tendencias ó las direcciones de la política y la vida social de estos últimos cinco siglos. La otra nota se refiere á la vida íntima del pueblo portugués y señala las contradicciones interiores que constituyen la trama de su laboriosísima historia.

De todo ello podría presentar numerosas y concluyentes pruebas. Pero quiero reducirme á dos ó tres citas que servirán además, bajo otro punto de vista, para el fin principal de esta Conferencia. De todos modos estos hechos, aquellas notas y los razonamientos que vendrán en seguida, producirán en el ánimo del curioso el convencimiento de que existe un grave problema determinado por el hecho de una fuerza genial indiscutible que empuja al pueblo lusitano á afirmar una poderosa personalidad, y de otra parte el hecho no menos evidente de que el modo y manera de haberse desenvuelto y sostenido la personalidad á

que aludo, por su irregularidad, por su violencia, por la poca duración de sus expléndidas y sucesivas manifestaciones y por la falta de correlación y cooperación de todos los elementos próximos y las circunstancias aprovechables y necesarias para un éxito completo, no corresponden á las condiciones positivas y á los fines naturales de la familia lusitana dentro de aquella ley superior de vida que asegura el tranquilo desarrollo de las aptitudes, la satisfacción de las verdaderas necesidades y la acción eficaz de los indivíduos y de los pueblos en las formas de la civilización y para el progreso de la humanidad. De esta suerte se plantea el problema del iberismo, que parte de supuestos tan vigorosos como el valor sustantivo de cada uno de los miembros de la familia ibérica y su insuficiencia para resolver aisladamente las graves cuestiones señaladas hoy por la unidad alemana, la unidad italiana, la desmembración del imperio de Oriente y la reforma norte-americana de 1870 *(Bien, bien)*.

Pero no pretendo ahora discurrir sobre este tema. Se me presenta una oportunidad de señalarlo y la aprovecho, volviendo en seguida al fin concreto de mi Conferencia.

De sobra es sabido que Portugal ocupa una estrecha zona de tierra situada en el extremo occidente de Europa, lindando con el Atlántico por el Oeste y Sur, separada de nuestra Galicia hácia el Norte por el Miño y sus afluentes, y de Zamora, Salamanca, Extremadura y Andalucía por una línea convencional, trazada en los mapas, obra de la diplomacia y que no se traduce por realidad material en el terreno. Las geografías dan á este paralelógramo quinientos setenta y seis kilómetros de largo de Norte á Sur por 168 de ancho de Este á Oeste. Aproximadamente una extensión (continental, se entiende y prescindiendo de las Azores, Madera y otras islas, así como de las colonias del Continente africano y de Asia) de 88.900 kilómetros cuadrados, que viene á ser algo así como una región septentrional de la misma Península ibérica que podría formarse con nuestras provincias gallegas, Asturias, Santander, León, Palencia, Burgos, Logroño y las provincias Vascas. O como las dos terceras partes de nuestra isla de Cuba. Con relación á otras naciones, Portugal es cerca de tres veces mayor que Bélgica, más de dos veces que Suiza, cerca de una tercera parte más extenso que Suecia, pero bastante menor que

Rumanía. Riegan y fertilizan su territorio cuatro principales ríos que nacen casi en la línea media de la Península, que son, el Miño, el Duero, el Tajo y Guadiana; los cuales si bien dentro de Portugal adquieren su mayor amplitud, aún allí son difícilmente navegables, y sobre todo, no se aprovechan ni podrían aprovechar sin grandes trabajos para una comunicación facil y pronta con el resto del continente. El terreno es montuoso pero cerca de la línea de España; en la parte opuesta, que es todo el litoral marítimo y cuya extensión se acerca á 700 kilómetros, la tierra es baja y llana, como de playa festejada y lamida por el Atlántico.

Con todo esto quiero decir que el acceso á Portugal no es fácil, y naturalmente debió ofrecer verdaderas y excepcionales dificultades en la época de la iniciación y aún del asentamiento del nuevo reino; es decir, desde el siglo XII al XVI, en cuyo período, para llegar al centro de Europa tenía el portugués que atravesar los varios y revueltos reinos en que España se dividía y que arrostrar las iras del castellano, menos propicio á entenderse con el vecino de las desembocaduras del Duero y del Tajo que con los mismos guerreros y

los pacíficos pobladores de los reinos y provincias árabes. El mar siempre fué medio aprovechable de fecunda comunicación entre los pueblos, pero no hay para qué decir el estado de la navegación antes del descubrimiento de la brújula, ni los miedos y las preocupaciones que reinaban sobre el Atlántico. De donde se deduce que el trato con los lusitanos no fué cosa corriente ni estuvo al alcance de todo el mundo; y por donde resulta que las influencias extrañas sobre este país debieron ser siempre obra excepcional y hecho que pide explicación muy detenida.

Sin embargo de todo esto, apenas se constituye el Condado de Portugal en 1095 (que es la fecha en que Alfonso VI de Castilla pone al frente de aquella comarca gallega entre el Duero y el Miño al aventurero Enrique de Borgoña, que hace su yerno), ó desde 1143 en que las Cortes de Lamego consagran la independencia del Condado y proclaman rey á Alfonso I hijo del borgoñés y vencedor del moro en Ourique, Portugal vive constantemente en el orden político, literario, religioso y social, bajo la influencia extranjera, que es al principio, en los siglos XII al XIV, la provenzal francesa: en el siglo XV la castellana,

en parte del siglo XVI la italiana, laica ó papal; en el siglo XVII la española; la británica á los comienzos del XVIII, y en buena parte del XIX; la francesa al terminar el siglo anterior y á mediados del que corre, hasta llegar á nuestros días en que sin poder afirmarse que Portugal vive política y socialmente fuera de la influencia inglesa, nos ofrece muchas de las condiciones propias de los pueblos contemporáneos que alientan y se desarrollan dentro de la tendencia general y un tanto cosmopolita de la Europa que hicieron la Revolución del 89 y los tratados de 1856. Bien puede aventurarse que en todo este largo período de ochocientos años, Portugal ha vivido de sí mismo y por sí mismo solo una parte del siglo XVI, bajo los reinados de Don Manuel y de D. Juan II, en el cual su grandeza política y material se combina (contra lo que generalmente acredita la historia de todas las literaturas) con el mayor esplendor intelectual y literario de la sociedad lusitana.

De aquí un resultado constante, palpable y elocuentísimo, que luego viene á convertirse en causa que aumenta la serie de fenómenos que vengo señalando: á saber: la dulzura, la tendencia amorosa y á veces la docilidad que

por tanto entran en el carácter y la fisonomía del actual pueblo lusitano, y de otra parte, además de la supeditación frecuente de la literatura lusitana á la extranjera, su lengua facil, armoniosa, dulsísima, cuajada de voces francesas, castellanas, italianas y hasta británicas (muy pocas árabes) propensa al vocalismo, en tonos blanda y desinencias sibilantes y de tal contextura que Sismondi ha podido llamarla *un castellano deshuesado*, y otros críticos extranjeros la *lengua de las flores (Bien, bien)*.

Pero cuidad, señores, de no concluir de aquí que en ninguno de esos períodos, ni bajo ninguna de esas influencias, la fisonomía portuguesa se ha borrado. Precisamente aquí está otra de las contradicciones de que antes hablaba y una de las mayores pruebas de la potencia de individualización que caracteriza al pueblo vecino. Indudablemente ha servido mucho para esto (aparte las condiciones de raza y otras circunstancias de valor y alcance diversos) el hecho de haberse constituido la nacionalidad lusitana en el momento del desarrollo de Castilla y de haberse mantenido separada en el período de conquista y fusión de todos los demás reinos del resto de España:

que de otra suerte la política, como la legislación, como la literatura portuguesas hubieran sufrido los menoscabos, paralización, transformaciones y ruina que pueden señalarse fácilmente en la historia de Andalucía, Navarra, Valencia, Aragón y Cataluña.

Pero el fenómeno allí está, y si fuera preciso entrar en detalles no me costaría gran trabajo aducir datos y demostraciones. No creo que en pueblo alguno de Europa la sumisión á Roma se haya extremado al punto que en Portugal, ya dentro de la primera mitad del siglo XIII y en la época en que el Papa Inocencio IV destituye y excomulga al rey Alfonso II el de las Navas, destituye á Sancho II y otorga el cetro á Alfonso III, destinado á consolidar la nacionalidad con la conquista de los Algarbes, ya en el último tercio del siglo XVI, en que bajo la influencia de los jesuitas y de la Inquisición, se producen los reinados del novelesco D. Sebastián, el sombrío héroe de Alcazarquivir y el anciano cardenal D. Enrique... Pero ¿dónde el espíritu monárquico palpitó más enérgicamente y la obra nacional identificada con la Monarquía se llevó con el arte y con la intención del rey Dionisio, el creador de la Universidad

de Coimbra y el protector de los Templarios convertidos en caballeros de Cristo á fines del siglo XIV, y dónde la protesta secularizadora é independiente se ha llevado con la energía y con el éxito que caracterizan la política del marqués de Pombal, en el reinado de José I, á mediados del siglo XVIII?

Portugal, después de haber estado á punto de confundirse con España dos veces en el siglo XIV, cae bajo nuestro poder en 1583, después del cardenal Enrique y el fracaso del prior de Crato, y espoliado, arruinado, ultrajado, soporta por espacio de setenta años (el famoso período que allí llaman de *esclavitud*) la tiranía de nuestros Felipes de Austria... Pero ¿dónde ni cómo se ha producido un alzamiento más espontáneo, más entusiasta, más vigoroso, de más alcance y empeñado éxito que el que dirige el bastardo duque deBraganza en 1640, que pone la batalla de Montijo en la serie de Ourique y de Aljubarota, como base de la independencia lusitana y agrega los nombres de Juan IV, Pinto Ribéiro y Matías de Alburquerque á los de Alfonso Enriquez, Juan de Avis y don Nuño Alvarez Peréira en los anales de las glorias patrias?

La influencia de la política y de la lite-

ratura francesas se llevó en Portugal hasta la imitación servil, sobre todo, en la época del nacimiento de la nacionalidad y en el período enciclopedista posterior á Pombal, ¿pero tengo que recordar aquí la espontaneidad y el vigor del pueblo lusitano, abandonado de su rey y de sus próceres (que huyeron al Brasil, como quizá no hay otro ejemplo en la historia moderna) para levantarse en los comienzos de este siglo contra el francés invasor, prestigioso y casi omnipotente? Dudo que el protectorado británico se haya ejercido, supuestas ciertas condiciones y ciertas diferencias, del modo duro, interesado y aún humillante con que en Portugal se ha producido en la época inmediatamente anterior al tratado de Methuen, en la minoría de Alfonso VI, y el reinado de Pedro I á fines del siglo XVII, en que Inglaterra prestó su apoyo contra Francia y España, ó en el período más cercano de la dictadura de lord Beresford con que hácia 1816, Inglaterra quiso desquitarse de sus auxilios contra Napoleón. Pero tampoco sé yo de voluntad más enérgica, ni de esfuerzos más resueltos para lograr, dentro de ciertos medios, la emancipación portuguesa de la diplomacia y el mercantilísimo ingleses

que los entrañados en la política de aquel asombroso Pombal que después de atacar á los nobles de su tierra, á los jesuitas, á la Inquisición, al Papa, á España, á Francia y á todos los poderes que le cercan ó le amenazan, deshace los monopolios mercantiles de Methuen, y recordando al embajador inglés que en Portugal para sacar á un «hombre muerto se necesitan cuatro vivos,» inicia una serie de bien intencionados esfuerzos cuyo éxito hubiera sido indudable á no sobrevenir la liga de los Borbones de Francia y España y la invasión del vecino reino por los cuarenta mil españoles al mando del marqués de Sarria, hácia 1762, determinando una mayor y más estrecha alianza del invadido con el gobierno inglés, de modo, que al hacerse las paces de París y de Hubertsburgo, que consagraron el enaltecimiento de Prusia, la decadencia de España y la supremacía marítima y colonial de Inglaterra, aparece pospuesto el reino de José I, como *protegido* de Jorge III y obligado simplemente á adherirse á los acuerdos de las grandes potencias! *(Aplausos).*

Y ya vereis precisamente en la Conferencia de esta noche, cómo después del imperio casi absoluto que las letras provenza-

les primero, y luego las castellanas ejercieron sobre el Portugal, llegando al punto de que, por espacio de más de un siglo, los principales escritores y poetas del vecino reino escribieran sus mejores ó más acariciadas obras en castellano, vereis cómo de pronto surge la escuela de Camoens y especialmente el célebre poema *Os Lusiadas*, cuyo carácter, cuyo brio, cuya identificación absoluta con la historia, los sentimientos y los intereses exclusivamente lusitanos, lo ponen quizás completamente fuera de toda comparación, bastando para acreditar la personalidad, digámoslo así de una literatura.

Me sería facilisimo, pero me empujaría muy lejos el señalar los límites extremos á que Portugal ha llevado su papel en relación con la vida total de Europa, y aun del mundo. Bastárame recordar que en ninguna parte la intolerancia religiosa ha llegado al extremo que en aquel país, como lo demuestran el poderío de la Inquisición y las persecuciones incomparables de que fueron víctimas los judíos en el siglo XVI; que ninguna metrópoli ha extremado como Portugal su empeño asimilador é identificador como lo demuestran, sin ir más lejos, todas las refor-

mas coloniales hechas en el Brasil, en el siglo XVII y aun la misma política colonial lusitana de los cincuenta primeros años del siglo XIX; y que el empeño de los descubrimientos marítimos y terrestres, y de la conquista de lejanos países, figura á la cabeza de los empeños análogos de la Edad Moderna, y puede ser considerado como muy superior á todos si se tiene en cuenta la situación, condiciones y medios del pueblo lusitano, aun en períodos de grandeza y esplendor. Recordad, señores, que portugueses fueron, con bandera propia ó española, los descubridores del Cabo de las Tormentas ó de Buena Esperanza, de la vía marítima de las Indias, de Mozambique y Sofalo, de Madagascar, del Brasil y del paso de Magallanes; y que el pabellón lusitano llegó á flotar, en un período de 50 años, á parte del Brasil y de la costa occidental africana, en toda la costa Sudoeste del Africa desde Sofala á Melinda; en Socotora, al frente del Mar Rojo, á la entrada del golfo pérsico, y en la isla de Ormuz, en la vecindad de la Arabia, y en la costa del Indostam desde Cambaya al Cabo Comorín por el Oeste y por el Este, ó sea en la costa de Coromandel, en Negapatam y en Meliapoux ó San Thome, cerca de Madras.

Después fué á la Malasia, y, por último, ondeó en Ceilan, las Maldivas, Macao, las islas de la Soledad y las Molucas. Hacer estas citas, excusa toda clase de comentarios. Sin duda el poderío portugués se ejercía generalmente sobre la costa y una cierta zona próxima á ésta; pero no se puede prescindir de que en rigor era casi toda la costa de Africa (fuera de la septentrional), y de la India, y que los centros políticos, militares y comerciales de Goa, Ormuz y Malaca, ejercían una influencia decisiva en el interior, siendo la base de toda clase de tentativas y empeños.

Pero sobre estos extremos no debo insistir. Conviene, empero, tener en cuenta los datos apuntados para entrar de lleno en lo que pudiéramos llamar el terreno literario: porque sólo conociendo esto se puede hablar rápidamente de ciertos antecedentes y monumentos de la literatura portuguesa.

De ninguna suerte me propongo reproducir las divisiones y clasificaciones que de la historia de la literatura lusitana hacen los escritores especiales y competentes que, por cierto, no son muchos. Al menos yo solo conozco el excelente *Manual* del ilustre Theófilo Braga; el Ensayo histórico de Balbi; la Historia de la

Literatura del Mediodía de Europa, de Sismondi; el libro de Bonterwerck, sobre la historia de la poesía y de la elocuencia en los pueblos modernos; el libro recientísimo de Mr. Loiseau, sobre la Historia de la Literatura portuguesa, y algunos estudios especiales de los Sres. Pereira da Silva, Adolfo Coelho, Latino Coelho y Oliveira Martins. Sólo el intentarlo supondría pretensiones un tanto inmodestas y completamente fuera del caracter ligero de nuestras conversaciones. Pero paréceme de todo punto indispensable señalar la existencia de cinco períodos perfectamente distintos en la historia literaria del reino vecino.

Abarca el primero los siglos XII al XIV; es decir, la época del nacimiento é instauración del condado de Portugal; comarca que, como antes he dicho, comprendía las márgenes del Miño y el Duero, y cuya dirección fué confiada por el rey leonés que conquistó á Toledo, á uno de aquellos esforzados aventureros que vinieron de Francia y frecuentaron nuestros reinos cristianos bajo la inspiración de las Cruzadas. Por devoción personal ó por la necesidad de confiar la defensa de aquella parte de su reino frente á los árabes que imperaban

mucho más arriba de Lisboa, Alfonso VI hizo Conde á Enrique de Borgoña, casándole además con su hija Teresa. Y con el Conde borgoñón entró la influencia francesa en el flamante Condado, pues que naturalmente, el príncipe extranjero había traído consigo á otros compatriotas, y luego llamó á deudos y amigos en su auxilio. Es bien conocida la situación geográfica de la antígua Borgoña, muy próxima y aun contigua, por este tiempo, á la famosa Provenza, y no he menester recordar cómo y de qué suerte la literatura provenzal influyó y corrió por toda la Europa de Occidente y del Sur desde los siglos XII al XIV. En Portugal llegó á tener una influencia definitiva en la época del Rey D. Dionisio, y su importancia es tal, que dominando casi exclusivamente en aquel país y por aquel entonces, ha podido dar base ó pretexto para que generalmente se asegure que en Portugal la poesía popular y expontánea ha venido muy detrás de la literatura y poesía cultas ó palatinas.

De aquí que pueda aventurarse la especie de que este período de muy cerca de trescientos años, que corre desde la constitución del Condado portugués, en 1095 hasta el enaltecimiento de Alfonso IV, el verdugo de doña

Inés de Castro y vencedor del Salado, comprendiendo la batalla de Ourique, las Cortes de Lamego, la creación del reino de Portugal con Alfonso I á la cabeza, la toma de Lisboa, la participación en la empresa de las Navas de Tolosa, la conquista de los Algarbes y los gloriosos reinados de Dionisio y del mismo Alfonso IV; este período se caracteriza por el predominio de los trovadores, los cancioneros y los romanceros, y se desenvuelve, bajo el punto de vista intelectual y literario, alrededor de dos instituciones; la Monarquía, representada del modo más brillante y efectivo por la prestigiosa figura de D. Dionisio, y luego la Universidad portuguesa creada en Lisboa, trasladada á Coimbra, y vuelta á establecer con grandes desenvolvimientos en las hermosas orillas del ancho Tajo.

El Rey D. Dionisio, que gobernó á Portugal desde 1279 á 1325, se presenta á los ojos del observador como un tipo por todo extremo simpático, por cuanto en aquel ilustre personaje se combinan los talentos más variados, las aspiraciones más generosas, los empeños más trascendentales y los éxitos más felices; siendo de advertir que inicia su reinado en época de grandes disturvios, como que es á

poco de las excomuniones papales, que dieron en tierra con Sancho II y otorgaron el trono á Alfonso, que llamaba al Pontífice romano *señor de su cuerpo y de su alma*. En cambio el nuevo Rey tiene de su parte el hecho de ascender al trono, cuando por la conquista de los Algarbes quedan fijados los límites del reino lusitano.

No es del caso detallar las empresas políticas y económicas del Rey Dionisio, al cual se reserva en la historia portuguesa el título de *Rey Labrador*, y á cuyo prestigio sirvieron grandemente las virtudes de su esposa la infante Isabel, hija de Pedro III de Aragón, y enaltecida, después de su muerte, por la Iglesia con el apellido de Santa.

Pero lo que sí hace al caso, es recordar que D. Dionisio fué educado por un maestro de Cahors llamado Aimeric D'Ebrard, que le enseñó en forma las reglas de la poética limosina; que á su servicio tuvo trovadores como Joao Velho, Martím Péres y el famoso D. Joao de Alboin; que por su casamiento entró en relaciones directas con el conde de Provenza, tio de su mujer; que su corte se hizo punto de convergencia de todos los trovadores de León, Castilla y Aragón; que en la historia

literaria de Portugal figura el mismo D. Dionisio como uno de los primeros trovadores, autor de 138 canciones, y que su hijo natural el conde de Barcellos, es el celebrado autor del *Livro das Cantigas,* considerado, del propio modo que el *Cancioneiro de Don Diniz*, como uno de los primeros monumentos literarios del vecino reino.

La Universidad, como antes he dicho, se creó en Lisboa hacia 1291 por el mismo Rey Dionisio, con el apoyo de las Abadías de Alcobaça y San Benito, y del Monasterio de Santa Cruz de Coimbra; pero en vista de las Universidades italianas, á donde ya asistían muchos portugueses. Esta Universidad, que en 1307 fué llevada á Coimbra, traída en 1338 á Lisboa y vuelta á llevar y traer diferentes veces en todo el siglo XIV, tuvo un objeto político no difícil de comprender para aquellos que conozcan cómo después de la oposición que la Iglesia hizo á la cultura greco-romana, nacieron en Occidente las escuelas árabes, y como el estudio del latín y del derecho romano, sirvió á la consolidación de la monarquía europea. Conforme á los estatutos de la Universidad portuguesa, que datan de 1309 y fueron refundidos en 1347, allí se enseñaban por las ordenes ri-

vales de Dominicos y Franciscanos, las decretales, leyes, medicina, dialéctica, gramática y teología. Pronto en el seno de aquella Escuela se entabla la lucha de *decretalistas* y *civilistas*, y se impone Aristóteles, pero se reverencia á Averroes.

El siglo XV (que constituye el segundo período de la historia literaria lusitana) es el de la influencia literaria española, al punto de que casi todos los poetas y escritores notables portugueses, escriben indistintamente en portugués ó en castellano. Es la época de las relaciones del infante D. Pedro (el novelesco amante de doña Inés de Castro), con nuestro Juan de Mena. Entonces es una autoridad en Portugal nuestro marqués de Santillana. En los cancioneros castellanos aparecen numerosísimos poetas portugueses, y la imitación castellana se ve palpable en el *Canzoneiro geral* de García de Rezende.

Pero á esta época hay que referir también dos iniciaciones y una nota del caracter general literario y social de la Europa en aquellos tiempos. La poesía popular lusitana comienza á definirse apareciendo antiguas y dispersas manifestaciones que forman la materia de los *Romanceiros*. En esta época asímismo se ini-

cia la erudición latinista con el desarrollo de la Universidad de Lisboa y la aparición de la imprenta que se fija en 1465, suponiéndose que, traídos de Nuremberg los primeros tipógrafos por el Prior de un convento de Coimbra, éstos imprimieron varios libros griegos y latinos, señaladamente una obra de Santo Tomás; y los curiosos añaden que los monumentos tipográficos de aquella época hoy existentes, son las *Coplas do menos precio do mundo* del condestable de Portugal de 1478 y alguna otra por el estilo. Por último, y para completar estas indicaciones es preciso traer á la memoria el recuerdo de la novela caballeresca., dominante en toda Europa (en España muy poco) desde el siglo XIV y que se revela en las leyendas del Rey Lear, de Arthur, Merlim y Tristao; en el celebérrimo poema de *Amadis de Gaula,* cuya versión portuguesa eclipsó por mucho tiempo al original francés; y, en fin, en las numerosas manifestaciones del espíritu de la Tabla Redonda, que se suceden dentro del siglo XV con los títulos de *A demanda do Santo Graal, O brado de Merlim, O livro de Josex ab Arimathia, Estoria do muy nobre Imperador Vespasiano,* etc., etc.

De esta suerte íbase desarrollando el espí

ritu portugués, fortificado por el éxito que la causa nacional, ó mejor dicho, la personalidad lusitana, habia alcanzado en aquella guerra que se produjo con Castilla á fines del siglo XIV y que terminó con la tan celebrada victoria de Aljubarrota y con el enaltecimiento, del bastardo Juan de Avis al trono de Portugal en agravio del rey de Castilla D. Juan I, casado con la infanta Beatriz, hija única del rey D. Fernando de Portugal y de Leonor Tellez. Con don Juan de Avis, no sólo se consolida la independencia portuguesa, sino que se afirma la autoridad real y se define la sociedad moderna, iniciándose, por la benéfica influencia del sabio infante D. Enrique (uno de los hombres más ilustres de su época), los descubrimientos marítimos hácia Madera, las Azores, Canarias y la costa occidental del África. Enseguida (ya dentro del segundo tercio del siglo XV), los portugueses van á Tanger, al Senegal y á Cabo Verde, consiguiendo del Papa Eugenio IV, una bula que les concedía todas las tierras que descubriesen y una indulgencia plenaria á los marinos que las visitaran. Por último, el fracaso del ejército portugués en los campos de Toro, y luego el tratado de Alcántara de 1439 que puso el dere-

cho de Isabel la Católica por cima de las pretensiones de la Beltraneja sostenida por su esposo Alfonso V de Portugal, consagraron de otra manera la individualidad de este reino, separándole de Castilla, como cincuenta años antes había sucedido en Aljubarrota.

La edad gloriosa de Portugal comprende tres reinados: de Juan II, Manuel el *Afortunado* y Juan III; es decir, de 1481 á 1550. Este es el período en que la nobleza lusitana queda deshecha á los pies de la monarquía por la muerte de los duques de Braganza y Visco. Este es el período de la llegada de Colón á Lisboa; del descubrimiento del Cabo de Buena Esperanza, del Tratado de Tordesillas que dividió en 1494 el mundo de los descubrimientos entre España y Portugal; de las expediciones de Bartolomé Díaz, Pero de Cavilhan y Alfonso de Paiba en busca del Preste Juan de las Indias; de Vasco de Gama, Vicente Sodre, Pacheco y Almeida por Africa y Asia, de Cabral por América; de las conquistas y los gobiernos de Alburquerque, López Suárez y Juan de Castro; del Renacimiento, del explendor de Lisboa, de las misiones de San Francisco Javier—y tambien del establecimiento de la Inquisición y los jesuitas veni-

dos en 1540, que anuncian la decadencia lusitana determinada así mismo por otras varias y complicadas causas; entre ellas, la exageración misma del empeño heróico y de exteriorización del electrizado reino.

Todo el movimiento literario y la grandeza intelectual de este laboriosísimo período de 160 años (y que es el tercero de la historia literaria portuguesa), está representado por cuatro nombres. Los de Sá de Miranda, Gil Vicente, Juan de Barros y Luis de Camoens. El primero representa especialmente el lirismo y la nueva influencia italiana. El segundo, el teatro. El tercero, la prosa y la historia. El cuarto, la epopeya. Este es el período que en Portugal llaman de *Os quinhentistas.*

Fué Sá de Miranda un apuesto caballero de la corte lusitana y no le estorbó para figurar dignamente en ella y para obtener éxitos de todo género, cierto rigor moral en medio del bullicio de Lisboa que por aquel entonces llegó al máximun de su explendor, ni la circunstancia de ser hijo de un canónigo llamado Gonçalo Méndes de Sá y de una mujer noble. Se educó con gran desahogo en Coimbra donde nació, y mientras sus hermanos, de igual discutible procedencia bajo el punto de

vista moral, procuraban y alcanzaban altos puestos oficiales como el gobierno del Brasil, él, después de cursar sus estudios en la Universidad de Lisboa donde alcanzó el título de doctor, con la protección decidida de sus abuelos, salió de Portugal viajando por España, Francia é Italia y saturándose del espíritu científico y del sentido literario imperante en Europa á los principios del siglo XVI. No parece claro el motivo de esta expedición, aún cuando sí que en esta larga escursión Sá de Miranda se veia forzado, bien por choques con gente de la corte, bien por el efecto de algunas de sus poesías impregnadas en una gran austeridad moral que siempre caracterizó al hijo del canónigo de Coimbra, bien por el efecto que esta última circunstancia causó constantemente en el ánimo del caballero, aún en el seno de una sociedad rica, revuelta y de pocos escrúpulos, como la que él mismo describe en una de sus más celebradas Epístolas. Al cabo de algunos años vuelve Sá de Miranda á Portugal, obtiene favores del rey Juan III y por último hácia 1534 se casa y se retira á las inmediaciones de Braga, viviendo la vida campestre en directa relación con otros literatos que vinieron á formar su escuela.

Sá de Miranda escribió dos comedias, tituladas *Os extranjeiros* y *Os Vilhalpandos*, de crítica muy acentuada contra los hidalgos y los soldados fanfarrones, plagas de la época.

Pero la importancia del poeta está en sus Epístolas ó Cartas, sus Elegías, sus Canciones, sus Sonetos, sus Fábulas y sus Eglogas. En las primeras, que son muchas, parece un imitador de Horacio.

Como fabulista es de los pocos que han cultivado el género en Portugal, y sus églogas, escritas casi todas en castellano, le han dado el nombre del *Virgilio portugués*.

Se trata, pues de un poeta esencialmente lírico, dulce, sensible, de gran carácter moral, muy preocupado de la poesía clásica, fervoroso y afortunado cultivador de la lengua portuguesa, que consiguió hacer escuela formada por los Ferreira, Bernardes, Caminha y otros, y de quien Bouterweck ha dicho que si su nombre fuera omitido en la historia de la literatura española, se produciría en ella un considerable vacío.

Gil Vicente, es, como ya indiqué, el creador del teatro portugués; pero su importancia sube y se extiende á mucho más, porque se trata de un hombre extra, que hizo raya como

artista, poeta, actor dramático y filólogo, padre y director de una familia de artistas, representando un gran sentido nacional frente á la influencia italiana clásica, y constituyendo una verdadera, amada y respetable escuela.

Nació en la tierra del Miño y fué hijo de Martín Vicente, platero y artista de la época, que murió soltero en la India. Unido á la corte por la profesión de su padre, que él aceptó y llevó á un alto grado de perfección, llegó á ser la autoridad artística de su tiempo, y figuró, no sólo como autor de obras tan señaladas como la custodia y gran cruz del monasterio de Belém, si que el inspector de todos los trabajos de oro ó plata que se hicieron por orden de los reyes D. Manuel, su madre doña Leonor y su sucesor D. Juan II. Por la excepcional cultura de su espíritu, y respondiendo á los estímulos de la época, el platero palatino compuso piezas de música é hizo muchos y hermosos versos, pasando luego á escribir monólogos, autos, tragicomedias y farsas al estilo español, que encantando á la reina, esposa de D. Manuel, le abrieron paso en la corte y lograron ser representadas por el mismo autor y otros aficionados.

Desde 1502 á 1510 fueron compuestos y re-

presentados los siguientes autos: la *Visitación* ó monólogo de un Vaquero, que se hizo ante la reina (convaleciente de un parto), el *Auto pastoril castellano*, entre seis pastores, el de los *Reyes Magos*, la *Sibila Casandra*, *San Martin*, los *Cuatro tiempos*, el *Alma*, y no recuerdo qué otro que producen un gran efecto. Luego vienen representando un gran progreso, *Ignez Pereira*, de mucho sentido cómico, los *Muleteros* y otros.

Aparte del valor que el teatro tiene en todas las literaturas, considerado bajo el punto de vista estético, y más aún bajo el social, hay que estimar en la obra de Gil Vicente el sentido reformista y humano que le adelantó considerablemente á su época y le trajo no pocos disgustos en el último período de su vida, que corrió bajo los golpes de sus émulos los eruditos, y de sus adversarios, que precisamente el año en que murió el ilustre escritor fundaron la Inquisición en Portugal.

Joao de Barros es un gramático y un historiador. A él hay que referir la fijación y depuración de la lengua, obra á que también se dedica, pero en segundo término, Fernao d'Oliveira hacia 1536. Y en Barros hay que buscar el origen de la historia regular portu-

guesa, cuyos lineamientos quedan trazados en las famosas *Décadas*. Joao de Barros nació en Viseu, en 1496, y se educó en la corte de don Manuel, muy cerca de los príncipes é infantas, llegando á ser maestro de D. Juan III, logrando posiciones tan altas como el gobierno de la costa de Guinea y la tesorería general de las Indias, y viviendo con una reputación y una influencia envidiables sobre setenta y cuatro años. A los veintidos ya había escrito la *Crónica del Emperador Clarimond*, bajo las inspiraciones de los libros de caballería, popularizados por el Amadis de Gaula. Pero luego se dedicó á su *Asia portuguesa*, dividida en cuatro décadas, y que se publicó desde 1552 á 1602, influyendo quizá no poco en el espíritu del gran Camoens. A Barros se le llama el Tito Livio portugués, y es el maestro de la prosa clásica lusitana, en una empresa en que figuran siempre por bajo del célebre escritor, Duarte Galvao, el autor del *Nobiliario de las familias portuguesas;* López de Castanheda, que escribió hacia 1528 la *Historia del descubrimiento y conquista de las Indias;* Diego do Couto, Jerónimo Osorio, Alburquerque (padre é hijo) y otros, amén de Fernao Lopes, Azurara y Ruy de Pina, cronistas del siglo XV. Pero la figura

que eclipsa á todas las demás, es la de Luis de Camoens, que con relación al mundo de la literatura y frente á la Europa culta, viene á representar para Portugal lo que Cervantes para España. Tan cierto es esto, que cometiendo una inmensa injusticia, apenas los críticos y literatos extranjeros conceden alguna importancia al admirable genio de Gil de Vicente que en su tiempo mereció el honor de que el gran Erasmo aprendiese el portugués para leer sus obras y cuyos Autos y cuyos versos por aquel entonces lograron extraordinario nombre y echaron los cimientos de la escuela á que realmente pertenece el mismo Camoens.

Vivió éste desde 1524 hasta 1580, y nació, según todas las probabilidades, en Lisboa, aunque no faltan quienes digan que en Coimbra ó en Santarén. Era el poeta linajudo y provenía de familia gallega, cruzada con otra del Algarbe, llamada de los Gama. El bisabuelo de D. Luis ya fué trovador y parece cierto que los primeros años del poeta pasaron al lado de su padre Simao Vaz Camoens en las orillas del Mondego. Por esto pudo el después famoso poeta hacer sus primeros estudios en la Universidad, por aquel entonces

trasladada de Lisboa á Coimbra, y en la que dió el Rey D. Juan III un alto puesto á don Bento de Camoens, general del Monasterio de Santa Cruz, y al cual su sobrino D. Luis dedicó, muy joven, sus primeros versos que fueron la *Elegia da Paixao*, dentro de la imitación italiana.

Con estos antecedentes y con estas influencias, D. Luis de Camoens pronto trabó relaciones en la corte lusitana, singularmente en aquel círculo dirigido por la infanta doña María, hija última de D. Manuel, en cuyo torno se movían la Sigea, Angela Abad, Paula Vicente y otras damas ilustres por su virtud, su talento, su cultura y sus aficiones literarias. Porque conviene advertir en honra de Portugal, que á las damas lusitanas, sobre todo las de alta posición, corresponde principalmente la gloria de haber alentado los estudios literarios en aquel país, singularmente en el laborioso período de los siglos XV y XVI, á la manera que los reyes lo habían hecho en el ciclo de Dionisio antes de poner su principal atención en las expediciones marítimas de la última época. El mérito y el entusiasmo de la infanta doña Maria sólo tienen comparación con los de su madre la reina doña Leonor. Y bien

puede asegurarse que aquellos salones contribuyeron extraordinariamente á la educación portuguesa, como en otro sentido contribuyeron también á la cultura de Francia los célebres salones parisienses de los siglos XVII y XVIII.

Sin embargo, las alegrías y la prosperidad del joven Camoens no duraron mucho, y bien por los rozamientos de su tio D. Bento con el rey D. Juan III por causa de no sé que rentas eclesiásticas, bien por algunos versos y sátiras contra determinados personajes, bien por algunos incidentes amorosos con doña Catalina de Ataide, hija del camarero mayor del príncipe don Duarte y que en la vida del poeta viene á desempeñar el papel de la Laura de Petrarca, ello fué que D. Luis tuvo que salir de Coimbra y luego de Lisboa, y como le faltase el apoyo de su tio por muerte de éste en 1547, se embarcó para Africa en busca de distracción, honores ó fortuna.

Tampoco estuvo por allá mucho tiempo ni logró resultados satisfactorios. En cambio peleando con los moros perdió el ojo derecho. Tornó á Lisboa en 1549—es decir, cuando don Luis tenía veinticinco años—y en la capital portuguesa vuelven los disgustos por el amor,

por el carácter ó por la literatura. Golpea en la procesión del Corpus al hidalgo Gonzalo Borges y por esto permanece preso más de un año, durante cuyo tiempo lee las dos primeras *Décadas* de Juan de Barros concibiendo entonces, según se cree, la idea de su epopeya, cuyo primer canto data de aquella fecha. Por último, en Marzo de 1553, despechado, se embarca para la India y con suerte tal, que de las varias naves que formaron la expedición y fueron acometidas por un furioso temporal (que quizá es el descrito maravillosamente en el canto sexto de *Os Lusiadas*) solo llega á Goa, á principios de Septiembre, el *San Benito*, donde iba nuestro poeta.

La vida de este en la India fué por todo extremo accidentada y deplorable. Naturalmente, los biógrafos de Camoens, del Camoens posterior al poema, lo atribuyen todo á la mala estrella de éste y á la torpeza de sus amigos y protectores que allá ocuparon altos puestos. Además, tengo observado, que generalmente se padece una cierta debilidad para apreciar las contrariedades y vicisitudes que sufren los hombres de letras, más sensibles que los demás y que señalan como dificultades extremas las que no solo el común de las gentes,

si que los hombres excepcionales en otro orden de empeños encuentran de ordinario en su carrera. Digo esto, señores, porque tengo mis sospechas de que los disgustos y obstáculos con que tuvo que luchar Cámoens en la India no deben atribuirse por lo general, á la maldad de sus contemporáneos que allí (no digo en otra parte) se esforzaron en sacarle adelante en los conflictos que por su falta ó por su desgracia tuvo que soportar. Así resulta que Camoens llegó á la India y vive allí bajo la protección de dos gobernadores: que allí obtuvo el envidiable puesto de administrador de los bienes de difuntos y ausentes en Macao, donde concluyó su gran poema y de donde salió á los dos años procesado quedando preso en Goa hasta justificarse; que si en Mozambique vivió y de allí pudo salir apesar de su déuda hácia 1570, fué por el apoyo desinteresado de sus buenos amigos, y que entre estos figuran los vireyes D. Alonso de Naraña y D. Constantino de Braganza. No quiere decir esto que lo pasara bien en la India ni que la mala voluntad de algunos personajes, como el gobernador Pedro Barreto, estuviese justificada, aun después de la sátira que contra la administración ultramarina escribió

nuestro poeta con el título de *Disparates en la India* y que le valieron un destierro de tres años de vida triste y trabajosa en Malaca, Macao y las Molucas. Las aflicciones de este período fueron considerables; no grata su situación después de la pérdida del empleo de Macao, por lo cual tuvo que asociarse á algunas empresas militares en que demostró siempre su reconocida bravura, y hay que convenir en que á la pena de la forzada ausencia de Lisboa debió aumentarse la producida por la muerte de doña Catalina de Ataide que vino á tener efecto hácia 1556. Además, Camoens tuvo la desgracia de sufrir dos naufragios en las aguas de la India, ofreciéndose la circunstancia de que en el sufrido en la costa de Cambodge, viniendo de Macao á Goa, perdiera nuestro poeta todo cuanto poseia, llegando las cosas al punto de que al salvarse á nado tuviera que llevar en una mano el original de su poema, que de otra suerte hubiera perecido tambien en aquellos lejanos mares.

Al fin pobre, triste y objeto de la enemiga del gobernador Barreto, D. Luis se embarcó en Mozambique en Abril de 1570 después de haber pasado diez y seis largos y agitados años en la India, de donde trajo casi concluido el

poema famoso y un gran número de poesías que trataba de publicar coleccionadas con el nombre de *O Parnaso.*

Pero en este punto comienza la serie de otras más considerables é inmerecidas desgracias, tanto más terribles cuando que el poeta, fatigado por grandes contrariedades pero empapado en el santo amor de la patria, venía ansioso al seno de los suyos para revivir dulces esperanzas, recoger el último suspiro de su madre y recabar el apoyo del Monarca para la publicación de *Os Lusiadas.*

La navegación del *Santa Clara* fué lenta y en ella, casi á la vista de Lisboa, Camoens perdió á su grande y constante amigo Eitor da Silveira. Después encontró á la hermosa ciudad descrita poco antes por Sá de Miranda, devastada por la *peste grande;* encontró á su madre en la indigencia, y del rey D. Sebastián, á quien había dedicado su poema, solo pudo recabar una pensión insignificante: sobre 2.000 reales anuales. Pero el poema cuyas últimas octavas fueron escritas ya en Lisboa, vió la luz pública en 1572, se reimprimió dentro del mismo año y, á despecho de la envidia y las intrigas de los literatos y las dificultades puestas por la censura eclesiástica, produjo inme-

diatamente un extraordinario efecto en todo el país y fuera de Portugal. Los primeros entusiastas se llamaron el divino Herrera, el gran lírico español y Torcuato Taso, el poeta de la *Jerusalen libertada*. En cambio, en Lisboa robaron á Camoens el original de su *Parnaso*, de tal suerte, que solo algunas de sus poesías líricas, todas verdaderamente admirables, han llegado á la posteridad, por efecto de las colecciones que con gran trabajo hicieron, después de 1594, Soropita y Domingos Fernandes.

Por bajo de esta explosión del entusiasmo público quedaban siempre labrando el ánimo ya abatido del gran poeta, las dificultades ordinarias de la existencia, la enemiga de los demás literatos y una profunda decepción producida por la absoluta falta de todo lo que Camoens esperaba encontrar en Lisboa después de tantos años de ausencia, en los cuales la fantasía había hecho prodigios, estimulada por el recuerdo de los tiempos felices y los gloriosos empeños de la hueste portuguesa en la India. Pronto vino la locura del Rey Sebastián y la horrenda catástrofe de Alcazarquivir, en que el Rey y la flor de la juventud lusitana perecieron en la desolada tierra de

Africa. Con la muerte de D. Sebastián y bajo el reinado del sexagenario cardenal Enrique, comenzaron los motines populares, las conspiraciones y la intranquilidad que hicieron enseguida de Portugal el esclavo de los Felipes de España. Este era el último golpe para el poeta y para el patriota, porque realmente aquellas miserias representaban todo lo contrario al sentido y al calor de *Os Lusiadas*. Camoens enfermó gravemente en 1579, y muerto el esclavo que trajo de la India y que pedía para él limosna por las noches en las calles de Lisboa, tuvo que refugiarse en un hospital público, y allí, en 1580, murió de tal suerte y en tal abandono que después ha costado trabajo saber el día de su fallecimiento, y enterrado su cadáver sin distinción alguna en la iglesia de Santa Ana, fué precisa una diligencia extraordinaria por parte de D. Gonzalo Coutiño para que diez y seis años más tarde tropezara con él y sobre su fosa pudiera poner una sencilla lápida con estas palabras: «Aquí yace Luis de Camoens, príncipe de los poetas de su tiempo; vivió pobre y miserablemente, y del mismo modo murió año de 1579.»

Todavía no se satisface con esto el genio

adverso. Mientras la madre de Camoens, agoviada por los pesares y los años, muere en la más completa indigencia y no deja tras sí deudo ni amigo de ninguna especie, el terremoto de 1755 arruinó la iglesia de Santa Ana, y cuando esta se reedificó, nadie se cuidó de la sepultura de Camoens. De aquí la necesidad de nuevos y costosos trabajos, cuando ya, dentro de nuestros tiempos, hácia 1854, las Cortes de Portugal resolvieron depositar en sitio digno los restos del gran cantor de las glorias lusitanas, llevándolos al bello Monasterio de Belem (otra representación y bien cumplida del período grandioso del vecino reino), donde hoy yacen al lado de los de Vasco de Gama y de Alejandro Herculano, al mismo tiempo que se levantaba, en su honor, una estátua en el centro de Lisboa. Por eso fueron más conmovedoras é imponentes las fiestas con que celebró Portugal en 1880 el tercer centenario de aquel gran poeta, que al lanzar el postrer suspiro, dijo proféticamente: «Al menos muero con mi patria» *(Aplausos)*.

Os Lusiadas es un poema divido en diez cantos, escrito en octavas al estilo del *Orlando* de Ariosto, y con una extructura que los críticos portugueses llaman virgiliana.

El tono y aire de los endecasílabos de Camoens puede apreciarse por las dos primeras octavas que leo, tomándolas de la reciente versión española de D. Lamberto Gil que ofrece la ventaja de ser casi una reproducción literal de la obra portuguesa. En estas dos octavas se expresa el fin del poema del siguiente modo:

Las armas y varones señalados,
que dejando la playa lusitana
por mares nunca navegados
pasaron más allá de Trapobana;
y en peligros y guerras esforzados
más de lo que promete fuerza humana,
entre remota gente edificaron
nuevo reino que tanto sublimaron.

También aquellos príncipes gloriosos
que la Fe y el Imperio dilataron,
y á sus leyes los pueblos más viciosos
del Africa y el Asia sujetaron;
y aquellos que con hechos portentosos
del olvido y la muerte se libraron,
por todo el mundo elogiará mi canto
si el ingenio y el arte pueden tanto.

Cada uno de los cantos tiene un objeto principal, pero sin que pueda decirse que la materia esté rigurosa y sistemáticamente repartida entre ellos.

Principia el poema, después de señalado su fin y saludado el príncipe lusitano á quien se dedica la obra, por describir la marcha por el Océano de las cuatro naves mandadas por Vasco de Gama, su hermano Pablo y el piloto Coelho, en busca de la ruta marítima de las Indias. Júpiter los ve y convoca á los dioses para resolver sobre el heróico empeño acometido por los portugueses. Al cónclave asiste Baco que teme ver oscurecido su nombre y sepultado en el negro vaso del olvido, si llegan á Oriente los bravos navegantes, á cuyo lado se pone Venus, la bella, seducida por sus valientes corazones y por la lengua que, «aunque un poco alterada, es la latina.» En apoyo de Venus acude Marte, por obligación del amor antiguo y también por afición á la bravura portuguesa. El debate es rudo, y al fin Júpiter se decide á favorecer la empresa recomendando á Mercurio que la encamine. Después los barcos llegan á Mozambique, pelean allí con los africanos, y pasando por Quiloa, en la costa que hoy llamamos Zanguevar, llegan á Mombaz ó Mambaza, cerca de Melinda. El canto segundo está dedicado á la permanencia de los lusos ó portugueses en Mombaz, cuyo Rey, instigado por Baco, los recibe dulcemente y se

prepara á hacerlos traición. Sábelo Venus, intercede con Júpiter que ratifica sus promesas y anuncia grandes glorias á los navegantes, los cuales, prevenidos por Mercurio, huyen de Mombaza para Melinda, cuyo Rey los acoge con particular cariño.

Los cantos tercero, cuarto y quinto, se refieren á la permanencia de los lusitanos en Melinda, á cuyo Rey expone Vasco de Gama la situación geográfica de Europa y la historia de Portugal. En el canto tercero llega hasta la época del rey D. Fernando ó sea hasta el siglo XIII, refiriéndose á la batalla de Ourique, á la del Salado y al dramático incidente de doña Inés de Castro. En el canto cuarto se contiene toda la historia portuguesa desde las guerras de Portugal con Castilla sobre la sucesión del reino por muerte de D. Fernando, con la batalla de Aljubarrota en los últimos días del siglo XIV hasta el llamamiento que D. Manuel hace á Gama para la expedición á las indias, después de las tentativas hechas en el reinado de Juan II en el orden de los descubrimientos marítimos. El canto quinto está dedicado á la salida de los barcos de Lisboa, á la navegación que hicieron por la costa occidental de Africa, dejando atrás Sierra Leona, el Congo y

Etiopía hasta llegar al Cabo de Buena Esperanza, donde se les aparece el gigante Adamastor, anunciándoles con sus iras una terrible tormenta. Pero los portugueses desatienden las amenazas y llegan á Melinda. De esta comarca salen para atravesar el Occéano índico y arribar á Calicut, cuyo viaje es el tema del canto sexto, que comprende particularmente la descripción de una horrorosa tempestad que provoca Baco excitando á las divinidades marítimas, y que templan Venus y las ninfas, siempre propicias al lusitano. En el mismo canto se contiene la historia de los doce Pares de Inglaterra que para entretener á sus compañeros durante la travesía hace Veloso, uno de los marinos y guerreros que más figuran en todo el poema.

Los cantos séptimo y octavo están dedicados á los portugueses ya en Calicut; es decir, en la costa del Malabar, gallardamente descrita por Camoens en la primera parte del canto séptimo, después de una calurosa excitación á los príncipes cristianos para que se concierten y vuelvan sus armas contra el turco, dueño ya de Bizancio. El sultán ó Samori de Calicut, acoge benévolamente á Gama, y sirve mucho los intereses de este último la casual

presencia en la costa Malabar de un berberisco que había estado en Portugal y corriendo por el norte Africa y el golfo pérsico, había venido á la India. Llamábase Monzaide y era muy bien quisto en Calicut, cuya historia é instituciones explica á Gama en lengua castellana, sirviéndole de introductor é intérprete cerca del Samori y del Gobernador de la plaza, que llama el poema Catual. A este último personaje explica el hermano de Gama las historias pintadas en las banderas de la flota portuguesa, le da noticia de la antigua Lusitania, y refiere otra vez los principales hechos de la historia de Portugal hasta el reinado de Alfonso V ó D. Fernando. Pero en tanto los agarenos consultados por el Samorí, é influidos por Baco, informan mal de la presencia de aquellos navegantes en Calicut y después de algunas tentativas por parte del Gobernador ó Catual para detener á Gama, y de algunas conferencias muy cariñosas de éste con el Samori, al cabo tienen que salir los lusitanos dirigiendo ya el rumbo de sus barcos á la Metrópoli.

El canto noveno se refiere al viaje de regreso de los navegantes, pero está dedicado todo él á la aparición de una centelleante isla

que en el mar índico hace surgir Venus poblándola de ninfas inflamadas por Cupido, que allí reciben y entretienen deliciosamente á los fatigados argonautas. A Vasco de Gama se dedica Tetis y ante él hace que una sirena cante proféticamente las hazañas de los capitanes lusitanos desde Vasco de Gama á D. Juan de Castro, después de cuya muerte, en 1548, comienza realmente la decadencia del imperio sostenido en Oriente por los Almeida y Alburquerque.

Este canto profético constituye la primera parte del canto décimo del poema. La segunda está dedicada á una descripción de la esfera armilar y de las costas africana y asiática que hace á Gama la nereida Tetis. Y por último este canto y todo el poema concluyen con unas octavas dedicadas al regreso á Portugal, la entrada en Lisboa y una nueva salutación al Rey D. Sebastián.

Por lo dicho se comprende que todo el poema de Camoens está consagrado á la historia y la grandeza de Portugal, al punto de que apenas hay en él digresión extraña, y un curioso vulgar podría dispensarse de otro libro para conocer lo que Portugal fué antes del siglo XVII. Verdaderamente no hay más digre-

sión que la primera parte del canto noveno y, como ya he dicho, allí aparece Tetis anunciando todo lo que en la India pasó desde Gama á Castro, y esta reseña es sencillamente la continuación de la historia que hace Vasco de Gama al Rey de Melinde, no solo de los incidentes más notables de la vida lusitana antes del siglo XVI, si que de los viajes realizados dentro de este siglo y de la misma expedición de las cuatro naves que salieron de Belem el 8 de Julio de 1497 con 148 hombres entre soldados y marineros, de los cuales solo regresaron, después de transcurrido 26 meses, cincuenta y cinco vivos.

Claro se está que tratándose de una obra de tan positivo mérito absoluto y relativo, se han producido las explicaciones más extrañas del fin de este poema, de la intuición del poeta y de su influencia en la vida lusitana y universal.

Yo no sé ya todo lo que bueno ó extravagante se ha dicho comentando el célebre cuadro de las Lanzas de Velázquez, y no hay para qué sacar aquí á plaza las locuras de nuestros cervantistas. Sin entrar en Portugal, uedo citar la traducción española que de *Os Lusiadas* en 1639 hizo D. Manuel de Faria y

Sousa en Madrid, y que sigue á las traducciones en verso que hicieron D. Luis de Tapia, en Salamanca, hacia 1580; Benito Caldera, en Alcalá, hacia la misma fecha, y Enrique Gacés, en Madrid, en 1591, amén de otras dos de Manuel Correa y Francisco Aguilar, que cita Faria, y de que no hay más noticias.

Pues bien, la traducción de 1639 está complementada por cuatro tomos en folio de comentarios. No tengo para qué decir que en ellos se trata de lo divino y lo humano con motivo de la obra del insigne Camoens, que evidentemente no quiso hacer otra cosa sino poner de relieve y glorificar la empresa de sus compatriotas los lusos ó lusiadas.

El valor, pues, de esta obra está, aparte de su mérito poético y de la excelencia de la forma, en su contenido. Por eso se explica la emoción que su lectura ha producido siempre en los momentos difíciles, sobre todo en la época del decaimiento lusitano, á los verdaderos patriotas portugueses, y por eso no puede leerse aun por los extraños sin un sentimiento de admiración para el pueblo que tales cosas ha hecho y que ha producido, al lado de la poderosa síntesis del siglo XVI, un genio capaz de abarcarla con su sentimiento y de

expresarla con su soberbia fantasía y sus conmovedores acentos.

No tengo el propósito de aventurar crítica alguna. Me llevaría muy lejos. Ni quiero repetir lo que se ha dicho sobre la intervención de las divinidades mitológicas en una empresa esencialmente moderna, ni lo que se ha criticado el plan del poema, ni las comparaciones que se han hecho con la Iliada, y aun con la obra del Dante; que á todas estas epopeyas se ha referido la de Camoens, puesta muy por cima de las obras de Ariosto, Tasso, Milton, Valbuena y Ercilla. Para el fin que ahora persigo, me limitaré á reconocer que, con efecto, no responden al valor de todo el poema y fatigan un poco al lector ciertos episodios que parecen de sobra, como por ejemplo, la historia de los Pares de Inglaterra, que hace Veloso en el canto sexto y la explicación de las pinturas de los barcos que hace Pablo Gama al Catual de Calicut. No digamos nada de la descripción de la esfera armilar por parte de Tetís en el canto diez. Mas, por lo mismo, he de señalar como grandemente interesantes otros episodios que por sí solos bastarían á dar fama á un poeta. Por ejemplo, el episodio de Inés de Castro, tan tratado antes y después

de Camoens en el drama, la novela y la leyenda, pero jamás agotado: ¡tan íntimamente afectan al corazón humano las inmerecidas desgracias de la esposa de D. Pedro!—Otro episodio brillante es el de la aparición del gigante Adamastor, relacionada con la terrible tormenta que Vénus y sus ninfas, coronadas de rosas, aplacan. Por mi parte, y separándome de muchos críticos, me atrevo á señalar la descripción que Vasco de Gama hace en el canto cuarto, de la partida de Lisboa en busca de tierras y mares desconocidos. Y seguramente no hay en la literatura moderna nada más bello, aun cuando peque un poco de atrevido, que el cuadro erótico del canto noveno dedicado á la hermosa isla que Vénus hace surgir de las aguas índicas al regreso de los portugueses á Lísboa.

Camoens lo dijo. Con él moría la patria, y con efecto, inmediatamente después se abre el período de la esclavitud de Portugal bajo la dominación de España. Y siguen la ruina de sus colonias africanas y asiáticas; la sumisión de Portugal, ya independiente, á Inglaterra, para resistir á España y á Francia; las angustias de la regente doña Luisa de Guzmán, que aún abandonada por Mazarino en la famosa

Paz de los Pirineos, todavía pudo transigir con Holanda, pero no educar á su hijo Alfonso VI que la sacrificó á sus favoritos; el gobierno de estos, de Conti y Castelmellor primero, y después del recoleto Gaspar de la Encarnación en el reinado de Juan V; las vergüenzas y los escándalos de Alfonso VI, su mujer (la francesa), y su hermano y violento sucesor D. Pedro I, el firmante del desastroso tratado de Methuen; los despilfarros de Juan V embriagado por el descubrimiento de las minas del Brasil, enloquecido por sus cortesanas y favoritas, poseido de la manía religiosa que ora le hizo construir el triste y descomunal convento de Mafra para trescientos fráiles, rivalizando con nuestro sombrío Escorial y con aquel monasterio de Alcobaça que fundó Alfonso Enríque en el siglo XII para conmemorar la toma de Santaren, donde se dice que llegaron á vivir 999 frailes cisterciences y cuyo último abad fué el famoso Cardenal Rey D. Enrique que entregó el cetro á D. Felipe II de España, ora le lleva á consumir inmensos capitales en libros piadosos, suntuosas procesiones, horribles autos de fé y espantables justas inquisitoriales; por último, el imperio absoluto de los jesuitas, el eclipse de la Universidad de

Coimbra, y en la literatura, el culteranismo, las tertulias literarias, las novelas alegóricas y pastoriles, las tragicomedias y oratorias con música de la famosa Compañía y los ballets de la corte de Luis XIII. Es decir, la agonía del genio lusitano que se prolongó por toda la mitad del siglo XVIII, ó sea hasta que se inician los trabajos de los Arcades y las reformas políticas, pedagógicas y sociales del marqués de Pombal *(Muy bien)*.

Me basta esta indicación para que se comprenda que aquí debo dar fin á la Conferencia de esta noche, que ha resultado dedicada á los antecedentes de la literatura contemporánea de Portugal. La protesta del siglo XVIII, el romanticismo de la primera mitad del XIX, la nueva escuela de Coimbra y las tendencias novísimas intelectuales y literarias del vecino reino, piden una atención detenida, que pienso dedicarles contando en todo caso con vuestra longanimidad *(Prolongados aplausos)*.

LA LITERATURA PORTUGUESA

SEGUNDA CONFERENCIA

Señoras y Señores:

Terminé mi Conferencia anterior repitiendo las frases con que el ilustre cantor de los lusos se despidió del mundo, en un pobre hospital de Lisboa, abandonado de tal suerte que la historia difícilmente registra la fecha de su muerte, y rápidamente aduje las pruebas del asombroso decaimiento del génio, el poder y la riqueza de Portugal en todo el siglo XVII y buena parte del que le sigue. Con Camoens *murió la patria lusitana*, y apenas se concibe cómo en tan brevísimo período de tiempo, á reyes del valor moral é intelectual de D. Manuel el Afortunado y de los dos Juanes, que presidieron en Portugal las empresas del Renacimiento, de la exploración y conquista de las Indias y del descubrimiento y organización del Brasil, sucedió aquella

série de verdaderos maniacos que ocupan el trono para dar materia á la sombría leyenda de Alcazarquivir ó gastar quinientos millones de cruzados en fiestas religiosas, autos de fe y la disparatada construcción del triste cuanto descomunal monasterio de Mafra.

Señores, necesítase un esfuerzo extraordinario de espíritu para comprender como los descendientes de Almeida, el dominador de la costa oriental de Africa: de Alfonso de Alburquerque, el conquistador de Socotora, de Ormuz y de Goa, ante cuyo cadáver decian los indios: «No ha muerto, ha ido á mandar los ejércitos del cielo,» ó de Juan de Castro y Luis de Ataide, que con tan jigantesco impulso personal contuvieron el desplome del imperio lusitano, faltos de recursos y asediados por toda suerte de enemigos y contrariedades, necesítase, digo, esfuerzo extraordinario, para comprender como los descendientes de estos hombres prestigiosos, que con no más de veinte mil hombres, en el caso más favorable, realizaron la exploración y conquista de la Africa y la India portuguesa, fueran los que se rindieron al holandés de la época de nuestros Felipes, y acosados por los maharatas, los piratas, los franceses y los holandeses, se refugiaran en Pan-

ges, después de la ruina de Goa, Diu y Calicut, para esperar tristemente la hora de su espulsión de las Indias en la época del recoleto Gaspar y de la suntuosidad de Juan V.

Y concretando la observación al terreno literario, ya resulta hasta inverosimil que de repente los esplendores de los quinhentistas palideciesen, pretendiendo sustituir á aquellas ilustres personalidades los *culteranos* de la *Phenix Renascida* y los atletas que en las luchas de las tertulias y academias se llamaban los *generosos* y los *singulares*, ora imitando servilmente las formas greco-latinas, ora agotándose en los quiebros y agudezas de una vana retórica, ora deshaciéndose en las afectaciones de la pastoral y la novela alegórica, ora haciendo juego á los jesuitas pródigos por aquel entónces, dentro de sus colegios, de obras como la *Real Tragicomedia do descobrimento é conquista da India*, que compuso el maestro de retórica Padre Antonio de Sousa, y que se representó con inusitada pompa ante Felipe III en 1619, según describe en un gruesísimo volumen Mimoso Sardinha, en los mismos días en que eran incluídos en el *Index expurgatorio* los Autos nacionales portugueses. Parece mentira que sólo cincuenta años separen á *Os Lus-*

siadas de *Desmaios de Maio em sombras do Mondego* de Diego Ferreira Figueiroa, y *Crystaes da alma, frases do coraçao, rhetorica do sentimiento é amantes desalinhos,* de Gerardo Escobar.

La decadencia lusitana, como su explendor, parecen obra de mágia, y el cuadro de los desastres, que se inicia con la muerte de D. Sebastián, apenas salido de los pantanos de Mahkzen y las fiebres africanas en 1577 y se completa con el espantoso terremoto de Lisboa de 1755, no parece propio de la historia, sí que producto de una fantasía excitada por los genios del terror y de las tinieblas.

La víspera del hundimiento total del imperio, mejor dicho, del pueblo portugués, realizase un nuevo prodigio y surge otra colosal personalidad. Estamos en el mundo inagotable de las sorpresas y de las inverosimilitudes. No otro carácter tiene la aparición del célebre Sebastián José de Carvalho y Mello, Conde de Veyras y Marqués de Pombal, que desempeñó el Gobierno de aquel país por espacio de treinta años, después de haberlo representado con gran éxito por bastante tiempo en Francia, Inglaterra y Alemania durante el reinado de José I.

Nacido en el seno de la media nobleza, de-

dicado primero á la magistratura, luego á las armas y en seguida á la diplomacia; fortificado por su primer matrimonio aristocrático con una dama de la ilustre casa de Areas y después por su enlace con la hija del Mariscal austriaco Daun; protegido por la Reina y por el Cardenal Mata, y educado en el extranjero bajo la influencia de las ideas reformistas de la época de los Reyes filosóficos, llega al poder en la plenitud de sus fuerzas físicas é intelectuales, y desde el primer momento pone la atención en la gloriosa empresa de la regeneración del pueblo lusitano, sacándole del imperio mercantil de Inglaterra y del teocrático de Roma por medio del poder monárquico robustecido y del influjo de las ideas reformadoras del mundo contemporáneo. De aquí sus luchas con Inglaterra encariñada con aquel afrentoso tratado de Methuen que vino á ser la paga del apoyo prestado por el Gobierno inglés contra España tan luego como Mazarino abandonó la causa de la independencia lusitana. De aquí las terribles persecuciones de que fueron objeto los jesuitas ejecutados en la persona del padre Malagrida, y luego expulsados con resignación y hasta con aplauso de Roma de todos los dominios portugueses. De aquí las batallas

libradas con la vieja aristocracia que recibe un golpe de muerte con la ejecución del Duque de Aveiro y los Marqueses Tavora, acusados de conspiración contra la persona del Rey. De aquí las reformas económicas y pedagógicas, la abolición de la antigua diferencia de cristianos viejos y nuevos, para que *los portugueses hijos de una misma Iglesia fuesen todos hermanos de un mismo cuerpo*, la reducción de la jurisdicción eclesiástica y el imperio de la mano muerta, la organización del ejército y la amenaza del cisma después de haber renovado Roma la bula *Unigénitus*, de haber sido despedido de Lisboa el Nuncio Acciajuolo y de establecer en Portugal el *Regium Placitum*.

Antes de ahora, y en otros sitios, me he complacido dando relieve á la figura de este hombre singular á quien sus compatriotas apellidan el *Gran Marqués*, y tengo entendido que aun en el mismo Portugal se han tachado mis modestos juicios por excesivamente favorables á aquel enérgico carácter, cuya gran fe en el poder individual y en el valor lusitano bastarían á demostrar las frases con que en animada y corriente conversación contestó alguna vez á las jactancias del embajador británico:

«En Portugal—decía—un hombre sólo en su

»casa, puede mucho; porque aun después de »muerto, para sacarle de ella, se necesitan »cuatro vivos.» *(Risas. Aplausos).*

Sin embargo, insisto en mis humildes juicios protestando contra las ideas de que se me crea enamorado de los procedimientos empleados por el Marqués de Pombal y en cuya violencia encuentro yo la razón principal de su último fracaso.

Pero las cosas, las instituciones, los hombres, y en general los hechos históricos, no pueden apreciarse con absoluta independencia del medio en que se producen, y tratándose particularmente de actos políticos, entonces como ahora, los críticos deben tener muy en cuenta la posición del actor, sus compromisos, las circunstancias que los condicionan, el estado de la opinión, los obstáculos que embarazan su marcha, y muy particularmente lo que lógicamente hubiese sucedido á no intentarse y realizarse, aun por procedimientos discutibles, aquello que se censura en la tranquilidad del gabinete y como si no hubiese más que una voluntad en el mundo. Por tanto, yo he debido apreciar siempre las dificultades verdaderamente colosales que entorpecieron la acción de Pombal, maravillándome de que en

aquel medio de impotencia, de fanatismo y de positiva inmoralidad, se produjera tan poderoso carácter, y poniendo por cima de las deficiencias de la persona y del sistema, la importancia transcendental que tenían sus empeños y sus reformas, en las que veo el espíritu de la revolución novísima y la aurora de la civilización contemporánea *(Aplausos)*.

Con ser análogas las empresas de Tanuci, el Conde de Aranda y otros ministros de aquella época en Italia, España, Alemania, Francia, insisto en creer de más vigor, más difícil y más meritoria, por el escenario, cuando menos, la obra de Pombal, para la que fué precisa la concurrencia de circunstancias extraordinarias. Así estimo que de no haber vivido Pombal en el extranjero , desempeñando la secretaría de la Embajada lusitana en Londres, y después otros cargos de confianza en el centro de Europa, no le hubiera sido dable tomar la altura de pensamiento y de intención que tomó casi al día siguiente de los Autos de fe prodigados por Juan V, y me inclino á creer que cualesquiera que fueren sus medios personales y el apoyo de Palacio, no hubiera podido imponerse al pueblo asombrado, sin el prestigio que le proporcionó su admirable ac-

titud en aquella horrible noche de 1.º de Noviembre en que tres sacudimientos de la tierra arruinaron la ciudad de Lisboa, mientras las desbordadas aguas del Tajo y del mar se lanzaban sobre las ruinas, el incendio se propagaba, bandas de ladrones y asesinos, negros, marineros y presos escapados de las cárceles, recorrían las inmediaciones de la población, y perecían hasta 30.000 personas bajo la furia de los elementos y la maldad de los hombres. *(Aplausos).*

Poco tiempo después un extranjero escribía: «Lisboa es un montón horrible de palacios »arruinados, de iglesias quemadas y de escom»bros semejantes á los de una fortificación que »se ha hecho volar.»

En medio de aquella conflagración, y como pudiera suceder en un teatro de mágia, surge la figura de Pombal, que la admiración de los aterrados vecinos de Lisboa hace inmensa. El hombre llega á todo, todo lo preve, todo lo atiende y arregla. A su voz, como á la del Neptuno de la Epopeya, las aguas se tranquilizan y se aplacan los vientos, y de su vara prodigiosa salió esa hermosa y moderna ciudad de Lisboa que, coronada de rosas, jazmines y camelias, se contempla hoy riente y

quizá aspirando de nuevo á los esplendores descritos por el apuesto Sá de Miranda en las sonoras y fecundantes ondas del Tajo. *(Aplausos)*.

Para que nada falte en la leyenda de Pombal, ahí está su triste fin, la ingratitud de Palacio después de la muerte de José I y en la época de la demencia de doña María. Ahí están el proceso que los enemigos del gran Marqués consiguieron incoar contra él, caído y acusado de enemigo del trono y de la patria; ahí están su condena, exhoneración y destierro á los ochenta y tres años de edad. Por último, su muerte, apenas trascurridos diez meses después de aquella condena, la prohibición de funerales y hasta de que sobre su tumba se grabase epitafio de ningún género. Han sido necesarios muchos años para rehabilitar la memoria del gran Estadista, cuyas reformas, sin embargo, aunque anuladas por el momento, en el período de la Reina demente, continuaron inspirando en el fondo de la sociedad lusitana la tendencia renovadora que ha triunfado definitivamente en estos últimos tiempos. Y las fiestas conque en 1882 se celebró el primer centenario de la muerte de aquel ilustre hombre público, no son el

menor desagravio hecho á la justicia y la menor recomendación del pueblo portugués á la estimación del mundo culto.

Y esto me trae el recuerdo de lo sucedido también en Lisboa hace cuatro años en honor de Camoens; porque es muy significativo que las dos grandes figuras que principalmente representan las glorias lusitanas, el cantor de *Os Lusiadas* y el Ministro reformador de José I, murieran casi ignorados y sin que una mano compasiva se prestase á escribir sus nombres sobre la humilde fosa que guardaran sus restos. No puede llevarse más allá la ironía de la suerte, y la ingratitud y la injusticia de los hombres. El ánimo, pues, se ensancha al considerar cómo en este mismo siglo los ecos de la rehabilitación de Pombal se confunden dentro de un breve período de tiempo con los ecos de la glorificación de Camoens, afirmando el carácter de este siglo, del cual decía yo aquí mismo, no hace muchas noches, que podría llamarse muy bien el siglo de las aproximaciones, los desagravios y las rehabilitaciones *(Bien, bien)*.

Ahora, vengamos á la influencia de Pombal en la literatura lusitana, y no censureis la digresión anterior, porque la literatura es sólo

una manera de vivir la sociedad; es, aun tratándose de la amena literatura que el común de las gentes entiende por equivocación como el puro orden literario, es la vida *sentida*. De donde resulta que es absolutamente imposible comprender las literaturas y los períodos literarios sin conocer las condiciones políticas y sociales de los pueblos en cada una de sus épocas. Por desgracia esto no lo creen muchos literatos que hasta se jactan de no tener opiniones políticas.

Pues bien, Pombal influyó en la literatura lusitana por sus grandes reformas pedagógicas y por un apoyo resuelto á la vida académica. Aquellas reformas tuvieron por principal objeto la extensión de la primera enseñanza y la variación del sentido de la Universidad, que trasladada tiempo hacia de Lisboa á Coimbra, y después de haber logrado los jesuitas hacer otra Universidad de un colegio de Évora, había caido en manos de la famosa Compañía sériamente preocupada de extender los índices expurgatorios de libros, con todo lo cual se estanca la ciencia y agoniza el espíritu de propaganda. Con efecto, á Pombal hay que referir la dotación de mas de ochocientos maestros para la enseñanza gratuita, la fun-

dación de varias escuelas profesionales de carácter popular y del colegio Real de nobles, las subvenciones á traductores de reputadas obras francesas, y el establecimiento de la junta llamada de *providencia literaria*, que á modo de un consejo de instrucción pública, discutió y propuso muchas medidas inspiradas en un sentido de progreso, al propio tiempo que la Mesa Censoría se encargaba de la inspección de la enseñanza pública, para cuyos gastos se aprovecharon las rentas de algunos conventos suprimidos y se creó un impuesto especial sobre los vinos del país que se llamó *Subsidio literario*. Variaron los libros de texto y los procedimientos de enseñanza, y en 1772 se publicó la reforma de los Estatutos Velhos de Coimbra, que comprendían las innovaciones reaccionarias emprendidas desde la minoría del Rey D. Sebastián hasta el reinado de nuestro Felipe III.

En la célebre Universidad análoga y rival de nuestra Salmantina, se enseñaba únicamente teología, derecho civil, derecho canónico y medicina. Existía solo por adorno una cátedra de matemáticas; los profesores se limitaban á repetir la doctrina del comentarista, y la Universidad perdía su prestigio con sus es-

candalosos privilegios , sus prolongadas vacaciones y sus fiestas de todo género. Con la reforma de Pombal nacieron las facultades de matemáticas y de filosofía, el Museo de Historia Natural, el Gabinete de Física, el Jardín botánico, el Observatorio Astronómico, produciéndose por todas partes el amor de la controversia, el espíritu de investigación y cierto gusto literario. Aún con relación á los estudios jurídicos , donde el espíritu tradicionalista más imperaba, hay que tener en cuenta que conforme á los decretos de Pombal se crearon cátedras de derecho natural, se puso la legislación civil lusitana por cima del derecho romano, y por la ley llamada *Da boa raçao* se dió á las leyes de las naciones civilizadas de Europa el carácter de subsidiarias, en los negocios políticos, mercantiles, económicos y marítimos del país, quedando reducido á los tribunales eclesiásticos y á las materias espirituales el derecho canónico, y destituidos de toda autoridad intrínseca las glosas y opiniones de los doctores y comentaristas.

Por otra parte, la corriente que llevó á los principios del siglo XVIII á buen número de literatos á reunirse y concertarse en tertulias literarias para oponer un dique al mal gusto,

y conservar, aunque mortecino y frente á la conspiración de las circunstancias políticas y religiosas, el fuego sagrado, tomó mayor viveza en la época del gran Marqués que por sus éxitos en otra clase de empeños llegó á creer punto menos que en la omnipotencia de los Gobiernos. De aquí la protección que concedió á las Academias y la alta consideración que estas lograron, no ya solo en su época, sí que hasta los comienzos del siglo actual. Aquellas Academias fueron, unas veces de caracter exclusivamente oficial; por ejemplo, la Academia Real de Historia portuguesa fundada hácia 1720 y muy protegida después por Pombal, y la Academia Real de Ciencias de Lisboa de 1780 que todavía existe y que, bajo la presidencia de Pedro José Da Fonsenca y el activo concurso de Costa de Macedo é Ignacio Jorge, publicó en los primeros años de su existencia un volumen (letra A) de un diccionario oficial y varias *Memorias* de caracter científico que han merecido la consideración de las personas competentes.

Otras veces las Academias tenían carácter particular y especialmente literario, si bien con la manifiesta intervención del Gobierno. A este grupo pertenecieron la Arcadía Ulyssi-

ponense, fundada en 1756 á imitación de la Arcadía de Roma y la *Nueva Arcadía* fundada en 1790 en casa del Conde de Ponveiro. Ilustraron la primera poetas como Garçao, Diníez da Cruz y Manuel de Figueiredo. La segunda, Barbosa da Bocage y Jose Agostinho de Macedo, los cuales, hombres de verdadero mérito, han vivido ya dentro de nuestro siglo. Entre la Arcadía y la Nueva Arcadía hay que poner otro grupo: el de los *Disidentes,* que florecieron desde 1757 á 1774, y entre los que figuraron el amanerado Tolentino y un famoso clérigo, perseguido y luego emigrado á Francia, donde se identificó con las nuevas corrientes literarias, que en el mundo se llamó Francisco Manoel de Naseimento, y en la vida literaria *Filinto.*

Porque todos estos poetas tenían la manía del pseudónimo y la debilidad de los antagonismos y luchas por cuestiones de estilo y hasta de ortografía. Es esta una señal del verdadero valor de las tales asociaciones, verdaderas estufas que en ciertas circunstancias, pero muy pasajeramente, han servido al progreso literario, pero cuyos méritos positivos y cuya definitiva utilidad me han parecido siempre, y continúan pareciéndome, muy dis-

cutibles. A poco de vivir esos centros se llenan de vanidad. Pronto toman el carácter de una *coterie;* sus trabajos literarios degenerarón en la petulancia, el amaneramiento, la insustancialidad. Su prestigio se utiliza para los puestos oficiales y para empeños totalmente extraños al arte, y sus luchas intestinas llegan á inspirar la mayor repugnancia, tanto por los procedimientos como por la intención y los motivos *(Bien, bien.)*

Por manera, que la eficacia de los *Arcades* lusitanos no fué grande, y el siglo XVIII se despidió con la intolerancia religiosa y política de la Reina demente; con la evidente afición de los literatos á los *anagramas*, *ecos y equívocos*, de que habla Manoel José de Paiva en sus *Enfermidades da lingua é arte*, con relación á la primera mitad de aquella misma centuria: con las peleas de Elmanistas y Filintistas; y, en fin, con el cuadro heróico cómico que tan admirablemente describe el perseguido y anónimo poema, intitulado *O reino da estupidez.*

El siglo XIX principia para Portugal de un modo imponente. La demencia de la Reina facilita el acceso al trono, si bien con el carácter de regente, á su hijo D. Juan VI, salido

para este efecto del cláustro de Mafra, y cuyo carácter basta á determinar aquel incalificable abandono que hace de Lisboa, refugiándose con cuanto dinero y alhajas pudo recoger atropelladamente en los barcos que le han de conducir al Brasil, cuando las desarrapadas tropas—cuatro mil hombres despeados y casi sin armas—de Junot avanzan por Alcántara, Castel Branco y Abrantes sobre la desembocadura del Tajo. La Reina, loca en aquel momento, gritaba: «¡Huir, y sin haber peleado!»—Y amonestaba al cochero que la llevaba después al muelle: «¡No corras tanto: creerían que huimos!...» La ambición napoleónica y la vanidad de nuestro Príncipe de la Paz, junto con el odio de Francia á Inglaterra, y la torpeza del Gabinete de Lisboa frente al tratado de Basilea, habían decretado la pérdida de la personalidad lusitana, y bien puede asegurarse que ésta estuvo constantemente puesta en litigio hasta el segundo tercio de la actual centuria. Porque no dicen lo contrario ni la insurrección de Lisboa contra el francés dominador el día del Corpus de 1808, ni la intervención de los ingleses, ni la batalla de Torres Vedras y el convenio de Cintra (después de la batalla de Bailén) de

aquella fecha, ni la alianza con España con la retirada de Soult en 1809, ni la derrota de los franceses en Alcoba y en Fuentes de Onoro, ni la presencia de los soldados lusitanos en Tolosa el 10 de Abril de 1814, ni los tratados de Viena y la ruina definitiva de Bonaparte y del primer imperio significan la independencia de Portugal.

Con efecto; en 1815 es llamado Juan VI del Brasil. El Rey pusilánime, cobarde, desmoralizado, resiste la vuelta y realiza al mismo tiempo dos actos de inmensa trascendencia para Portugal. Suyo es el decreto de 16 de Diciembre de 1815 que convierte á la antigua Monarquía lusitana en Reino unido de Portugal, del Brasil y de los Algarbes, con lo que se inicia el movimiento separatista brasileño. Y suyo el nombramiento de Lord Beresford, uno de los Generales del ejército inglés, (Generalísimo británico elevado á la primera dignidad militar por el Gobierno de Portugal que le concede los títulos de Duque de Elbas y Marqués de Campo Mayor) para el cargo de Gobernador de Portugal junto con un Consejo de Regencia privado de todo prestigio y toda fuerza, con lo que se impone el despotismo británico y militar de que son

víctimas veteranos de la Independencia como el General Andrade y patriotas intachables como los sacrificados en Octubre de 1817 por el implacable Gobernador inglés.

Pero el movimiento de protesta que producen en toda Europa las violencias napoleónicas realizadas al mismo tiempo que se difunden los principios del 89 y las instituciones del Código de Napoleón, tienen un valor y un alcance social que en vano pretenden reducir, cuanto más anular, el despotismo militar imperante inmediatamente después de 1814 y el concierto de los apostólicos y de los absolutistas más ó menos satisfechos en las Restauraciones del primer tercio de este siglo, en las famosas inteligencias de la Santa Alianza. O todo aquel movimiento que dió al traste con el primer Bonaparte carecía de positivo valor, ó era obra de la espontaneidad nacional y protesta de la personal dignidad; y si en los primeros momentos pudieron confundirse todas las causas y combinarse todos los elementos, claro se está que á la postre y en la hora del establecimiento definitivo de los nuevos intereses habrían de triunfar los elementos que mejor representaran la protesta antinapoleónica, por más de que intentaran aprovecharse

de ella y continuar su privanza, aquellos otros que venían disfrutando de las ventajas y prestigios del poder y que aparecieron como las primeras víctimas de la agresión francesa. El hecho no puede negarse. Se produce de idéntica manera en toda Europa; á la guerra de las naciones y al levantamiento de los pueblos con los Reyes contra el primer Bonaparte, suceden inmediatamente la revolución liberal, el choque de Reyes y pueblos, las Cartas otorgadas y, en fin, el régimen constitucional.

Por este camino se viene en Portugal, lo mismo que en el resto de Europa, á un caracterizado período de la historia de la literatura que se llama el Romanticismo; período tanto más vivo y brillante cuanto que el que inmediatamente le precede es confuso, revuelto y lleno por los gritos del combate, naturalmente incompatibles con toda manifestación regular de una literatura apreciable.

Sin embargo, hay que advertir que el Romanticismo llegó un poco retrasado á Portugal, y este es punto reconocido por todos los críticos é historiadores de aquel país, los cuales explican el suceso de manera muy diversa aun cuando no existe entre esas distintas

explicaciones verdadera y absoluta oposición. De ellas la más aceptada es la de que predominando en la historia de la literatura portuguesa un sentido de imitación, por ésta vino á Lisboa el Romanticismo, floreciente, en mayor ó menor grado, en toda Europa mucho antes de 1835. Pero además, yo agrego la consideración de que el estado político y social del vecino reino, aun con posterioridad á la caída de Lord Beresford y al regreso de don Juan VI á la metrópoli lusitana, no toleraba ciertas expansiones intelectuales y menos el desarrollo de una literatura verdaderamente nacional, conforme al espíritu del Romanticismo.

La Revolución de 1820 produjo aquellos dos hechos, é inmediatamente después una Constitución democrática, al estilo de la española de 1812 votada por las Cortes portuguesas en Octubre del 22; en seguida, el alzamiento é independencia del Brasil, que colocó á su frente al Infante D. Pedro; más tarde las conspiraciones reaccionarias del Infante D. Miguel y del Conde de Amarante, con apoyo de nuestro Fernando VII y de la Santa Alianza; luego la intervención directa de los Embajadores y hasta de las escuadras de Inglaterra y

Francia para defender la persona del Rey contra las asechanzas y las amenazas de los apostólicos y absolutistas intransigentes que en 1824 llegan á asesinar en el mismo palacio al Marques de Loulé y obligaron, con la complicidad de D. Miguel, al débil Juan VI, á refugiarse en el *Windsor-Castle*, navío de guerra británico anclado en la bahía de Lisboa. Después sucedieron la muerte del Rey, el llamamiento y la abdicación del brasileño D. Pedro, en su hija doña María, la promulgación de la Constitución de 29 de Abril de 1826, la comisión de la Regencia de Portugal á la prudente doña Isabel, hermana de D. Pedro, y los desposorios de doña María de la Gloria y su tío D. Miguel, como medio de tranquilizar el país y armonizar los intereses de los partidos; la oposición creciente del absolutismo representado en la esfera oficial por la Cámara de los Pares hasta llegar á la destitución de la Regente, poniendo en su sitio al eterno conspirador D. Miguel al grito de muera don Pedro y la Constitución, y viva el Rey absoluto; y últimamente, la usurpación del trono realizada de un modo desvergonzado por don Miguel en 1828, las brutales persecuciones de éste, la noble resolución de la Isla Tercera de

mantenerse en la obediencia de la Reina legítima doña María á despecho de la Santa Alianza, pero apoyada por el ilustre Caning en Inglaterra, el regreso de D. Pedro á Europa y la guerra sostenida por los liberales contra los miguelistas en las Azores, Oporto y Lisboa desde 1829, hasta que en 1834 se firmó el convenio de Ebora, asentándose de un modo definitivo el trono de doña María de la Gloria, por cierto muy pocos meses antes de haber muerto su ilustre padre, rendido por inmenso trabajo á los treinta y seis años de edad. Todo esto, con más la influencia constante y directa que en los disturbios civiles de Portugal tuvieron la Santa Alianza, Fernando VII y la Revolución española de la Granja, la Inglaterra de Caning y de Wellington, la Francia de Luis XVIII y la Revolución del treinta, hizo literalmente imposible una vida regular, propia, independiente del pueblo lusitano en todo el primer tercio de este siglo. Allí se vivió incomparablemente peor que en España.

Ahora bien, necesito un esfuerzo extraordinario para sustraerme á la tentación de discurrir en esta noche y ante público tan propicio é interesado, sobre ese gran movimiento

literario conocido en la historia moderna con el nombre de Romanticismo y que llena por lo menos toda la primera mitad del siglo XIX, bastando para abrillantarle y caracterizarle los nombres de Victor Hugo y su Cenáculo, Tieck y los Schlegel.

Pero no puedo distraerme del objeto preciso de mi Conferencia y debo tan solo hacer constar que este período histórico corresponde y tiene ciertas analogías con el conocido con el nombre de Renacimiento, que se extendió desde 1453, ó sea desde la caida del Imperio griego, hasta la segunda mitad del siglo XVI. Por decontado hay que fijarse en la diferencia de los elementos y de las circunstancias, así como en que la brevedad del período coetáneo está en relación con los medios novísimos de simplificación de procedimientos, economía de tiempo y condensación de fuerzas. Pero uno y otro movimiento responden á la ley de las contradicciones y del flujo y reflujo de las ideas y tendencias artísticas, literarias y sociales.

Es bien sabido el afán con que la Iglesia pretendió dominar moral y políticamente al mundo durante la Edad Media, y de qué suerte exagerando el desprecio de la vida terrena,

extremó su aversión á la Naturaleza y, por una serie de relaciones y consecuencias que aquí no debo explicar, á la cultura greco-latina. No menos conocido es el sentido particularista entrañado en el Feudalismo y aun en los privilegios y formas forales de aquella misma Edad, y excuso decir de qué suerte estas exageraciones produjeron dolores, revueltas, batallas y ruinas hasta la hora de la constitución de las nacionalidades modernas, de la monarquía y del cultivo, por medio de las Universidades y del arte, mas ó menos libre, de los estudios clásicos y de la vida pagana. Todo esto representó el Renacimiento. Desde entonces hasta la aurora del siglo XIX se ha venido desarrollando un movimiento de caracter unificador, y la Edad Media llegó á ser un período caótico que sólo inspiraba repugnancia ó pavura. La Revolución de 1789 aparentemente es el término de esa evolución porque generaliza los privilegios y las libertades locales de los tiempos medios, á los que opone unas veces la naturaleza humana ó el supuesto estado de naturaleza y otras veces la fórmula absoluta del derecho nacional.

Bien estudiada la Revolución del 89 allí se tropieza con otros factores, tanto que si á pri-

mera vista es el término de la evolución unificadora, por bajo está el fermento individualista que trabaja lo mismo en la invocación de la ley del gremio, del fuero ó del señorío para generalizarla, que en la afirmación del estado de naturaleza para negar los exclusivismos, la teocracia y el absolutismo monárquico. Por eso de la Revolución aludida salió el Código de Napoleón y con él un sentido individualista (que no hay que confundir con el particularismo) cuyos extremos é inconvenientes ya se palpan, sobre todo, en la vida política y económica.

Esto así compréndese bien que á los comienzos del siglo corriente, se produjese en los espíritus sensibles y en los enamorados del arte, cierta reacción contra la tendencia, victoriosa hasta entonces, y cuyas exageraciones se patentizaban, en el orden literario, por ejemplo, en los culteranos y en los arcades No quiero hablar de otras manifestaciones del arte de innecesario recuerdo, en esta tierra de los *revoques* y *encalados,* que hicieron desaparecer casi todas las bellezas de Córdoba, Sevilla y Granada, así como de los grandes éxitos y larga privanza de los Rodríguez, Churriguera y Góngora.

Por aquí vino la rehabilitación de la Edad Media. Obra principalmente de la fantasía, quedaron en la sombra las irregularidades, las violencias, las monstruosidades de la época pasada, y sólo destacó lo que representaba la expontaneidad local, el espíritu caballeresco, la iniciativa individual, la imaginación fresca y lozana, el movimiento, la vida. El torreón agrietado no fué ya el nido del buitre, si que la mansión de la dama encantada, al pie de cuyas ventanas hacía resonar el trovador las notas de su laud y los acentos de su alma. El templo gótico no fué la construcción tosca é irregular que deja al aire y petrifica el andamiage si que el templo misterioso de estrechas y altas naves, de arco apuntado y luz difícilmente cernida por cristales de colores, lleno por los melancólicos tonos del canto llano, frecuentado por el monge que despreció la vida y sirve allí á Dios como el Cruzado en la batalla: obra, en fin, de varias generaciones y en la que el anónimo se guarda para que aumente el prestigio con la desesperación de los curiosos y el encanto de los admiradores. Nadie en el monte recuerda el *derecho de pernada* ni en el rio el monopolio de la pesca. Las aguas de éste son el lecho de Ofelia. Y la

montaña el teatro de Ivanhoe *(Aplausos)*.

No hay necesidad de cansarse mucho para comprender como por este camino uno de los Schlegel llegó á renegar la fé evangélica para entrar en el catolicismo; porque el catolicismo apareció un instante como la expresión más acabada de la Edad Media.

El romanticismo en Europa presentó muchas fases. Primero, lo vemos con un caracter religioso como lo demuestran, por ejemplo, Chateaubriand y Lamartine; combinándose este sentido con el de la reacción política que inmediatamente siguió á la Revolución francesa bajo el influjo de los apostólicos. Pero luego viene la fase liberal que descansa en el sentido íntimo de la obra romántica, para la cual la vida religiosa no es ni puede ser más que una de tantas manifestaciones que supone una vida individual ó nacional, expontánea y libre.

De aquí la identificación del romanticismo con la revolución de 1830. Después ofrecerá otras fases que los críticos llaman satánica, pesimista y naturalista.

Esto así, fijémonos en la manera de entrar el romanticismo en Portugal, ó mejor dicho, y dado el carácter ligerísimo de estas obser-

vaciones, fijémonos en los dos grandes románticos portugueses.

El primero se llamó Juan Bautista de Almeida Garret, nacido en Oporto el 4 de Febrero de 1799, hijo de familia distinguida, alumno de la Universidad de Coimbra y luego educado, con tanto desahogo como aprovechamiento, en Francia é Inglaterra. Dedicábase á la carrera de derecho, y en los momentos de ocio escribió muchos versos y hasta tres trajedias de corte clásico: *Gerges*, *Lucrecia* y *Merope*. Pero la Revolución de 1820 le comprometió en la vida política en sentido democrático, revelado en su graciosa poesía *Retrato de Venus* y su apasionada tragedia *Catón*; teniendo que emigrar á Inglaterra en 1823. En el extranjero continuó por espacio de cuatro ó cinco años, identificado con el movimiento político y literario del centro de Europa y escribiendo allí obras en verso como los poemas *Camoens* y *Doña Branca* (ó *La Conquista del Algarbe*) que figuraron después como datos hasta decisivos de su valor literario. Con la muerte de D. Juan VI y la exaltación de D. Pedro, Almeida Garret vuelve á Portugal, desempeña por breve tiempo el cargo de juez de comercio y entra en el periodismo político redactando

O Portugués y *O Chronista*, y pagando con algunos meses de carcel y luego con el destierro, su oposición al Gobierno de D. Miguel.

Tornó á Londres, donde publicó otros poemas como *Adozinda*, y su famosa *Lyrica de Joao Mínima*, y de donde regresó en 1832 á la Isla de Tercera, para desembarcar en Oporto con el Rey D. Pedro, como simple soldado de un batallón de cazadores del ejército liberal. Victoriosa doña María en 1834, fué nombrado encargado de negocios en Bélgica y en Copenhague. Al año siguiente, es decir, en 1836 y después de la Revolución de Septiembre, aparece como diputado, distinguiéndose como orador elegantísimo, y dejando como modelo su discurso llamado de *Porto Pireu*, contestando al de la Corona de 1841. Pero su reputación tomó nuevo vuelo como autor dramático. Suyos son el *Auto de Gil Vicente* de 1838, *Doña Filippa de Vilhena* de 1840, *Alfageme de Santaren* de 1841, y sobre todo, *Frey Luiz de Souza* de 1844. En tanto, escribía y publicaba otras obras. Por ejemplo, su excepcionalmente aplaudida novela *El Arco de Santa Ana*; sus *Viagens na minha terra*; sus poesías líricas coleccionadas en 1852 con el nombre de *Folhas cahidas*; su colección de Romances y leyendas

de Portugal, titulada *O Romanceiro*, publicada en tres tomos en Lisboa hácia 1853; un libro sobre *educación*, publicado en Francia y un primoroso resumen de la *Historia literaria de Portugal*, en el que se desenvuelven las teorías románticas que en sus poemas, y sobre todo, en sus dramas, practicó con un vigor y un éxito merecedores de caluroso aplauso. Almeida Garret que llegó á *par* del Reino y á obtener el título de Vizconde en 1851, adhiriéndose al partido regenerador, y un poco desasosegado por el poder y la posición política, fué Ministro en 1852, figuró hasta la conciliación de setembristas y cartistas en la izquierda liberal y democrática, representando en el orden literario algo así como nuestro Martínez de la Rosa.

En 1854 murió, y su nombre se ha impuesto á la consideración universal en el vecino reino.

Toda la tendencia de Almeida Garret se caracteriza por su afición á revivir las tradiciones nacionales y á prescindir en sus poesías y sus dramas del convencionalismo clásico de última hora. Para este empeño nada como el teatro, y así se esplica la preferencia que el ilustre Vizconde tuvo por esta especial

manifestación del arte, casi interrumpida desde la época de Gil Vicente.

El poema *Doña Branca* se refiere á los tiempos de la guerra con el moro y está tomado de las Crónicas de Duarte Nunes y de la Crónica de D. Alfonso III, con relación á la conquista del Algarve. Todo el poema se desenvuelve sobre los amores de la infanta doña Blanca, hija de aquel rey, tan apasionada como hermosa (y que llegó á ser abadesa de los monasterios de Lorvao en Portugal, y de las Huelgas en Burgos), con un apuesto caballero, del que la crónica dice que tuvo un hijo. Este caballero es en la obra imaginativa de Almeida Garret (que en este trabajo obedeció á la inspiración byroniana), Aben-Afan, rey moro de Silves, cuya conquista, que pone término á la dominación árabe en Portugal, se relaciona con aquella leyenda. El poema *Camoes*, escrito bajo el influjo de los dulces recuerdos de la patria ausente, se desenvuelve sobre dos hechos de la vida del gran poeta quinhentista: el desembarco de Camoens en Lisboa después de diez y siete años de peregrinación por la India y la impresión mortal que en aquella gran alma produce la catástrofe de Alcazarquivir. Con esto se combinan, aunque atrope-

llando la verdad histórica, bajo la inspiración de Shakespeare, la abnegación del esclavo Antonio, los amores de Camoens con Catalina de Alaide, la Peste grande de Lisboa, y las tristezas y angustias de la vieja y pobre madre del inmortal vate. Lo mismo sucede con todas las demás obras principales del Vizconde: su carácter histórico destaca en primer término, como en las novelas, por todas partes se revela el sentido de Waltter Scott. El *Arco de Santa Ana* es la leyenda del Obispo de Oporto golpeado por mano del rey D. Pedro I el Justiciero, fracaso del poder clerical que recordaba la fiesta popular que anualmente se celebraba (no sé si ahora se celebra) junto al arco aludido en la parte vieja de aquella ciudad. Luis de Souza es una gran personalidad histórica de Portugal: poeta, guerrero, galanteador, pecador brillante, arrepentido, novelesco, religioso ferviente, todo lo que puede revelar un carácter y condensar el espíritu de una época. Se esplica por tanto, que un tipo nacional tan acentuado, espuesto por un maestro de la Escuela romántica en pleno romanticismo, produgera el efecto extraordinario que consiguió la obra de Almeida Garret. Lo que como espíritu y como arte representa el *Romancero,* segura-

mente no necesita esplicación. Con los Romanceros y los Cronicones se ha rehecho en este siglo la historia de las Nacionalidades modernas.

Por lo demás, el gusto y las formas literarias del Vizconde son de lo más caracterizado del período literario europeo á que me refiero, contribuyendo á ello no solo la educación extranjera y la lectura de los románticos á que he aludido, si que la misma vida elegante, un tanto efectista y de misterioso galanteo que llevó el ilustre poeta de los grandes éxitos personales y literarios; y que le agotó rápidamente en sus últimos años, abrazado á la *Cruz* (como dicen sus más íntimos biógrafos), y buscando con sus ojos febriles y vagorosos, la *Luz* en todas partes.

El otro romántico se llamó Alejandro Herculano. Su nombre es muy conocido en España; mucho más que el de Almeida Garret, y su reputación es tan considerable como justa en toda la Europa culta.

Nació en Lisboa el 28 de Marzo de 1810, de padres modestos, que vivían de un empleo del Estado, y que dedicaron á su hijo á la carrera de comercio. Las primeras aficiones de Herculano, no fueron espansivas, pero un acci-

dente inesperado le comprometió en el sentido liberal, si bien en términos siempre de gran templanza. Cuentan sus biógrafos, que sorprendido en las calles de Lisboa por un alboroto militar en Agosto de 1831, tuvo que refugiarse en un barco inglés que le condujo á Inglaterra. Allí estuvo en relación con los demás emigrados hasta que en 1832 entró en Oporto y se batió como soldado voluntario del ejército liberal. Tenía entonces veintidos años.

En el espíritu de Herculano predominaba grandemente la nota religiosa, y de ello dan prueba sus composiciones líricas de esta fecha: *Harpa do Crente, Semana Santa, A Rábida, A Cruz mutilada.* Desde 1832 á 1836 desempeña algunos puestos en la librería episcopal y en la Biblioteca de Oporto, donde comienza sus estudios (después de un mérito extraordinario) sobre la Historia portuguesa, y habiéndose negado á aceptar la Revolución de 1836 y á jurar la Constitución de aquella fecha que consagraba la soberanía nacional, dedicóse á trabajos literarios é históricos, dirigiendo hasta 1842 una revista titulada *O Panorama*, que en Lisboa publicaba la Sociedad propagadora de los Conocimientos útiles, con la protección

de la Reina. Hácia esta misma época, el Rey D. Fernando lo nombró su bibliotecario, y asegurada, siquiera modestamente, su existencia, se dedicó á escribir las varias novelas, luego publicadas con el título de *Lendas é narrativas.—O monge de Císter,* de 1840, y *Eurico o presbítero,* de 1843. Enseguida, luego de haber sido promovido en 1844 al puesto de socio de la Academia de Ciencias, comienza su soberbia *Historia de Portugal*, cuyo primer volúmen se publica en 1846, y en 1851 el cuarto, que llega á 1279, ó sea al reinado de Don Alfonso III.

Esta obra, como después diré, obligó á Herculano á enormes trabajos de investigación en todos los conventos, archivos y bibliotecas del país, y le proporcionó un sinnúmero de disgustos, forzándole á la publicación de otros estimables trabajos de defensa y polémica. Por ejemplo, los opúsculos titulados *Eu é ó Clero. —Consideraçoes pacíficas* y *Solemnía verba.* Después el libro *Historia da origen da Inquisiçao em Portugal.*

Hácia 1852, Herculano volvió á la política, fundando y dirigiendo por cuatro ó cinco años el periódico *O Paíz,* para concertar los elementos setembrista ó radical y cartista ó con-

servador, constituyendo el partido de los regeneradores que ha vivido hasta estos mismos días y que ilustró grandemente la dirección del Sr. Fontes. Los esfuerzos de Herculano no fueron estimados suficientemente, y el ilustre publicista no ocupó en el Ministerio presidido por Rodrigo da Fonseca el puesto que generalmente se le asignaba. Este desengaño, unido á los disgustos que le había proporcionado la publicación de los cuatro tomos de la *Historia de Portugal*, y los tristes juicios que venían mereciéndole la cultura, la marcha general y el porvenir de su patria, produjeron en Herculano un inmenso cansancio y luego un espantoso desaliento. Pronto abandonó la política, enseguida la literatura y buscó la paz, primero en la Quinta do Calhariz, y después en la Huerta de la Calçada do Galvao. Ultimamente renunció su empleo en la Biblioteca del Palacio Real, y se refugió en la Quinta de *Val de Lobes*, no lejos de Lisboa, donde falleció de una pulmonía, el 13 de Septiembre de 1878, á los sesenta y ocho años de edad. Nuestro D. Antonio Romero Ortiz allí le vió, y en su libro sobre *Literatura portuguesa* describe con gran pena, y produciéndola en el lector, el pesimismo insuperable del ilustre Hercula-

no que llegó al punto de no querer escribir ni leer cartas. Sin duda sus merecimientos no tuvieron la recompensa debida, pero puede muy bien asegurarse que pocos hombres dentro y fuera de Portugal han disfrutado de una consideración análoga. Ninguna persona culta negó jamás el poder de su inteligencia; su carácter, á las veces extremoso por lo duro, fué generalmente respetado, y hoy mismo el cadáver del ilustre historiador descansa bajo las bóvedas de los Jerónimos de Belém, al lado de los restos de Camoens y de Vasco de Gama.

No quiere esto decir que los disgustos del escritor admirable y del profundo pensador dejaran de ser de cuantía. Evidentemente produjeron en él terrible efecto la malevolencia del clero y los ataques de los supersticiosos y mogigatos, que pusieron el grito en el cielo por las críticas que el historiador había formulado respecto del papel del clero antes del siglo XIII. Herculano llevó su atrevimiento al punto de negar la leyenda religiosa de Eurique, y sus envidiosos y sus enemigos utilizaron este pretexto para atacar al católico y al patriota. En esta campaña, Herculano no tenía la excitación apasionada de los doceañistas españoles que combatieron el Voto de San

tiago, ni la calma ni la ironía de nuestro don Antonio Alcalá Galiano, llevado ante los tribunales de justicia por un descendiente del Cid, que no se resignaba á que aquel orador insigne, en sus notas á un libro inglés sobre *Historia de España*, afirmara que el héroe del Romancero era un mito *(Risas)*.

Herculano tomó por otra parte la cuestión, y en verdad que el libro sobre las proezas del Santo Oficio en Portugal debiera haberle dejado satisfecho. Con muy análogo sentido escribió también otra obra poco citada, de carácter jurídico y de positivo valor. Me refiero á *Os estudos sobre ó casamento civil*, publicados en 1866 y fruto de su cooperación, como revisor, en la obra del novísimo Código civil lusitano. Los estudios citados fueron incluídos en el *Index* expurgatorio de Roma.

El mérito de Herculano está, más que en sus versos, en sus novelas y cuentos históricos, y á la postre en su *Historia de Portugal*. Los primeros, del corte y sentido de Walter Scot, responden al deseo de revivir la tradición nacional y de afirmar la personalidad lusitana, puesta la mira en las nuevas condiciones de los tiempos y las exigencias del porvenir. Creo que, afortunadamente, se han

traducido al castellano esos cuentos y esas novelas que describen á maravilla la vida gótico española y la civilización lusitana anterior al siglo XIV. No sucede lo propio con la *Historia de Portugal*, y me duelo grandemente porque interesando esa obra á toda España, yo me atrevo á aventurar la especie de que no la hay semejante en la Península Ibérica.

Ya comprendo que no es esta la oportunidad de discurrir sobre tan celebrado trabajo. No podría prometerme la atención del público para una exposición regular del sistema y de las principales ideas que avaloran el esfuerzo superior del ilustre representante y maestro de la moderna Escuela histórica lusitana. Pero doliéndome del límite que las circunstancias ponen á mis deseos y recomendando á los hombres capaces un estudio particular sobre Herculano, su obra y su tiempo, me he de permitir una brevísima digresión sobre la parte formal de la famosa *Historia*.

Consta la obra de cuatro volúmenes, de quinientas páginas cada uno, enriquecida con numerosas notas, que acusan la extraordinaria diligencia del autor. La *Introducción*, que es muy extensa, ofrece un gran interés para el lector español y en general para todo aficio-

nado á los modernos estudios históricos, porque comienza discutiendo los sistemas científicos del Renacimiento y la originalidad de la sociedad portuguesa, con relación á las antiguas tribus que habitaron la Península, antes de la Era Cristiana. Luego se fija en el elemento leonés y el elemento sarraceno como constitutivos de la sociedad lusitana, y después examina detenidamente las condiciones y la historia del imperio árabe en España y la nueva Monarquía gótica que se funda en Asturias en el siglo VIII. El resto se contrae á la historia propiamente portuguesa desde mediados del siglo XI hasta fines del XIII. Pero, aun dentro de esta parte, que pudiera por su apariencia ser considerada como especial, ofrecen otra importancia y revisten un altísimo valor científico el libro VII (que comprende la segunda mitad del tomo III), y el libro VIII, que llena todo el tomo IV. Aquél está consagrado á los caracteres de las poblaciones neogótica, sarracena, judáica y mozárabe, á la condición civil de las clases populares en los siglos X al XIII; y, en fin, al nacimiento y progreso de la libertad personal. El libro VIII trata de admirable manera la historia del Municipio ibérico.

No ofendo á nadie si repito que dentro de España no hay quien haya llegado á las alturas que domina en esta obra el insigne Herculano, cuya erudición y cuyos razonamientos imponen por todos conceptos; de tal suerte, que entiendo que la consulta de la obra á que me refiero (por desgracia suspensa é incompleta), es inexcusable para cuantos, aun después de los trabajos de Muñoz y de Moron, quieran conocer medianamente la historia de España en los tiempos medios.

Y cuenta, señores, que sobre bastantes ideas y algunas críticas, particularmente en el orden político, del ilustre historiador, yo tendría que hacer muchas reservas, permitiéndome tambien algunas impugnaciones. Porque, Herculano, que en el III y IV tomo de su Historia se muestra fervoroso partidario de la libertad personal y civil, y con delectación estudia el desenvolvimiento de la vida comunal, en ninguno de sus trabajos se mostró simpático respecto de las últimas consecuencias de los principios encarnados en aquellas instituciones. Lejos de compartir con Almeida Garret los sentimientos democráticos de la época y de prever con satisfacción las soluciones radicales y espansivas del porvenir,

Herculano fué un despiadado adversario de la democracia, contra la cual llegó á emplear hasta la injuria, ora en los artículos de *El País* de 1851, combatiendo como insustanciales las críticas de Toequeville, ora en el apasionado prólogo de *La Voz del Profeta*. En lo que el insigne escritor pareció siempre más en harmonía con el creciente espíritu de los nuevos tiempos, fué en su oposición á la prepotencia clerical, por él combatida briosamente, así en algunas de sus leyendas históricas como en sus folletos titulados *A Reaçao Ultramontana* de 1857 y su *Manifiesto ao partido liberal* de 1858, y como en sus estudios sobre el Casamiento Civil y la Inquisición portuguesa.

Almeida Garret y Herculano son los jefes del romanticismo portugués; pero no se entienda por esto que á estos dos nombres hay que reducir la historia literária de la época. A lo menos, á su lado ó por bajo de ellos, pero siempre con altas representaciones de su época, hay que poner (y no me atrevo á decir que los cite á todos) á Antonio Feliciano de Castilho, Luis Augusto Revelho da Silva, Antonio Augusto Soarez de Pasos, Antonio Rodrígues Sampaío, José Estevao, Méndes Leal y Camilo Castelho Branco.

De todos estos, el único que hoy vive es el último, que nació en Lisboa en 1826, y hoy languidece en el campo, consagrado todavía á la literatura, bajo el peso de los años, de los achaques, y, sobre todo, de una labor verdaderamente asombrosa. Porque Castelho Branco, que ha escrito de todo y siempre de una manera estimable, en 1868 había publicado ochenta y pico volúmenes, mereciendo que nuestro Romero Ortiz afirmara que antes de él no había existido la novela de costumbres en Portugal, como no existió el teatro antes de Almeida Garret, ni la historia antes de Herculano, añadiendo que, inferior por sus versos á Zorrilla, por sus comedias á Bretón de los Herreros, y por su ingenio satírico á Larra, es el primer novelista contemporáneo de la Península Ibérica.

No me atreveré á decir yo tanto; simplemente porque estoy en el grupo de los que conocen poco las obras del fecundo escritor lusitano, entre las cuales, propios y extraños, ponen en primer término las *Escenas contemporáneas*,—*La Virtud antigua*—*Dos horas de lectura*—*Los Misterios de Lisboa* y *Un hombre de energía*.

Pero he de añadir que el ilustre anciano es

grandemente popular en su país, y que críticos de primera importancia, que en más de una ocasión me han favorecido con sus cartas y sus observaciones sobre el movimiento intelectual lusitano, ahora mismo afirman que á pesar de Eça de Queiroz, Camilo Castelhó Branco continúa siendo, por lo menos, el primer novelista de Portugal.

Méndes Leal fué un escritor no menos fecundo, pero no de tanta altura ni constante fama. De vasta inteligencia, gran iniciativa y espíritu muy simpático, tuvimos el gusto de conocerle en Madrid, porque entre nosotros representó por mucho tiempo al Gobierno lusitano, antes de representarlo en París, hácia 1874.

Hijo de familia modestísima, nacido en Lisboa, hácia 1820, figuró de un modo muy activo en la historia política de este siglo, utilizando con preferencia para sus campañas el periodismo. Por tanto, ha tenido que bregar mucho en las redacciones de los periódicos políticos; en la Cámara de los Diputados; en los salones de los Ministros; en la Academia de Ciencias, donde llegó á ser secretario de la Sección de literatura; en el Conservatorio, cuya primer Secretaría desempeñó; en la Bi-

blioteca de Lisboa que dirigió; en fin, en todas partes á donde la necesidad y su talento le han llevado, acreditándose como una verdadera ilustración de su país.

José Esteban fué el Alcalá Galiano de Portugal, como Rodrigues Sampaío fué el Girardin; con lo que, dicho se está, que los grandes é incontestables méritos del uno y del otro (que florecieron, éste hácia 1836, dirigiendo el famoso periódico *A Revoluçao de Setembro*, y apoyando después á los regeneradores, que en 1853 le hicieron Ministro; y aquél, durante la Revolución de 1820 y en el período de 1837 á 1840) hay que buscarlos respectivamente en la oratoria y en el periodismo. Aquella tenía en Portugal las grandes tradiciones del Padre Vieyra y antes las de San Francisco Javier. En cuanto al periodismo, creo que los primeros diarios ó revistas del reino lusitano son de la época de Pombal.

Revelho da Silva y Soares de Pasos, fueron considerados en Portugal como románticos de la extrema izquierda.

El primero se dedicó preferentemente desde 1840 á 1870 á la novela histórica, continuando y extremando la tendencia de Herculano. Colaboró diez y ocho años en *El Cosmo-*

rama Literario, y después de una excursión á la vida política activa; de brillar como orador parlamentario y de desempeñar el Ministerio de Marina hácia 1863, consagróse, mediante una subvención del Gobierno, á escribir la *Historia de Portugal*. Pero, agravándose los males que siempre habían dificultado su campaña, se retiró al campo en 1871, y allí, en la Quinta del Valle de Santarem, murió dentro del mismo año.

Soares de Pasos fué un escritor religioso y melancólico, al estilo de Lamartine, que llenó de versos dulcísimos y elegiacos los periódicos de Coimbra *O Trovador*, de 1844, *O Novo Trovador*, de 1851. Catedrático de Derecho de Coimbra, vive casi apartado del mundo. La tristeza le invade, lo vence el desaliento, y en 1860 muere tísico.

La personalidad de Castilho es de las más interesantes de la literatura contemporánea portuguesa. Bastaría á darle excepcional importancia el hecho de su ceguera, que se le produjo á los seis ú ocho años, y á pesar de la cual hizo todos sus estudios de una manera brillante, distinguiéndose después por la exactitud y viveza de sus descripciones. Aun cuando le auxiliaran en sus estudios, primero su

hermano y después su hijo, apenas se comprende disposición tan admirable como la de Castilho, el cual además, constreñido por las necesidades de la vida, hizo viajes al Brasil y al centro de Europa. Por otra parte, Castilho representa el punto de confluencia de los románticos Almeida Garret y Herculano, con los últimos y más felices Arcades, si bien al cabo se decide por los primeros, así en la concepción de sus poesías como en la forma de sus versos.

Feliciano del Castilho ha dado mucho que decir en Portugal, por la influencia que tuvo siempre entre los literatos y la oposición durísima que hizo á la aparición de la nueva Escuela de Coimbra, que á su vez correspondió á esta actitud con terribles ataques no exentos de injusticia, pues que se llegó al punto de negar á este escritor toda clase de méritos. Sin embargo, sus *Cartas de Eco á Narciso,* sus *Meditaciones poéticas*, su *Estudio histórico sobre Camoens* le acreditarían en todas partes como poeta. Suyos son también un *Tratado de versificación portuguesa*, publicado en 1851, y un sistema de educación primaria conocido con el nombre de *Método repentino*, que el célebre é influyente literato ensayó con la

protección del Gobierno en Lisboa, viniendo exprofeso de las Azores, á donde se habia retirado para concluir su vida, que sin embargo no terminó hasta Junio de 1875, es decir, á los setenta y cinco años. Castilho escribió numerosos artículos en revistas y comenzó unos *Cuadros históricos de Portugal*, que hácia el año 1840 fueron muy estimados. Pero toda su gran autoridad se palpa en aquella *Rerista contemporánea*, que hasta 1865 vino á ser la condensación del espíritu y las tendencias del Portugal moderno, y cuyo estudio paréceme indispensable para conocer medianamente el sentido y las evoluciones novísimas del país vecino.

Fácilmente se comprenderá que no puedo entrar en más detalles respecto de estos escritores y de sus obras, por más que el tema es atractivo y la discusión podría ser provechosa. Pero lo dicho me parece suficiente para que se advierta, de una parte el inmenso cambio que se verificó en Portugal con la instauración del nuevo régimen político, y de otro lado, el predominio que en la nueva dirección literaria tuvo la Escuela Romántica. Aun los menos próximos á Almeida Garret y Herculano recibieron su influencia, y por no entrar en di-

gresiones que resultarían insoportables, no explico de qué modo, después de 1860, en Portugal se produjo dentro del Romanticismo, la doble tendencia de los poetas desalentados y desconócidos, y de los poetas rebeldes y satánicos que han cautivado al mundo con los nombres de Espronceda, Larra, Sheley y Byron.

Mas dentro del cuadro de este trabajo es necesario señalar uno de los varios peligros del Romanticismo, que consiste en la preocupación de la forma y del efecto, puestos, al cabo, muy por cima de la intención y, sobre todo, de la sustancia. El Romanticismo, como he dicho, fué una protesta. En el instante en que el pretexto pasó, se hizo necesario buscar razón y base á la tendencia oposicionista de la Escuela Romántica, que, como todos los movimientos análogos, no podía vivir pura y simplemente de negaciones. En Portugal, lo mismo que en Francia y en España, se produjo el fenómeno. Los románticos abusaron del contraste, y en nombre de lo natural aclamaron como tipo lo sobrenatural y lo deforme. La Poesía, y en general el Arte, que se habían emancipado de Boileau y de los renovadores de Virubio, cayeron en el culto de la forma vana,

hablando á toda hora del «Arte por el Arte» y de que «lo feo es lo bello.» Por un nuevo camino se llegó al culteranismo, y el efectismo se apoderó del teatro con atrocidades del género de nuestras *Borrascas del Corazón* y *La trenza de sus cabellos*, cuando no con atentados á la salud pública como *La Carcajada*, que ha servido sólo para inmortalizar á nuestro gran actor Valero.

No había ninguna razón para que, contra estas exageraciones y estos absurdos no se produjera un movimiento análogo al del Romanticismo. Por esto y para esto vino en Portugal, hácia 1860, la llamada *Escuela de Coimbra*, cuyas más altas representaciones viven hoy en la plenitud de sus facultades y en el goce de la envidiable consideración á que le han dado derecho sus talentos, su fé, su perseverancia y su carácter. De ellos y del grupo de ilustraciones contemporáneas que sin pertenecer á esa escuela constituyen en estos días la gloria de la literatura lusitana, me ocuparé en la sesión próxima, si como espero no me falta la benevolencia con que me venís obligando en esta serie de estudios y conversaciones.

He dicho *(Prolongados aplausos)*.

LA LITERATURA PORTUGUESA

TERCERA CONFERENCIA

Señoras y señores:

Llegamos al término de nuestro trabajo. Y en verdad, que la mayor de las sorpresas que naturalmente ha debido producir la extensión de estos estudios sobre la literatura lusitana, no habrá sido la experimentada por el público que con su creciente interés y su inagotable bondad me ha favorecido en ésta para mi difícil campaña. Cuando la inicié no me propuse salir de los modestísimos límites de una ligera indicación, y sin duda, por mi poca competencia en este género de cuestiones, creí que no serían precisas ciertas referencias, ni en general ninguna de las disgresiones con que quizá he fatigado vuestra atención, pero sin las cuales declaro con toda franqueza que yo mismo no hubiera podido dar cierto orden y

cierta seguridad á mis pensamientos. Mas aun; si he de expresarme con toda sinceridad, diré que aparte de la notoria deficiencia del orador, los recuerdos y las citas de carácter histórico que han llenado muy buena parte de nuestras dos anteriores sesiones, eran de necesidad y lo serán siempre que dentro de nuestro actual período histórico y político se trate en España de la vida del pueblo lusitano, respecto del cual corren con deplorable valimiento, toda clase de consejas, errores y aún prevenciones, allí donde por acaso, no impera la ignorancia más profunda y vergonzosa de cosas y personas.

Pero ya estamos en nuestros mismos días. En mi Conferencia anterior, después de señalar las dos grandes figuras que representan el movimiento romántico portugués, y de hacer rapidísima mención de algunas otras prestigiosas individualidades que sostienen la gloria literaria del reino hermano hasta bastante después de cerrada la primera mitad del siglo XIX, apunté la idea de que el Romanticismo, luego de perdido su valor de protesta, comenzó á declinar como efectismo é insustancialidad; agregándose á esto la circunstancia, que en todos los paises se dá, del engrandecimiento

y distracción de sus principales apóstoles y sacerdotes, los cuales, dueños de la opinión, seguros del gusto del público, y amparados de la consideración social y aún de los puestos oficiales, cuyo acceso facilita el carácter político que aquel movimiento literario pronto revistió, se presentan como intolerantes y exclusivos, y con palmaria exageración é irritante petulancia, pretenden poner un límite á nuevas tendencias y á ideas más robustas y progresivas.

Pero la misma fuerza que produjo la aparición y á la postre la victoria del Romanticismo sobre los Arcades y la literatura académica en Portugal, determinó el nacimiento de una nueva Escuela literaria más en harmonía con el sentido de los tiempos novísimos y con los adelantamientos políticos y científicos que, como relámpagos y mágicas anticipaciones, se abren camino en el mundo culto á poco de concluirse la Revolución del 48. Resisto la tentación de exponer cómo y de qué suerte esto se produjo; pero no me creo dispensado de señalar á vuestra reflexión datos tan acentuados como las aplicaciones industriales del vapor y la electricidad, el desarrollo de los caminos de hierro, la transformación de los

transportes y viajes marítimos, la privanza de la mecánica, la extensión de la sociedad anónima, la protesta socialista, la invasión de la democracia, la imposición del sufragio universal, el anuncio de las grandes concentraciones nacionales y de raza, el drama realista, la novela política, el prestigio de las ciencias naturales, la rectificación del criticismo kantiano por las tendencias armónicas krausistas ó las severas construcciones del positivismo, y en fin, todo ese conjunto extraño, contradictorio, bramador, caótico, de chispazos, inclinaciones, sacudidas, impulsos, destellos, simpatías, reclamos, intereses, afirmaciones, rebeldías, anatemas, brutales violencias, aproximaciones amorosas, novedades perturbadoras y regresos consoladores, que después de haber hecho de las calles de nuestras ciudades, sangrientos campos de batalla; de los mercados de nuestros pueblos, centros de agiotaje, y teatro de todas las fiebres; de las cátedras de nuestras Universidades, templos de la contradicción y de la duda; de los Parlamentos máquinas de destrucción y tribuna de insaciables esperanzas... han concluido por producir las Exposiciones internacionales, los Congresos científicos, la emancipación de Italia y la

Unidad Alemana, la renovación pedagógica entrevista por Frœbel y Pestalozzi, la redención de la mujer y del esclavo, la libertad religiosa, el trato de todos los pueblos, el arbitrage de Ginebra, las constituciones políticas expansivas posteriores á 1868, las sociedades cooperativas, los certámenes y exhibiciones de electricistas, la victoria del naturalismo sobre el convencionalismo, del discurso sobre el silogismo, del arte desinteresado sobre el empeño efectista y fugitivo, y en fin, el orden y el progreso de las sociedades por la libertad de los pueblos y la cooperación reflexiva de los Gobiernos y los ciudadanos (*Grandes y prolongados aplausos*).

Tambien en Portugal ha sucedido todo esto. Y á esto respondió la aparición de la protesta de 1864, allá en el gran centro docente del reino vecino, en la prestigiosa Coimbra, á la cual hay que referir generalmente los movimientos trascendentales, políticos ó literarios de Portugal, casi desde que este pueblo vino á la vida. Ahora el movimiento se inició, como todos los llamados á producir grandes efectos, en la modestia, en la pobreza, saturado de desinterés y de entusiasmo, en medio de la indiferencia ó del desdén de los felices, de los

omnipotentes y de los petulantes: entre los aplausos de la gente moza y de las mujeres ingenuas: exclusivamente literario al principio, para tornarse luego filosófico, político, social; pero sustancioso desde el comienzo é implacable para denunciar la vanidad y lo pretencioso del puro formalismo de la literatura en privanza.

Esta escuela que es la llamada de *Coimbra*, ha tenido por principales maestros un filósofo, un propagandista y un poeta. El primero se llama Teófilo Braga. El segundo Anthero de Quental. El tercero Joao de Deus. Los tres viven para satisfacción y gloria de la vecina tierra.

Uno de los primeros humoristas de Portugal ha escrito «que si la *Oscuridad* resolviese algún día tomar las formas humanas á fin de atravesar el Chiado (como si digéramos nuestra Puerta del Sol ó la Carrera de San Jerónimo) sin que á las cuatro de la tarde nadie la notase, la *Oscuridad* no podría escoger encarnación más apropiada que la de la figura de Teófilo Braga. Porque Braga pasa en la multitud enteramente confundido con el *todo*, como si fuese una molécula de la grande colectividad que se llama el *vulgo*.»

Con efecto, nada hay en el fecundo publicista lusitano, y hoy catedrático del Curso superior de Letras de Lisboa, nada hay en su exterior y sus maneras sociales que indique remotamente el valor de aquella gran personalidad. Delgado, de muy mediana estatura, distraido, poco ó nada preocupado del traje aunque sin caer en el desaliño y menos en el abandono, un tantico esquivo, de voz apagada, mirada triste y ademanes circunspectos y hasta tímidos, nadie podría sospechar, ni el vigor del espíritu, ni la energía del carácter, ni la riqueza de historia que dan valor á la vida de Braga, que hoy apenas tiene cuarenta y siete años y ha conseguido ocupar, tras recias batallas, un puesto eminente en el profesorado, en la ciencia, en la literatura y en la política. Parece mentira que su nombre sea generalmente desconocido en España, siendo él (como Quental y Oliveira Martins) uno de los publicistas portugueses que más han discutido y con mayor simpatía y competencia se han ocupado de nuestro país, considerándolo en sus íntimas relaciones con Portugal.

Nació Teófilo Braga, á principios de 1843, en las Azores, donde vivía su padre, oficial de

artillería, de carácter severo y muy aficionado á la causa miguelista, que á la postre le obligó á renunciar á su carrera, soportando, desde entonces, grandes privaciones. Falto el joven Teófilo en su infancia de la solicitud maternal (pues que su padre había contraido segundas nupcias y tal vez el hijastro y la madrastra no se llevaban bien) fueron para él muy tristes los primeros años, y á los catorce abandonó el hogar doméstico para ganarse la vida trabajando en una imprenta. Aquí repartió su tiempo entre el trabajo, el estudio y su afición á los versos, y en 1859 se vino á Coimbra, atravesando el Atlántico en la proa de un mal barco, y sin más recursos que unos mendrugos de pan, con un libro de poesías titulado *Folhas Verdes*. Apenas llegado á Coimbra trabó amistad estrecha con otro joven, Anthero de Quental, por quien se relacionó con los estudiantes de la Universidad, figurando pronto en el número de éstos y cursando los estudios de Derecho. Al propio tiempo tenía que atender á las exigencias de la vida y que satisfacer su pasión poética. A lo primero copiando como escribiente y dando repasos y lecciones, con lo cual, hubo período en que difícilmente llegó á reunir los

cien reis diarios (esto es, cosa de dos reales) que necesitaba para la materialidad de la existencia.

Por otra parte, el trato con la juventud entusiasta é ilustrada de Coimbra, le permitió ensanchar sus conocimientos con la lectura, en libros siempre prestados, de Víctor Hugo, Herder, Vico, Michelet, Proudhom y Hegel; de donde resultó el nuevo sentido que tuvieron sus versos de entonces. A este período hay que referir tres libros de poesías de un positivo valor: *A Visão dos Tempos*, *As Tempestades sonoras* y *A Ondina do lago*.

La publicación de estas obras vino á coincidir con la explosión de la protesta antiromántica y el planteamiento de la llamada *Cuestión de Coimbra*. Pronto entraron en la liza para ser los principales combatientes de la nueva escuela Anthero de Quental y Teofilo Braga, escribiendo éste el folleto titulado *As Theocracias litterarias*, y aquél otros dos opúsculos, que, con el nombre de *Bom Senso é bom Gosto*—y *A Dignidade das letras é as litteraturas officiaes*, produgeron, más que sensación, un verdadero escándalo. Por estos actos, que tenían lugar desde 1863 al 70, Braga se atrajo la animadversión de los literatos con-

sagrados, principalmente de José Feliciano Castilho; mientras que, por otra parte, su profesión de fe democrática radical le atraía las enemigas de Palacio y de los políticos imperantes. Estas influencias pesaron decisivamente para que por dos ó tres veces fuera rechazado el joven escritor en oposiciones que hizo á cátedras de la Universidad de Coimbra y de las Escuelas Oficiales de Oporto.

Mas quizá esto mismo le llevó á profundizar en sus estudios de Derecho, de Literatura, de Historia, y á la postre de Filosofía. Sería ocioso, y además trabajo muy largo, enumerar las producciones de Braga. Aun en el terreno de la poesía, después de la *Ondina do lago*, publicó dos volúmenes de versos, intitulados: *Torrentes* — y *Miragens Seculares*. Sobre Derecho hizo antes de 1873, un libro, titulado *Historia do Dereito Portuguez*, y publicó opúsculos sobre el espíritu del Derecho civil moderno, y las *Características* de los actos mercantiles.

Pero á lo que prestó más atención fué, sin duda, á la tradición literaria, y en general á la literatura de Portugal, y mediante monografías sobre tal ó cual escritor y ediciones de obras antiguas y artículos críticos sobre de-

terminadas cuestiones estéticas, vino á preparar su obra de mayor importancia: su *Historia de la Literatura portuguesa,* que llena hasta 16 volúmenes. En el grupo de los trabajos anteriores hay que poner el *Cancioneiro,* reproducción del texto manuscrito de la Biblioteca Vaticana, publicado por primera vez por Ernesto Monaci, y reproducido por Braga, hácia 1870, con un extenso y admirable prólogo sobre la poesía provenzal portuguesa. Y después el *Cancioneiro* lusitano, el *Romanceiro geral portuguez,* los *Cantos populares do Archipelago Acoriano,* y, por último, *Floresta de romances.* Además las ediciones de las obras de Camoens, Bocage, Falçao, Vaz, Balzac y Chateaubriand, llevan preámbulos de erudición portentosa y trascendental crítica.

Hácia 1874 se opera una gran revolución en el espíritu de Teólfio Braga, comprobado por el libro *Traços geraes de Philosoplia Positiva* publicado en 1877. Bajo la influencia de la filosofía positivista el ilustre escritor y pensador portugués, trata de rehacer su educación científica, y de entonces datan sus principales obras de sociología, políticas é históricas. En 1884 publicó un notabilísimo libro, completamente dentro de las teorías de Comte,

con el título de *Systema de Sociología*. A poco dos volúmenes de *Historia Universal*, (esbozo de sociología descriptiva) y ya se anuncia que publicará con el título de *Dinamica Social*, varios tratados de Economía política (síntesis activa), de Moral y Estética (síntesis afectiva), de Historia de las Ciencias y de la Filosofía (síntesis especulativa), de Política positiva y de Pedagogía, que son las *aplicaciones especiales*. Tenemos, pues, una obra extensa, cuyo prólogo es *El Systema de Sociología*, ya citado, y su primera parte los libros de Historia, que responden á la *Estática social*.

Como antes he dicho, Teófilo Braga tomó una activa parte en el movimiento político contemporáneo en sentido democrático y un tanto socialista. Ha publicado muchos artículos y redactado con el Sr. Elías García, los periódicos *La Hoja del Pueblo* y *La Democracia*, los cuales con *O Seculo*, el más antiguo, caracterizado y popular diario republicano portugués, dirigen las fuerzas republicanas del país vecino. También Braga ha sido candidato á la Diputación de Cortes, aceptando el mandato imperativo de los electores de Lisboa, en 1878. Pero sin llegar á la Cámara, donde hoy llevan la voz de la Democracia lusitana

los Sres. Elías García, Coronel de ingenieros y Catedrático de la Escuela Militar, y Consiglieri Pedroso, profesor del Curso Superior de Letras de Lisboa. Además ha publicado algunos libros y opúsculos de indiscutible valor científico y de inexcusable consulta para conocer la historia política contemporánea de Portugal—como, por ejemplo, la *Historia do Romantismo.*

Incluyo en esta série de trabajos las *Soluçoes positivas da politica portugueza*, que constituyen cuatro volúmenes dedicados sucesivamente á la aspiración revolucionaria—al sistema constitucional—á la historia de la idea democrática y republicana—y á la disolución del sistema monárquico representativo.

Braga no ha obtenido en su vida de combate más que dos puestos hasta cierto punto oficiales. En 1872 se decidió á hacer oposición á la cátedra de Literaturas modernas del Curso superior de Letras. El adversario era el señor Piñeiro Chagas, orador meritísimo, director del periódico órgano del Ministerio, diputado, autor dramático aplaudido y persona muy de la amistad de la Casa Real. Todo esto era suficiente para desanimar á un republicano. Pero además, Braga tenía contra sí

las terribles iras de los literatos oficiales, y sobre todo de Castilho, que le había impedido la victoria en Coimbra. Ahora se desataron contra el desamparado publicista. Las oposiciones á la cátedra aludida preocuparon á todo el mundo. Los ejercicios de Braga, que lucha con la desventaja de que no es un verdadero orador, asombraron, y el tribunal, compuesto exclusivamente de monárquicos, románticos y católicos, rindió tributo á la justicia nombrando catedrático al ya ilustre republicano *(Bien, bien)*.

Ahora últimamente, casi en estos mismos días, Braga ha entrado en la Academia de Ciencias, colocándose al lado de otro eminente escritor, que en la Cámara de los Pares, en el periódico *O Seculo*, en la Escuela Politécnica y en los círculos políticos y sociales, representa asímismo al partido republicano; me refiero al Sr. Latino Coelho. Esta exaltación del republicano y del positivista, y su ingreso en aquel centro oficial, que á propuesta del Duque de Lafoes se creó precisamente en la época de la intolerancia de Doña María I, es una señal de los tiempos que abre las puertas á la dulce esperanza de que las trasformaciones políticas y sociales se lleven á efecto por

procedimientos relativamente tranquilos y sobre la base del más absoluto respeto á las ideas y á la conciencia.

Como se vé, la vida entera de Teófilo Braga es un combate, tanto más terrible cuanto que no excitan ni secundan al combatiente el ruído de los clarines, la vista de la sangre, las aclamaciones de la muchedumbre y el fragor horrísono del campo de batalla. La energía del pensador lusitano viene probándose desde la infancia, y no son la menor señal la perseverancia del pensador y la fe del republicano en medio de la aparente tranquilidad del país vecino, que ha hecho posibles tantos aquietamientos, tantos desalientos y tantos cambios de representación política, recompensados en medio de la indiferencia pública, con envidiables puestos oficiales. Braga no aspira á eso. Rodeado de la consideración y el respeto de sus conciudadanos, después de haber sido popularísimo en las épocas de gran agitación política, acompañado de sus entusiastas discípulos, pues que ha logrado formar escuela, tiene una pasión que todo el mundo conoce: la de escribir y propagar. Pasión que le lleva á prodigar y á no poner precio á sus innumerables trabajos, que desgraciadamente también, por

lo reducido del mercado lusitano, no producen nada á sus editores. Un mayor motivo para que yo mire con especial cariño á este hombre ilustre. Por que declaro que á veces hasta el respeto me falta para esos sabios de gabinete y esos pacientes investigadores que prescinden de comunicar sus ideas y sus descubrimientos á la generalidad de sus conciudadanos, por egoismo, por exagerada modestia, por miedo al público ó por antipatía al vulgo. Parécenme sus empeños sin jugo. Por lo menos les falta el entusiasmo que centuplica el esfuerzo comunicando el ardor y la fé. Les falta la confianza en la virtualidad de la idea, en la simpatía de los espíritus, en el poder verdaderamente soberano, ¡único soberano! de la opinión pública *(Grandes aplausos)*.

Hablé antes de un propagandista y cité á Anthero de Quental, hace ocho ó diez años completamente retirado de la vida pública por falta de salud y sobra de nervios, y que aún en su retiro descansa esbozando (según se me asegura) un sistema original de Filosofía, quizá un tanto arrepentido de haber escrito aquellos magníficos, pero desesperadores *Sonetos*, editados por Oliveira Martins, en 1880, y

donde se invocan los abismos del *Nirvana*, exclamando.

N' esta viagem pelo ermo espaço
So busco o teu encontro e o teu abraço
Morte! irma do Amore da Verdade!

Refiriéndome poco hace á Teófilo Braga, señalé el amor de este ilustre pensador á la propaganda, y después de esta cita todavía me permito presentar á Quental, como el *propagandista* de la nueva Escuela. Y es porque la característica de Quental es ésta, y su importancia bajo tal punto de vista se sobrepone, no sólo á todos sus demás méritos, sí que al valor que en este concepto tienen y han tenido todos sus demás compañeros. Porque el hombre de quien hablo en este momento, no es sólo un talento robusto, una inteligencia extraordinariamente cultivada, un serio aficionado á los estudios filosóficos y á la literatura extranjera, sí que un estilista de primera fuerza, un poeta sustancioso é inspiradísimo, un folletista vigoroso, un orador tan fácil como apasionado, un político resuelto, y una actividad, una iniciativa y una perseverancia verdaderamente escepcionales y que sólo han podido quebrantar la amenazadora enfermedad que le atajó el camino en estos últimos

tiempos y de que felizmente va triunfando, para alegría de sus amigos y ventaja indudable de su patria.

Nació en 1840, en las Azores, de familia aristocrática, y en el seno de la abundancia, cuando no de la riqueza. He oido asegurar que entre sus antepasados figura uno de los primeros escritores y místicos del siglo XVII, y casi en nuestros mismos días ha honrado el claustro de la Universidad de Coimbra, como eminente profesor de Medicina, el Dr. Felipe de Quental, tío de Artunthero, y bajo cuyos consejos y dirección se inició éste en la ciencia: con lo que dicho se está la enorme ventaja con que pudo entrar y moverse en el escenario de las letras. En las Azores pasó sus primeros años contemplando la inmensidad del Atlántico y templando su espíritu con el espectáculo así de los temblores de tierra, en aquel Archipiélago muy frecuentes, como de las grandes tormentas marítimas: dato no despreciable para comprender la disposición moral del que ya mozo vino á Coimbra, con grandes alientos y ánimo no muy disciplinado, á hacer sus estudios con gran brillantez, y uniendo un vivo amor al estudio, y una potente fantasía á un carácter á toda prueba.

Ultimamente ha influído de un modo casi decisivo sobre su espíritu (recayendo sobre algunos disgustos de la vida política y amargas decepciones de la vida privada) la lectura de Hártman y Schopenhauer, de que da muchas pruebas su última colección de *Sonetos;* pero á los principios fueron sus modelos Lamartine para sus *Primaveras románticas*, de 1869 y Byron y Proudhom para sus *Odas modernas* de 1866; es decir, para aquellas *Odas*, que seguidas de una nota de grande audacia (y que no sé por qué ha desaparecido de las ediciones posteriores) produjo el primer escándalo de los decadentes románticos.

Mas, como antes he indicado, Quental no se limitó á hacer poesías, sino que tomó una activa parte en la política y en la famosa cuestión de Coimbra. Su folleto sobre *La dignidad de las letras* (que he leído hace muy pocos días), por el vigor del estilo y la intención del ataque, parece una hoja revolucionaria, de la que sale muy mal parado Antonio Feliciano Castillo. Sin duda alguna, Quental figura en la vanguardia de la nueva escuela á la que presta el apoyo de su desahogada posición social, de sus maneras distinguidas y hasta de su hermosa y simpática figura. El entusiasta poeta llegó,

por la causa literaria, á batirse con Ramalho Ortigao, después su cariñosísimo amigo. Y su espíritu de proselitismo quedó bien demostrado por la constitución de aquel grupo de mozos inteligentes y apasionados como Eça de Queiros, Oliveira Martins y Batalha Reis, que se llamó el *Cenáculo,* y que le aclamó por jefe hácia 1869.

Después se consagró á la causa democrática y á la defensa de las clases desheredadas, siendo, no sólo uno de los más calurosos agentes del partido democrático, si que principalmente el organizador de las célebres Conferencias del Casino de Lisboa en 1871, y el inspirador de la Asociación de 1872 titulada «A fraternidade operaria,» de que formaron parte 12.000 obreros, entusiasmados con el folleto que aquel agitador escribió con el título de *O que é a Internacional.* Las Conferencias democráticas inauguradas en el Casino de Lisboa, á mediados de Mayo de 1871, son de imposible preterición en la historia política y social del Portugal contemporáneo. Quizá la idea no fuera de Quental, y sí de un inteligente empleado de la librería Bertrand, llamado José Fontana (que se suicidó á poco); espíritu taciturno pero organizador, que hay

que colocar en la lista de aquellos hombres de gran pensamiento y sentido generoso, á quienes tiene que referirse el orígen y desenvolvimiento de la democracia lusitana: es decir, de aquella lista que ilustran nombres como el de José Felix Henriquez Nogueira, muerto en 1858, á los treinta y tres años de edad; Oliveira Marreca, el editor Carrilho Videira y el general Sousa Brandao. Abriéronse las sesiones con un soberbio discurso de Quental, sobre *As causas da decadencia dos Povos Peninsulares nos últimos tres seculos*, y las continuaron en medio del mayor éxito, Soromenho, disertando sobre *A Litteratura moderna;* Eça de Queiros, sobre *A Theoría da Arte segundo Proudhom,* y Adolpho Coelho, sobre *O estado do ensino público...* Y hubieran continuado brillantemente, ejerciendo un feliz influjo sobre la cultura lusitana, á no haberse anunciado una conferencia de Salomao Saraga, sobre la divinidad de Jesús. La mera noticia de este proyecto fué la gota de agua que derramó el vaso de las amarguras y los temores que este movimiento intelectual y político venía produciendo en el ánimo del Gobierno. El Marqués d' Avila, prévia consulta del jurisconsulto Martens Ferrao, Procurador general de la

Corona, decretó la clausura del Casino, produciéndose con este motivo calurosas protestas de los profesores, de no pocos publicistas, y en general de la opinión pública, ya muy excitada. De estas protestas salió algo importante de que hablaré después: la inteligencia de Eça de Queiros y Ramalho Ortigao para publicar el famoso periódico titulado *As Farpas*.

Los españoles particularmente debemos una especial consideración á Anthero de Quental, porque después de nuestra Revolución de 1868, de su fecunda pluma salieron obras llenas de simpatía para España, como las tituladas *Portugal perante á Revoluçao de Hespanha* y *Causas da decadencia dos povos peninsulares*. El sentido iberista domina allí hasta el punto de aventurarse las siguientes palabras luego explotadas torpemente por la patriotería en contra de Quental: «El único acto de verdadero patriotismo (de los portugueses) sería renegar de la nacionalidad.» Desgraciadamente en España se ha llevado de la peor manera imaginable la propaganda iberista, que llegó á disponer de condiciones muy favorables en la época de la Regencia de Espartero y de la Revolución del 68. La actitud de los iberistas

portugueses no fué aquí comprendida, y la generosa campaña de Quental, como de tantos otros hombres ilustres, fracasó por el momento. Y en vano, quisieron levantarla, con ciertos respetos y tomando nuevos tonos, los redactores y colaboradores (portugueses y españoles) de la *Revista Occidental,* que en 1874 dirigió en Lisboa el mismo ardoroso propagandista y jefe del *Cenáculo.* Los tiempos habían cambiado.

Joao de Deus es un poeta dulce, menos rereflexivo que Quental, más confiado, de vena inagotable, enamorado de la naturaleza, artista por los cuatro lados, pero poco fortificado por el estudio.

Como genio, un término medio entre nuestro Ventura Aguilera y D. Ramón Campoamor. Así como Quental está entre Enrique Heine y el francés Amiel.

Joao de Deus goza de una popularidad extremada y podría muy bien decirse que no tiene ni ha tenido nunca enemigos. Nació en los Algarbes en la primavera de 1830; fué á Coimbra como todos los apasionados de la idea. Pero allí, en vez de estudiar seria y pacientemente los Códigos y los tratados de Filosofía, se dedicó, con preferencia, al dibujo,

la música y los versos que generalmente dictaba y casi nunca escribía.

En Portugal tienen una fama extraordinaria por su belleza y su alegría los alrededores de Coimbra, y el Mondego, tranquilo y murmurante, desempeña el mismo papel que el Rhin entre los alemanes y entre los húngaros y los eslavos el Danubio azul. Por tanto, Joao de Deus, cuyos primeros años habían corrido en el poético Algarbe, lleno de las tradiciones árabes y de los efluvios de la española Andalucia, se encontró como en su escenario en la campiña de Coimbra y en las orillas del Mondego, donde se pierden las aguas de la legendaria *Quinta das lágrimas*. En el Penedo da Saudade y en la Fonte do Castanheiro (sitios de universal renombre bajo el punto de vista poético) se congregaban hácia 1850 los estudiantes y las mozas de Coimbra á oir en las altas horas de la noche y á la luz temblorosa de la luna, los dulces versos y los ecos armoniosos del mágico violín de aquel popular poeta, conocido en toda la comarca con el simple nombre de *Joao*. De este periodo principalmente son los hermosos versos sobre los más variados temas recogidos después, en 1868, con el nombre de *Flores do Campo*.

En 1876 se publicó otra nueva colección con el título de *Folhas Soltas;* pero estas composiciones procedían del Algarbe, á donde tuvo que regresar el poeta por las necesidades de la vida, con el título de Bachiller en leyes que sacó de Coimbra.

También Joao de Deus ha sido político. Pertenece al partido republicano, y con esta representación fué diputado del Algarbe hácia 1870, pero diputado muy oscuro, muy contra su voluntad, de tal suerte, que nunca dió señales de vida en aquel brevísimo periodo que llama de *su cautiverio*, estimando como uno de los mayores sacrificios que se le impusieron, la necesidad de la apretada corbata y del traje de etiqueta. Últimamente, Joao de Deus ha puesto los ojos en la niñez, inventando un admirable procedimiento para la lectura. Se llama la *Cartilha Maternal,* y su propaganda se hizo por medio de un encantador folleto que se titula *O Apostolado.* Todo esto data de 1877. En Portugal ha adquirido un gran valor la reforma pedagógica, y el Municipio de Lisboa dedica á la enseñanza una especial atención, amparada por la última ley Municipal. Por esto el popular poeta ha podido obtener una protección eficaz, y diri-

giendo él mismo, como inspector del Gobierno, las prácticas de su Cartilla, vive con relativo desahogo en el seno de su simpática familia.

Joao de Deus, es un admirador frenético de Camoens y entusiasta de todos los quinhentistas, siendo su especialidad el soneto, el terceto del siglo XVI y la redondilla de los cancioneros.

Marco Antonio Canini, en su *Libro dell' Amore,* publicado poco hace en Venecia, dice que Juan de Dios es el primer poeta de amor, no tan sólo de Portugal, sino de Europa, y Teófilo Braga no titubea en llamarle el maestro de todos los románticos del vecino reino, siendo muy general la opinión de que es el primer lírico del siglo XIX.

Tal vez debiera agregar á estos nombres el de Guerra Junqueiro, el autor de *A morte de D. Joao;* de menos alientos, mucho más discutido, pero de sentido análogo al de los poetas ya citados. Pero hablando de esta campaña literaria, política y filosófica, creería faltar á la justicia si no hiciera aquí mención de un distinguido amigo mío, de vasta lectura, corazón generoso y vigor extraordinario, que ha secundado los esfuerzos de aquellos hom-

bres ilustres, editando la mayor parte de las obras de Braga, secundando á Quental, redactando artículos y folletos popularísimos, interviniendo activamente en el movimiento republicano contemporáneo, con un sentido quizá demasiado radical, y fundando y dirigiendo primero, en 1874, el primer diario republicano *(A República)* de Portugal, y luego una publicación positivista y naturalista que ha cesado el año último, que se llamaba la *Revista da Estudos livres*, y que bastarían á ilustrar los nombres de sus principales redactores Teófilo Braga, Teixeîra Bastos, Reis Damaso y algunos otros que á mi memoria se escapan. Me estoy refiriendo al Sr. Carrilho Videira, antiguo alumno de la Facultad ó Escuela de Medicina de Lisboa, propietario de una de las librerías de la capital. La *Revista de Estudios libres* viene detrás de la *Renascensa,* que se publicó en Oporto hácia 1878, y de la *Revista Contemporánea,* que vió la luz en Lisboa hácia el año 65. Fué esta última órgano y eco del romanticismo. El periódico de Oporto, eco de la Escuela de Coimbra y del nuevo sentido literario. La *Revista* del Sr. Carrilho Videira es de un acentuado carácter positivista que en aquel país ha llegado á tener la

importancia que en España tuvo el krausismo.

También ahora tengo que repetir lo que dije con motivo de los románticos y antes de los prohombres del siglo XVI. Se equivocaría grandemente quien creyese que toda la vida literaria contemporánea de Portugal, se reduce á la Escuela de Coimbra y á los hombres que acabo de citar. A su lado, inmediatamente debajo, quién sabe si encima (no me toca averiguarlo) existen otras caracterizadas representaciones científicas y literarias que yo no puedo ahora más que señalar, porque he abusado grandemente de la atención del auditorio, y el nuevo tema me llevaría á desenvolvimientos, todavía más extensos que las Conferencias que he dedicado á la materia.

Ya en este terreno, he de decir algunas muy breves palabras sobre las más acentuadas representaciones que en el cuadro de las ciencias y las letras portuguesas, tienen hoy la lírica, la novela, el arte dramático, la crítica literaria y científica, la oratoria, el periodismo, etc. Con esta enumeración, ya digo bastante respecto de la ligereza de mis indicaciones, siempre y por muchos motivos muy modestas.

Poco hace cité los hermosos versos de los

maestros y apóstoles de la Escuela de Coimbra, é hice una rápida alusión á Guerra Junqueiro. Ahora debo completar aquella nota, señalando á Guillermo Braga, el autor de *Heras e Violetas* y del poemita satánico *O Bispo*; á Guillermo de Azevedo, que ha escrito las brillantes estrofas de *Alma nova;* á Teixeira Bastos, filósofo de vastísimos estudios y de envidiable reputación en los trabajos críticos, que ha descrito admirablemente los *Rumores Volcánicos* y las *Vibraçoes do seculo;* y sobre todo, á Gómez Leal, el inspirado autor de *Claridades do Sul*, *A Traiçao, O Renegado*, *O Antichristo*, *A Canalha* y *O tributo de sangre*, así como al sentido Fernándes Costa, lexicógrafo eminente, primoroso traductor de Quinet y de Víctor Hugo, escritor científico infatigable y que acaba de dar á luz *O libro das Soledades* (cantares andaluces) donde se recoge en bellas redondillas portuguesas todo el espíritu de la poesía popular española, con simpatías verdaderamente conmovedoras para nuestra patria, exhuberante de pasión y de idea. Por cierto, señores, que yo, que por varios motivos leo pocos versos, no he podido hojear sin profunda emoción las páginas del último libro del Sr. Fernándes Costa, que comienza con una

sentida dedicatoria á su esposa recien muerta, de quien dice:

Quando á tu alma fugiu
Meu pensamento voou,
E, seguindo-a nos espaços
Estreitamente a abraçou.
Praza aos Céus que, para sempre
No derradeiro momento,
Possa á minh' alma abraçal-a,
Como fez o pensamento.

Y dirigiéndose á sus paisanos, para recomendar los cantares que de otra tierra sacó, exclama:

Fui encontrar estas joias,
Cheias de brilho e de luz,
Dentro da alma d'um povo,
Filho do sol andaluz.

Antes, por em, de entornal-as,
Leitora, na tua mão,
Passei-as a uma e uma
Dentro do meu coração.

Poetas do meu paiz,
Trovadores, menestreis
Que as grandes harpas vibraes,
Que as lyras d'oiro tangeis!

Deixae, por hoje, as alturas,
Vinde comigo, um momento,
Ver deslisar os crystaes
Do fonte do sentimento!

Quiere decir esto, señores, que todavía, y á estas alturas, en Portugal se *versifica:* pero debo añadir en seguida, que los principales poetas lusitanos no se contentan con la expontaneidad nativa, con la facilidad de la descripción y menos aun con las disposiciones más ó menos brillantes y aparatosas del facedor de rimas, sino que allí el poeta se preocupa de las ideas, cultiva la inteligencia, y en la filosofía y en la ciencia y en la política busca unas veces la inspiración, otras los auxiliares más poderosos de su fantasía.

La dramática corre en estos momentos una deshecha tempestad en la patria de Gil Vicente y Almeida Garret. Se han apoderado del teatro (donde brillan actores excelentes como Lucinda Simoes y Furtado) el vaudeville francés y los medianos traductores de las obras de enredo y efecto. Pero sería injusto sino añadiese que dentro de estos últimos treinta años ha habido un período de gran brillantez: el período de 1868 á 78, en que han producido sus obras Enrique López Mendousa, Antonio Ennes y Pinheiro Chagas.

El primero, decidido romántico, nació en 1856 en Lisboa, y después de redactar con gran talento los folletines literarios de varios

periódicos, y de escribir en verso una comedia titulada *A Noiva*, obtuvo un éxito extraordinario, hará cosa de ocho años, con su drama *O Duque de Viseu*, premiado por la Real Academia de Ciencias con el premio del Rey don Luis, en oposición á un libro de Eça de Queiros, que lleva por título *A Reliquia*. Pero el éxito teatral de mayor importancia de esta época, es el alcanzado en 1874 por el drama político y en prosa, que lleva por título *Os Lazarístas*, protesta calurosa y felicísima contra ciertos amagos de renacimiento neo-católico y clerical, que ya había fustigado elocuentemente en su tiempo el insigne Herculano.

El autor de *Os Lazaristas* fué Antonio Ennes, nacido en Lisboa hácia 1848, alumno aprovechadísimo del Curso superior de Letras, redactor y director de algunos periódicos políticos de cierto renombre y de carácter progresivo como *O Día*, jefe de los Archivos públicos nacionales, autor de una *Historia Universal*, de no grande mérito, estilista muy celebrado, y padre también de otros dramas, como *O Saltimbanco, Eugenia, Milton, O divorcio, La Emigraçao...* de carácter social y sentido novísimo, pero que no lograron el extraordinario aplauso que el drama político de 1874.

En cuanto á Pinheiro Chagas, me reservo hablar de él dentro de poco, limitándome aquí á citarle como autor muy aplaudido de numerosos dramas y comedias como *La Judia, Durante el combate, Elena,* y, sobre todo, *La Señorita de Valflor,* que se representó más de cien noches, allá por el año de 1869.

De mucha mayor vida goza en el vecino país la novela representada especialmente por el anciano Castelho Branco, por José M. Eça de Queiros, y por un simpático y laborioso joven que modestamente oculta su nombre bajo el pseudónimo de *Bento Moreno.* Del primero ya hablé en mi Conferencia anterior al señalar los contemporáneos de la protesta romántica. Del último he de decir que es un doctor en Medicina, y que entre sus trabajos literarios descuella la novela titulada *Comedia do Campo,* en verdad primorosamente escrita, y que puede recomendarse á los aficionados más difíciles. Cerca de Teixeira de Queiros (que este es el verdadero nombre de *Vento Moreno),* andan el porteño Julio Laurenxo Pinto, autor de *Margarida* (escenas de la vida contemporánea)—*Esboços do natural*—y *O Senhor Deputado,* y el actual Director de *O Minho pintoresco,* (José Augusto Vieira, doctor en

medicina) que ha publicado en estos últimos años, entre otras novelas, *A Divorciada* y las *Phototypias do Minho*, y es tenido por el más fiel sostenedor de la escuela naturalista portuguesa fundada por Julio Diniz.

Pero el novelista que más renombre hoy tiene en Portugal es Eça de Queiros, que ha recogido, abrillantándola, la tendencia naturalista, que inició en aquel país otro escritor muy distinguido (Julio Diniz), muerto hácia 1871. Es además, si no me engaño, uno de los más conocidos escritores portugueses en España, porque yo solo sé que se han traducido al castellano y colocado en las vidrieras de nuestras librerías, después de los cuentos de Herculano, las dos novelas de Eça de Queiros, intituladas *El Crimen del Padre Amaro* y el *Primo Basilio*.

Por las rápidas referencias que he hecho al hablar de otros escritores, seguramente habreis comprendido que Eça de Queiros pertenece al grupo de los *hombres de nuestro tiempo*, y de los espíritus más resueltos y hasta más rebeldes de la última época literaria lusitana. Pero no perteneció á la Escuela de Coimbra, ante cuyo movimiento permaneció casi indiferente, quizá por la tendencia filosófica que en

aquel palpitaba, ó tal vez porque aquellos sucesos sorprendieron al novelista de quien voy hablando, en las aulas de la Universidad de Coimbra, y falto de preparación por su edad, sus gustos y sus estudios para secundar empresa de tanta transcendencia. La vida de Eça de Queiros arranca de sus relaciones con Anthero de Quental, y en ella influyó después decisivamente su trato íntimo con Ramalho Ortigao.

Nació nuestro hombre en Oporto, á fines de 1843, y fué su padre un integérrimo magistrado que se hizo muy célebre por su carácter, con motivo de un famoso proceso que por acuñación y circulación de moneda falsa se instruyó hace unos treinta años contra el Conde de Bulhao, y que llegó á preocupar sériamente á la sociedad porteña, muy mercantil y de muchas y poderosas influencias en todas las esferas oficiales. En Oporto hizo todos sus primeros estudios el después famoso escritor, siendo dedicado por su padre á la carrera de Derecho, por cuyo motivo luego vino á la Universidad de Coimbra. En ella se distinguió poco. Si he de hablar sinceramente diré que allí dejó la reputación de un muy mediano estudiante, de tal suerte, que sus fracasos y

la creciente antipatía á los estudios jurídicos que posponía á los ensayos del Teatro académico de que formó parte, y á las conspiraciones de los estudiantes contra el rector Sousa Pinto, le empujaron á Lisboa, donde todavía muy mozo aparece escribiendo en la *Gaceta de Portugal*, bellos artículos literarios, de un acentuado humorismo, y entre los cuales llegó á producir hondo efecto el ingenioso cuento *Singularidades de una mulher loura*. Muy luego es atraído por el *Cenáculo*, que presidía Anthero de Quental, y con el trato de aquellos *rapaces*, animosos é inteligentísimos, se desenvuelve su espíritu un poco perezoso, se dedica al estudio de la literatura extranjera, y con una audacia verdaderamente encantadora, se lanza á la cátedra del Casino Lisbonense, tomando parte en las Conferencias democráticas de Mayo, del Largo da Abegoaría, que, como ya he dicho, provocaron las iras del Marqués de Avila. Allí explicó Eça de Queiros la Teoría del Arte al modo prudhoniano.

Cuando las Conferencias del Casino fueron prohibidas, la protesta de Queiros se distinguió por su energía, y ya en el camino de la agresión, pudo concertarse con Ramalho Ortigao, que por aquel entonces vino á Lisboa

de Oporto, para publicar el famosísimo y nunca bastante celebrado periódico de crítica política, literaria y social, titulado *As Farpas.*

De entonces data una nueva fase del espíritu del antiguo estudiante de Coimbra; porque entonces comenzaron sus estudios filosóficos en la Escuela positivista, de tanta y tan positiva influencia en el Portugal de estos últimos tiempos. Y entonces se determina en él con mayor viveza por la lectura asidua de Flaubert y otros escritores franceses, el sentido naturalista que llega á dominar por completo todas sus obras literarias y señaladamente la novela, á que se dedica con excepcional entusiasmo. En colaboración con Ramalho Ortigao escribió *O Crime da Estrada de Cintra*, del género efectista de Ponson Du Terrail. Luego en la *Revista Occidental,* que hácia 1874 dirigió Anthero de Quental, ya dió á luz otra obra de mucho mayor aliento: *O Crime do P. Amaro*, al que siguieron en los años inmediatos *O Primo Basilio, O Mandarin* y *A Reliquia,* que como ya dige, fué desairada por los inmortales de la Academia portuguesa. Más tarde publicó un gran número de artículos críticos de costumbres y de viajes, retratos políticos y literarios, y críticas de la vida nacional y ex-

tranjera, que ha coleccionado últimamente en dos volúmenes, dados á luz en 1888 con el título de *Os Maias*.

Sin embargo de sus crecientes éxitos y de la gran influencia que llegó á ejercer el periódico *As Farpas*, Eça de Queiros no se encontró á gusto en Lisboa, quién sabe si por la situación tristísima de los partidos políticos avanzados de que formó parte, quién sabe si por las intrigas de sus émulos. Al fin se decidió hácia 1878 á ingresar por oposición en la carrera consular. Por esto se le ha visto sucesivamente de Consul portugués en la Habana, en Liverpool y en París, donde hoy representa gloriosamente al reino lusitano, sin abandonar el cultivo de las letras, ni perdonar á sus envidiosos y á sus enemigos, los contínuos ataques que le dirigen por su espíritu levantado, su culta despreocupación y sus aficiones al naturalismo, amén de sus bien ganados éxitos. Así frecuentemente favorece á los periódicos de Portugal con réplicas, críticas, semblanzas y estudios de un *humor* verdaderamente admirable, y de una intención irritante y desesperadora.

Como que no he pretendido jamás en estas conversaciones formular críticas, no puedo

hacer una excepción tratándose de este escritor notabilísimo, bastándome con repetir que está dentro de la escuela del ilustre autor de *Madame Bovarie,* sin llegar á los extremos del discutido escritor del *Assommoir*.

Dos ó tres veces he citado el nombre de Ramalho Ortigao, y su invocación ha de servirme para entrar rápidamente en el terreno de la crítica portuguesa representada en sus varias formas y maneras por el escritor últimamente aludido y por personalidades tan conspícuas como Latino Coelho, Texeira Bastos, Reis Damaso, Fernándes Costa, Alejandro da Concençao, Pereira de Sampaío, Brito Aranha, Luciano Cordeiro... y, sobre todo, la ilustre Sra. María Amalia Vaz de Carvalho.

Me es imposible decir todo lo que sé, y mucho más todo lo que es de justicia respecto de este grupo distinguidísimo de escritores. Y lo siento, tanto más porque por lo poco que yo he estudiado (y debo advertir que he leído y hojeado la mayor parte de los libros que cito), he llegado á formar la opinión de que los trabajos de crítica, no son solo los más relacionados con el carácter de la época que vivimos y la situación especial del reino vecino, sino que constituyen uno de los aspec-

tos más recomendables de la actual vida literaria de Portugal.

Por ejemplo, los estudios del Sr. Teixera Bastos, que como poeta ya cité, tienen una extensión y una originalidad que difícilmente se encuentran en las revistas españolas, francesas y aun italianas. Suyos son varios volúmenes sobre *La Evolución de la humanidad—Comte y el Positivismo—La familia moderna—Los progresos del espíritu humano* y *El Catecismo republicano*. Tengo entendido que la primera de estas obras se publicó en Barcelona. Procede del Curso superior de Letras de Lisboa, y ahora creo que es catedrático de Filosofía del Colegio Militar.

Nada más sentido ni más correctamente escrito que las notas bibliográficas y los estudios sobre novelistas y poetas contemporáneos, de mi joven amigo el Sr. Reis Damasso, nacido en el Algarbe, viviendo sólo para el arte, autor de las biografías más populares de Joao de Deus y Teófilo Braga; de muchos cuentos deliciosos como *As Scenographias*, *El Angel de la Caridad*, crítico de muchos diarios de Oporto y Lisboa, corresponsal de otros españoles, italianos y franceses, republicano ferviente, entusiasta por España, y una de las

almas más dulces y simpáticas que yo he conocido.

Pereira de Sampaio es un escritor de Oporto que ha publicado un *Analise de Crença Christa* y unos Ensayos Críticos sobre los Novelistas Contemporáneos que titula *A Geraçao Nova*, y cuya lectura me permito recomendar muy especialmente al público que me escucha.—Las notas críticas y literarias de Concençao, se han publicado en 1882 en un volumen dividido en cuatro partes que se titulan *Carteira d' un positivista—Esboços de Critica*, *Estudos do Natural*—y *Carvões*.—Brito Aranha, es el mas constante y general de los redactores del *Diario de Noticias de Lisboa*, y puede ofrecer á la consideración del estudioso su *Diccionario bio-bibliográfico de Portugal y del Brasil*, y el libro importantísimo que acaba de salir á luz, con el título de *A Obra Monumental de Luis de Camoes*.—Luciano Cordeiro es el director del *Jornal da Noite*, secretario de la Sociedad de Geografía, fundada por su iniciativa, y ha escrito mucho y bueno sobre viajes, historia y crítica, unas veces en libros, otras en periódicos, singularmente en *A Revoluçao de Setembro*.

Sin duda, existen más críticos en Oporto y

en Lisboa. Quizá con un esfuerzo de memoria podría yo citar otra docena de positivo mérito. Por ejemplo, Silva Pinto, Joaquín d'Araujo, Bettencourt Raposo, Gervasio Lobato, Urbano de Castro, Manoel Ferreira Ribeiro, Marques Pereira, Gomes Silva..... Pero ya me aprieta el tiempo y me acucia el deseo de no abusar más de vuestra benevolencia.

Hé de decir, sin embargo, algunas palabras respecto de la señora Vaz de Carvalho y los señores Ramalho Ortigao y Latino Coelho.

La ilustre dama que acabo de citar, indudablemente pertenece á la raza de nuestra doña Concepción Arenal y nuestra celebrada Emilia Pardo de Bazán. Y además sostiene una tradición gloriosísima del reino lusitano, donde, como creo haber dicho allá en los comienzos de estos estudios, las mujeres influyeron de un modo excepcional en la superior cultura de la sociedad portuguesa señaladamente en la época del Rey Dionisio y en el período brillantísimo de los Reyes D. Manuel y don Juan II y de los artistas y literatos Gil Vicente Saa de Miranda y Luis Camoens.

Conozco poco de la señora Vaz de Carvalho. Su nombre, tal vez felizmente, no aparece en diccionarios biográficos: he leido solo en un

artículo de Romero Ortiz sobre la Marquesa de Alorna (ilustradísima dama de la época de los Arcades y á quien el escritor español con notoria exageración pone por cima de todas las escritoras lusitanas antiguas y modernas) he leido, repito, una entusiasta referencia al poema de María Vaz de Carvalho titulado *Una primavera de Mulher*, publicado hácia 1867, con cuyo motivo nuestro laborioso compatriota afirma que por aquella fecha aquella dama á quien oyó recitar algunos trozos de su bellísimo poema en casa de Mendes Leal, no tenía dieciocho años. No me interesa á mí mucho averiguar la edad fija de la celebrada escritora, ni quizá ella me perdonara esta poco galante investigación; pero sí me duele no conocer algo del medio en que se educó. Asegúranme que viuda de un valioso poeta lusitano (Gonsalves Crespo) con quien escribió un libro titulado *Contos e Phantasías*, hoy redacta deliciosas crónicas literarias y de sociedad con el pseudónimo de Valcentina de Lucena y respondo de que en el vecino reino disfruta de estimación considerable y general por sus talentos, poniéndola todos en el primer lugar, (cuando menos, por la facilidad con que rebela su ilustración y sus aptitudes) en el círculo de

mujeres doctas, de que forman ó han formado parte María da Silva Canuto (calurosa evangelizadora de la instrucción popular y la más anciana profesora del país), María Peregrina de Sousa, Julia de Guzmán, Matilde Santa Anna Vasconcellos, Amalia Moreira de Sa, Guiomar Torresao, Albertina do Paraiso, Amelia Fanny, Angelina Vidal y otras poetisas y novelistas muy celebradas. De la escritora á que me vengo refiriendo, yo en realidad sólo he leido un libro recientísimo: *Algums homens do meu tempo (impresoes litterarias)*. Su *Primavera de Mulher* y su obra *Mulheres e creanças* (libro de educación) están agotadas. Y á mi mano no han llegado *Seróes no campo, Contos é Phantasías, Arabescos* y sus *Cartas á Luiza* sobre la educación de la mujer.

El libro que antes he citado es una serie de estudios sobre los portugueses Gonçalves Crespo, Ramalho, Eça de Queiros, Anthero de Quental, Antonio Cándido y Texeira de Queiros, y los franceses Octavio Feuillet, los hermanos Goncourt y Jorge Sand. No se trata de estudios biográficos: quizás ni de esas semblanzas ahora tan en boga. Los nombres son pretextos para indicaciones, vistazos, notas filosóficas y literarias, y consideraciones de carác-

ter social con motivo de la exposición de tales ó cuales libros, nacionales ó extranjeros, sobre cierta clase de problemas planteados en estos últimos tiempos, en la esfera del arte, de la literatura, y sobre todo, de la vida general europea. Ni debo ni puedo profundizar en este punto. Pero sí me cumple rendir tributo á la soltura del estilo y la discreción de las críticas que amontona la autora, en un libro inspirado en el sentido más avanzado de la civilización moderna. Además debo precisar una impresión que me han causado esos estudios.

Aquí en confianza, he de declarar que yo siempre he visto con una especie de piadosa consideración á esas mujeres inteligentes y excepcionales obligadas por vocación irresistible á recabar la atención del público en libros y periódicos. No discuto si hacen bien ó mal. Cuantos me escuchan saben que soy entusiasta partidario de la nueva educación de la mujer y que contribuyo á ella en la medida de mis pocas fuerzas. Pero no se trata de esto. Me refiero tan sólo á la posición dificilísima que tienen en nuestra sociedad esas mujeres extraordinarias. En primer lugar, está la falta de relación cómoda con la generalidad del bello sexo, educado de otra suerte, preocupado

de otras cosas, hecho á otras conversaciones y quizá todavía poco propicio al reconocimiento de ciertas superioridades. ¡Qué talento se necesita para vencer ó siquiera sortear estos obstáculos! Después no me parecen más fáciles las relaciones de aquellas espirituales damas con la gente masculina, de cuya circunspección y cuya delicadeza de sentimientos, hasta ahora no tengo yo una idea muy aventajada, aún reconociendo el progreso de la cultura general y estimando el valor intelectual de muchos hombres, que no por sabios tienen aquella finura y aquel tacto necesarios para en unos casos huir de la familiaridad, en otros de la aspereza, y precisamente en aquellos á que ahora me refiero, ó sea en el orden de las relaciones con mujeres excepcionalmente cultas, para mantener una situación influída por las tradiciones de la galantería, las exigencias de la idea y los imperativos de la verdad.

Pero independientemente de todo esto, y en el orden puramente literario, he visto siempre una dificultad pocas veces vencida y es la del tono y forma que conviene á la mujer para expresar sus opiniones en el concierto general del mundo literario y científico. Por lo común la escritora toma el tono impersonal y no po-

cas veces hace gala de una virilidad que, francamente, á mi me hace muy poca gracia. Pues bien, Amalia Vaz parece que ha huido este escollo. En el libro á que me refiero, constantemente habla la mujer. En la ocasión oportuna, la escritora alude siempre á su sexo y su posición delicadisima. No hay el menor dejo de gazmoñería; tampoco atrevimiento alguno de lenguaje, y leyendo aquellas páginas, parece que se está oyendo siempre á la *señora*. Doy á este mérito un valor extraordinario.

Ramalho Ortigao es, y sería en todas partes, un escritor eminente. Pertenece á la generación de Oporto; es decir, á un grupo de hombres muy caracterizado y profundamente distinto al grupo de las Azores, al de Coimbra y al de Lisboa—que son los cuatro grupos que han influído decisivamente en el Portugal contemporáneo. El porteño no tiene los nervios del electrizado hijo del Archipiélago Atlántico, ni la fantasía dulce y riente de las márgenes del Mondego. Pero en el orden literario tiene el *humorismo* de los cultos hijos del Norte. Ramalho nació en 1836, y á los dieciocho años ya era un periodista de mérito. Después hizo del periodismo, más que una profesión un culto, pudiendo figurar dignamente

por sus variados estudios científicos, políticos y literarios, por la rarísima elegancia de su estilo, por su acerada intención y hasta por la mordacidad misma que tanto se le ha censurado, en el grupo de aquellos hombres eminentes que se llamaron ó llaman Girardin, Jhon Lemoine, Juan Lorenzana, Angel Castro y Blanc y otros pocos, muy pocos más, que constituyen el prestigio del periodismo contemporáneo, cuyo valor estimo muy por cima de la situación á que le han traído en estos últimos días los *reporters* y los telegramas. Sin embargo, el mérito de Ramalho no se reduce al periodista; que si esto fuera, de él hablaría yo en otro lugar. Tiene también su importancia como literato, y si de su pluma han salido los brillantes y afamados artículos de *As Farpas* (Las Flechas), crónica mensual de política, literatura y costumbres, que en 1871 fundó con Eça de Queiros, y que desde 1872 hasta poco hace dirigió sólo, también suyos son un delicioso libro titulado *Historias de color de rosa,* otros sobre *As Praias de Portugal*—sobre *A Renascensa e os Lusiadas,* y el que lleva por rótulo *En París,* y que es una admirable crítica de la sociedad francesa de fines del segundo Imperio. De la sociedad

británica se ha ocupado recientemente en otro libro que llamó *Jhon Bull*, y de su visita á la Exposición de Amsterdam resultaron deliciosas Cartas publicadas en un periódico de Lisboa, y coleccionadas luego con el título de *Holanda*. Por cierto que en estas obras se comprende perfectamente todo el alcance que para la cultura de un pueblo, sobre todo, de un pueblo apartado de ciertas corrientes, pueden tener los libros de viajes siempre que no se reduzcan á meras descripciones de sitios y monumentos ó á traducciones disfrazadas de las Guías de Conti, Joanes y Bœdequer.

Ramalho Ortigao es un hombre completamente de nuestra época, republicano templado, implacable con las petulancias é inmoralidades de la burocracia y con las flaquezas y contradicciones de la burguesía adinerada y gazmoña. No menos duro con las chocheces de la literatura oficial. Pero hay que advertir que á los comienzos de su vida, y en Oporto, fué uno de los más violentos contradictores del movimiento de Coimbra, que él después llamó *de los disidentes*. El espíritu de los tiempos lo venció como á sus compañeros de entonces, Castilho, Castelho Branco, Pineiro

Chagas y tantos otros. Pero nuestro hombre, muy luego se puso en franquía. Se dedicó al estudio, que era el secreto de la nueva dirección, y contemplando de lejos con cierta simpatía las palpitaciones del juvenil *Cenáculo* de Quental, viene á establecerse á Lisboa, y con Eça de Queiros lanza el primer número de *As Farpas*, que, según la frase de un ilustrado amigo mío, representa un gran trabajo de evangelización democrática y científica en el seno de las clases directoras, que prestaron una atención extraordinaria, quizá por la belleza de la forma y lo velado de la intención, al nuevo periódico.

En 1879 realizó Ramalho un acto de gran resonancia: presidió un gran *meeting* político para proclamar la candidatura á la Diputación á Cortes de un joven y elocuente abogado, Manuel de Arriaga. El *meeting* fué republicano, y dió ocasión á no pocos comentarios la presencia del insigne escritor (que es un hombre alto, fornido, brindando salud, y que llena su sitio en cualquier parte), identificándose con un movimiento político determinado, siendo así que, á pesar de sus conocidas opiniones democráticas, nunca había querido entrar (ni creo que después ha seguido), en la

política activa. También á mí me importa registrar el hecho, porque Ramalho Ortigao es un gran observador de la sociedad, y su protesta de entonces no dice poco respecto de la situación política de Portugal.

Todavía después, en 1880, el célebre escritor volvió á exhibirse figurando entre los organizadores de la fiesta del tricentenario de Camoens, con cuyo motivo publicó un admirable trabajo biográfico del gran poeta lusitano. Si no me equivoco, Ramalho Ortigao es hoy Secretario de la Academia Real de Ciencias, en cuyo seno figura la otra personalidad que he puesto á la cabeza de los críticos portugueses.

Me refiero á José María Latino Coelho, que en España estamos acostumbrados á considerar como el único representante de la democracia lusitana merced á muy comentados discursos que aquel pronunció no hace mucho en la Cámara de los Pares, singularmente contra las asignaciones y explendideces de la Casa Real portuguesa. Es equivocada esta idea, porque como ya he dicho, hoy que Latino Coelho no es representante del país en ninguna de las dos Cámaras por efecto de la decidida oposición de Palacio y del Gobierno, llevan la voz

del republicanismo lusitano en la Cámara popular, con un cierto sentido oportunista, los señores García y Consiglieri Pedroso. Fuera están (importa recordarlo para rectificar tan generalizados errores) Braga y el General Sousa Brandao y el Dr. Bernardino Pinheiro, Secretario del Tribunal Supremo de Justicia, y el abogado Arriaga, y el eminente Catedrático Rodrígues Freitas, y Anthero de Quental, y los Doctores Rocha, García y Falcao de la Universidad de Coimbra y el ingeniero y crítico Alexandre da Conceiçao y tantos otros de que he de hablar cuando en conferencias especiales estudie la política y los partidos portugueses.

Latino Coelho, que nació en Lisboa en 1825, es hijo de un oficial superior de Artillería y hoy Coronel de Ingenieros, profesor de mineralogía y geología de la Escuela politécnica de Lisboa, Secretario perpétuo de la Academia de Ciencias que preside el Rey, y colaborador asiduo y principalísimo del Diccionario de la Lengua portuguesa que hace años viene publicando esta docta corporación. Miembro asímismo del Consejo de instrucción pública que en Portugal tiene una grande y legítima importancia, muy superior por todos conceptos

á la de nuestro Consejo del mismo nombre, ha sido tambien, hace tiempo, redactor del periódico *La Democracia*, y ha colaborado en *El Farol*, en la célebre *Revolución de Setiembre*, *El Diario del Comercio* (no menos famoso), *El Emancipador* y varias Revistas de España, porque habla el castellano con cierta soltura y lo escribe de un modo verdaderamente envidiable para muchos publicistas de Madrid. Hoy creo que solo favorece con sus escritos al periódico republicano *O Seculo* de Lisboa, el cual publica dos ó tres veces por semana artículos de Latino Coelho, esperados siempre con gran deseo, por la generalidad de las gentes.

Suyos son unos *Elementos de Historia natural* y la *Enciclopedia para las Escuelas primarias*, pero lo que mayor consideración le ha dado es, primeramente sus discursos parlamentarios y sus manifiestos políticos, después sus folletos y monografías históricas y literarias, y últimamente sus breves y sustanciosos artículos de crítica de todo género. Latino Coelho procede del partido liberal, y desde 1854 á 60 no sólo fué diputado, sí que Ministro de las Colonias. Luego entró en el partido democrático y dentro de él le hicieron popularísimo el discurso de la Cámara de los Pares

de 1885 á que antes he aludido y su carta de 16 de Octubre de 1879 solicitando los votos del partido republicano de Lisboa: carta que es un modelo de estilo y de intención política. En ella alude á sus anteriores opiniones en favor de aquella transacción de la Monarquía y la soberanía popular, «que fué durante »algunos años el idilio político de algunos es»píritus honrados..... Ya no hay más que la »alternativa. Es impracticable la simultanei»dad y la concordia de dos espíritus que se »niegan recíprocamente y que están hoy en »Europa armados francamente para una úl»tima pelea, en la cual la victoria se inclina»rá hácia el derecho y hácia la razón..... Trá»tase hoy de escoger, de preferir, no de con»graciar. La Monarquía decae, la República se »levanta. Caen las dinastías y se exaltan los »pueblos. Descoyúntanse los Tronos y coinci»den con su caida los mayores y más admira»bles prodigios de la ciencia moderna, la in»dustria y la civilización. Combatir la Monar»quía, evangelizar la República es nuestro »propósito y nuestro deber.»

Así se explicaba el candidato republicano. He reproducido sus palabras independientemente de toda simpatía política, para

que se pueda apreciar su *manera* literaria.

En cuanto á sus trabajos críticos é históricos, me bastará citar el *Elogio histórico del Cardenal Saraiva*, el de *Fonseca Magalhaes*, los dos volúmenes sobre *Camoens* y *Vasco de Gama*, publicados con ocasión del reciente hicentenario del gran poeta, otros dos tomos de *Historia militar*, y en fin, su último celebradísimo *Estudio sobre Pombal*, que yo desgraciadamente no he leido, pero que se me ha señalado por los principales literatos lusitanos con quienes hablé, hace poco, en Lisboa, como un modelo de estilo y de crítica histórica.

Latino Coelho es un hombre reducido de cuerpo, delgado, muy pulcro en el vestir, muy limpio y muy afeitado; de ojos pequeños y vivos, de maneras distinguidísimas, afable y muy hecho al trato de gentes. Produce la impresión de un académico francés del año 40. Tiene fama de laborioso, erudito, y hostil al clasicismo en literatura y en pedagogia. No me parece que comparte la veneración con que casí todos los portugueses consideran á Coimbra. Ni que está enamorado del particularismo de las Repúblicas italianas, las ciudades Anseáticas, las Naciones independientes de América y las pequeñas Nacionalidades

contemporáneas. Pero si el aspecto es de hombre debil, pronto el observador tropieza en aquella naturaleza con los rasgos de la energía que ha quedado muy bien demostrada en la larga vida del político. Porque Latino Coelho ha tenido y tiene que luchar, sobre todo, con dos prevencionse muy fuertes en dos círculos distintos que frecuenta necesariamente. Latino Coelho es republicano y al propio tiempo Coronel de ingenieros y Secretario de la Academia, en relación frecuentísima con el Rey D. Luis que la preside y que presume justamente de docto.

Ya es fácil comprender que cualesquiera que sean las consideraciones y la cortesía del Rey (y ésta es grande), Latino Coelho no ha de estar muy bien con la gente de Palacio y el mundo oficial; y sin embargo, se ha mantenido y mantiene sin desfallecimientos ni equívocas habilidades. Por otra parte, el ilustre escritor es un iberista franco y decidido. Lo ha dicho en la prensa y en el Parlamento; lo escribe á todos sus corresponsales del extranjero; ha sido objeto por ello de rudísimos ataques en la Cámara de los Pares, y no es extraño que en ocasiones le azoten algunas ráfagas de impopularidad.

Sus gustos hoy más que por la crítica científica (su competencia parece indiscutible), van por los estudios históricos, á pesar de lo que no ha producido una obra completa que reanudase la tradición interrumpida por la muerte de Herculano.

Es notable que después del desconsolado autor de *Narrativas* y *Leyendas*, y á pesar de la importancia y el encanto que para Portugal, más que para todo otro pueblo, debe tener el estudio de un gloriosísimo pasado, los trabajos históricos de cierta generalidad y altura, no sean cultivados en el país vecino, como otros géneros florecientes de crítica y literatura. Sólo encuentro una excepción, que es la de las obras de Pedro Oliveira Martins; es decir, de un escritor que nos debe ser muy simpático, no sólo por los méritos de su poderosa inteligencia, si que por haber vivido entre nosotros bastantes años al frente de ciertas empresas industriales, ora en una provincia gallega, ora en el fondo de la provincia de Córdoba, de donde sacó extraordinarias aficiones á nuestro país, demostradas en numerosos trabajos literarios.

Oliveira Martíns es hijo de Lisboa, donde nació en 1845 y donde hizo sus estudios de

ingeniero militar; estudios interrumpidos por la muerte de su padre que dejó á una viuda con seis pequeños hijos, faltos de toda clase de recursos. Por esto el estudiante tuvo que dedicarse á buscar en el comercio y en la industria los medios de existencia y luchando con toda clase de dificultades, pero aprovechando las horas de descanso para la lectura de los mas reputados libros extranjeros, sobre todo, de Economía, Historia y Política, é identificándose con los empeños expansivos y reformistas del Cenáculo que presidió Quental, llegó hasta 1870, en cuya fecha se trasladó á las minas de Santa Eufemia en nuestra provincia de Córdoba, como empleado científico y comercial de la empresa minera. El año 74 volvió á Oporto, donde residió, hasta que en 1886 fué electo Diputado y tuvo que trasladarse á Lisboa, donde ahora reside, dirigiendo uno de los periódicos portugueses mejor hecho *(O Reporter)*, y se halla al frente de la Dirección ó Comisaría de los Tabacos, ramo de producción estancado en Portugal al modo que antes lo estaba en España.

Desde Oporto, en 1878 envió para el concurso abierto por la Academia de Ciencias de Lisboa, una Memoria relativa á la *Circulación*

Fiduciaria, que le valió una medalla de oro otorgada por aquella Corporación y grandes aplausos y consideraciones del público inteligente. En seguida la Sociedad de Geografía Comercial de Oporto, le llevó á su Presidencia y le hizo socio el Instituto de Coimbra. Fundador y Director del *Museo Industrial y Comercial* de aquella ciudad, formó parte tambien de varias Comisiones encargadas de informar sobre el estado industrial de la comarca y el mejoramiento de las clases obreras. Por último, hácia 1884 se separó del partido republicano para realizar con el partido progresista algo de lo que en nosotros ha querido ser la Democracia republicana, á cuyo fin fundó en Oporto el periódico *A Provincia*, muy notable, sobre todo, por su política económica. Después, en 1866 fué electo Diputado por Oporto, y en el Parlamento lusitano se ha distinguido por sus dictámes é informes sobre el trabajo nacional, el fomento de la población y riqueza rurales y la creación del Banco Nacional de emisión.

Verdaderamente, Oliveira Martíns no es lo que se llama un hombre político dentro de la vida regular de los partidos y conforme á las tradiciones latinas. No tengo para qué discu-

tir aquí si los hombres que piensan como este muy estimado amigo mío, aciertan ó nó; si exageran ó secundan el procedimiento político inglés, cuyos grandes resultados, en las grandes campañas políticas, económicas y sociales de este siglo á partir de la emancipación de los católicos y la reforma de la ley agraria hasta la última ley electoral y el planteamiento de la cuestión de Irlanda, todos hemos admirado. No es esta la ocasión para apreciar si la organización de los partidos políticos en Francia, Italia, Portugal y España, y muy singularmente la de los partidos avanzados y radicales de estos dos últimos países, consiente la presencia en estos cuerpos cerrados de ciertos hombres de gran iniciativa, planes muy determinados y estudios muy especiales. La discusión de todo esto me llevaría muy lejos, aún cuando me serviría para rechazar los cargos que últimamente se han hecho contra Oliveira Martíns, sin que por mi parte aplaudiese ó censurase su actitud política. Lo que sí afirmo es que mi inteligente amigo no es un político corriente y que sus méritos, verdaderamente excepcionales, hay que buscarlos en otra parte.

Su mundo es la discusión científica con

aplicaciones prácticas, en cuyo terreno se presenta con una indipendencia de juicio, una elevación de miras, una amplitud de estudios, un poder de observación y una originalidad de soluciones, unido todo á una maestría verdaderamente peregrina en el modo de escribir, que hacen de Oliveira Martíns una gran personalidad del Portugal contemporáneo y justifican la atención que le han consagrado fuera de su país, hombres como Laveleye y nuestro Valera (entre otros), criticando algunas de sus sustanciosas obras.

Son éstas muchas, porque Oliveira Martins es incansable y ha escrito casi de todo; de todo, fuera del terreno de la novela y el teatro. El año 69 publicó un libro de crítica sobre *Theophilo Braga y el Cancionero.* Y poco antes una novela histórica titulada *Phebus Moniz.* A poco otro lirbo sobre *Os Lusiadas e Camoes.* De 1872 y 73 son sus dos volúmenes titulados *Teoría do Socialismo* y *Portugal e o Socialismo.* Su *Política e Economía nacional*, editada en Oporto, lleva la fecha de 1885, y del año siguiente son su *Elogio histórico de Anselmo José Braamcamp* y sus *Elementos de Antropología.*

Con todo esto, á mi humilde juicio, el mé-

rito principal del escritor á que ahora me refiero está en sus trabajos históricos. Estimo alguno de primera fuerza. Conozco casi todos los publicados desde 1882 en la Biblioteca de Ciencias Sociales que edita la Librería Bertrand, de Lisboa. Entre esas obras figuran la *Historia de la Civilización Ibérica,* en un volúmen; *La de Portugal*, en dos; el estudio histórico, en dos tomos, de *Portugal contemporáneo;* el trabajo sobre *El Brasil y las Colonias portuguesas;* otro sobre *Las Razas humanas y la Civilización primitiva;* el *Sistema de los mitos religiosos;* el cuadro de las *Instituciones primitivas;* las *Tablas de Cronología y de Geografía histórica; La Historia,* en dos volúmenes, de la *República Romana,* y el precioso libro que en estos días se acaba de publicar con el título de *Portugal nos mares,* y que es un estudio tan original como erudito y profundo, sobre el comercio marítimo portugués, la piratería en el Atlántico, la ruta de la India, los viajes de Vasco de Gama, Fernando de Magallanes y Godinho de Heredia, y, por último, las pesquerías lusitanas. No creo aventurar mucho diciendo que no hay en España un libro del pensamiento de la *Historia de la Península Ibérica.* En cuanto á la de la *República Roma-*

na, puedo asegurar que en este trabajo están resumidos todos los más adelantados de la crítica inglesa y alemana sobre el pueblo rey.

Oliveira Martins sigue en estas obras históricas un sistema distinto al de Herculano, respondiendo, sin duda, á las nuevas exigencias científicas y emancipado de las presiones y las dificultades con que luchó el gran romántico en una época en la cual la investigación histórica apenas había despuntado. Los libros de Oliveira, aunque enriquecidos por numerosísimas notas y referencias de todo género, tienen un carácter eminentemente crítico y con grandes aficiones sintéticas.

Por ejemplo, en la *Historia de la Civilización Ibérica,* aparecen una introducción y cinco libros, la primera consagrada á describir el territorio, la raza, el carácter y el sentido general histórico. El libro primero, que trata de la *Constitución de la Sociedad,* se refiere á la invasión de los cartagineses y romanos, y la organización de la España romana. Titula al segundo, *Disolución de la España antigua,* y trata de la constitución de la Monarquía visigótica, las instituciones de los visigodos, la ocupación árabe y los mozárabes. El libro tercero se ocupa de la *Formación de la nacionalidad:* esto

es, del desenvolvimiento expontáneo de las naciones peninsulares, de los elementos naturales, de los tradicionales y de la Monarquía católica. Luego viene *El Imperio de España*, que es un precioso estudio sobre el genio peninsular, el misticismo, San Ignacio de Loyola, Carlos V y el Concilio de Trento, el descubrimiento de las Indias, Camoes, y las causas de la decadencia de las naciones peninsulares. El libro quinto se llama *Las Ruinas,* y se ocupa de la Península Ibérica en los siglos XVII y VVIII, del absolutismo, de Carlos III y José I, y de la España contemporánea.

El sentido de la *Historia de Portugal*, que, como he dicho, es una obra de dos tomos bastante abultados, se comprende por solo el título de sus siete libros. Son éstos: Descripción de Portugal—Historia de la Independencia (dinastía de Borgoña)—La Conquista del mar tenebroso (dinastía de Avis)—El viaje de la India—La Catástrofe (esto es, la Corte de Don Manuel, la Inquisición, la jornada de Africa y el sebastianismo)—La descomposición (el dominio español y la dinastía de Braganza)—y La anarquía expontánea, ó sea la invasión francesa, el año 20, D. Miguel y la Revolución liberal.

Los libros que hasta ahora ha hecho Oliveira Martins sobre la *Historia portuguesa,* son estudios parciales. Pero, ó yo me equivoco mucho, ó el propósito del autor es no fatigar desde luego á un público todavía poco hecho á ciertas lecturas con grandes é imponentes trabajos, y reservarse para una época no muy remota el relacionar todos estos estudios particulares, sometiéndolos á un verdadero sistema. Sobre poco más ó menos, esto es lo que ha hecho Teófilo Braga con su *Historia de la Literatura portuguesa,* y esto mismo han hecho, entre otros, Tierry y Michelet en Francia. De todas suertes, la obra realizadda ya tiene mucha importancia por su extensión material, por su alcance moral, y, sobre todo, por sus críticas y por la competencia demostrada por el autor á quien me atrevo á poner, sin ofensa de nadie, á la cabeza de los actuales cultivadores de los estudios históricos en el vecino reino, sin que por esto niegue el mérito de la obra de Piñeiro Chagas sobre *Historia de Portugal,* el trabajo de Julio de Vilhena sobre las *Razas históricas de la Península,* y los aunados esfuerzos de Luciano Cordeiro, Antonio Ennes, Simao Soriano, el General Claudio Chaby y el ya citado Latino Coelho, para una gran

obra histórica que continú y amplíe el gran trabajo de Herculano.

Bien quisiera completar estas ligerísimas notas con algunas indicaciones respecto de la oratoria portuguesa. Pero lucho con la inmensa, la invencible dificultad de no haber tenido el gusto de escuchar á ningún orador lusitano; y ya es vulgar de puro sabido que la mitad, por lo menos, del valor oratorio depende del medio en que la oración se produce y de las condiciones personales del orador, apreciables sólo por su audición y vista inmediatas. Por eso á mí me han producido siempre tan escaso efecto (lo declaro humildemente) las oraciones de Demóstenes, y me pasman los Diálogos de Platón. No puedo ni debo formar juicio por lo que ví y oí en las Cámaras lusitanas; bien es que los madrileños estamos muy mal acostumbrados y somos muy difíciles en este punto de la elocuencia parlamentaria y tribunicia. Sin vanidad de ninguna especie puedo decir que como arte, yo no he podido admirar en ninguno de los Parlamentos extranjeros que he visitado, lo que en el nuestro es bastante frecuente, y tengo por indiscutible que las arengas que se oyen en nuestras calles y cafés y hasta los discursos que se pronuncian en las

Juntas reglamentarias de nuestras Sociedades mercantiles y de minas, están muy por cima en cuanto á lo sonoro y movido, de cuanto aún en lugares más distinguidos, dicen en el extranjero personas de mayor cultura. En cambio tenemos otros defectos que pagamos bastante caro. La retórica y la difusión rayan aquí en lo escandaloso *(Bien, bien)*.

Tampoco tuve el placer de escuchar en Madrid á uno de los más celebrados oradores portugueses; á Pinheiro Chagas, persona de positivo mérito y de muy raras y varias aptitudes. Poco hace hice mención de sus dramas y comedias. Ahora añadiré que nacido hácia 1840 en Lisboa, estudió en la Escuela militar y luego en la Politécnica, logrando una charretera en 1859. A poco dejó la milicia y se dedicó á la literatura, al periodismo y á la política, señalándose por su espíritu liberal y un tantico revolucionario y su enemiga á Napoleón III y aun á nuestra Casa de Borbón, de tal suerte, que el *Jornal do Comercio*, donde desde 1864 escribía Pinheiro Chagas (después de haber estado como folletinista literario en la *Gaceta de Portugal)* no pudo entrar en España por espacio de algunos años y hasta la Revolución del 68. El año 1871 entró el publi-

cista en el Parlamento. Casi por aquel entonces en la Academia de Ciencias. Más tarde como Profesor (y creo que lo es en la actualidad) en el Curso Superior de Letras. Fué, por mucho tiempo, redactor en jefe del periódico *La Revolución de Setiembre* y desempeñó por poco el Ministerio de Marina. Muy aplaudido como orador, ha sido muy atacado como político, y no ha mucho fué víctima de un brutal atropello por parte de un loco que quiso vengar las injurias que suponía inferidas por el periodista y el diputado á la famosa Luisa Michel. Con tal motivo Pinheiro Chagas, que estuvo á la muerte, fué objeto de considerables demostraciones de interés por parte de toda la sociedad lisbonense.

Su equipaje literario es tan vario como rico. Ha traducido novelas de casi todos los célebres de Francia. Las ha escrito él; por ejemplo: *Flor marchita, Tristezas de la orilla del mar, La Careta rota.* Ha publicado varias colecciones de artículos políticos y literarios, como la titulada *Ministros, Sacerdotes y Reyes.* Otra se llama *Rojos, blancos y azules.* Tiene dos tomos de *Ensayos de Crítica.* Uno de *Cuentos y descripciones.* Su viaje á Madrid le dió materia para un volumen de *Impresiones de Viaje.* Ha

escrito un libro sobre *Portugueses Célebres*. Una *Historia de Portugal* y otra de la *Guerra franco-prusiana*. También son muy celebrados sus artículos humorísticos, coleccionados con el rubro de *Escenas y fantasías portuguesas*. Y hasta tiene un *Poema de la juventud*, (prologado por Castilho y ocasión de uno de los primeros choques de la famosa *Cuestion de Caimbra)* y otro que se llama *El Angel del hogar*. Me parece que no necesito decir más respecto de la extraordinaria variedad de aptitudes de esta verdadera ilustración lusitana.

Pero el orador por antonomasia de Portugal, es Antonio Cándido.

Es joven, de mediana estatura, casi delgado, ojos y boca grandes y frente ancha y despejada; de maneras distinguidas, trato afable y apariencia dulce y modesta, sin que en su figura y sus ademanes se dé alguna de aquellas indicaciones por las cuales el observador un tanto inteligente pueda sospechar que tiene delante á un orador y á un sacerdote. Porque los oradores, por el hábito de hablar al público, y á un público muy numeroso, generalmente tienen el aire resuelto y un si es no es campeador, creyéndose constantemente en el escenario. Cuando no les da por lo solemne

y en todos los momentos de la vida ofician de pontifical. Hablo en términos generales, recordando bien algunas de las *pocas* excepciones que tenemos en España, justamente llamada *la tierra de los oradores (Risas).*

Por lo que he dicho se inferirá que la carrera de Antonio Cándido es la eclesiástica, que abrazó siendo casi un niño, con escasa ó ninguna vocación, mas para complacer á su familia.

De aquí, sin duda, el tono solemne y el carácter eminentemente moral y desinteresado de sus discursos, que le perjudica bastante en sus empeños parlamentarios. Porque Cándido, que viste siempre lo que los franceses llaman *traje civil,* es Diputado y hace ya muchos años que abandonó la oratoria sagrada. Además, según me han asegurado, en el espíritu de esta brillante personalidad hace tiempo que se planteó la terrible lucha del compromiso de su historia y su posición con los gustos y las aspiraciones de su espíritu, y en la intimidad de éste la contienda horrible de las viejas creencias y las ideas de la época novísima. En otro hombre estas contradicciones hubieran producido un gran escándalo. Cándido ha tomado su resolución

modestamente, sin ruído, como un hombre discreto, llegando á un *modus vivendi* en el seno de una sociedad como la portuguesa, donde el Catolicismo, y aun la Clerecía, han tenido más valimiento que en España y que en la misma Roma. El ilustre orador ha renunciado á ciertas ambiciones de carácter personal. Como antes he dicho, ni viste ni hace nada característico de la profesión sacerdotal; y quizá por todo esto parece su alma saturada de una exquisita circunspección y una extraordinaria bondad. No es Lutero, ni siquiera Lamenais, ni aun el Padre Jacinto ó nuestro elocuentísimo y malogrado Tristán Medina. Si Montalembert hubiera sido clérigo, ese habría sido el tipo moral de Antonio Cándido.

Ya se comprenderá que, con estas condiciones, el orador portugués no tendrá una gran influencia en las Cámaras y centros políticos de su país. Pertenece al partido liberal, quizá al grupo más avanzado, pero hace un par de años pronunció un discurso muy celebrado como forma y como arte, en el cual señalaba la decadencia moral de la sociedad lusitana y el profundo malestar de aquella organización política, buscando la causa de

todo esto, no en las flaquezas personales de tales ó cuales hombres, si que en las corruptelas del sistema parlamentario. Aquel discurso sólo produjo una protesta calurosa de casi todos los hombres políticos que en él vieron sólo la escentricidad ó la ilusión de un moralista. De mayor éxito fué otro discurso verdaderamente bello pronunciado en el teatro de San Carlos hacia mediados del pasado Abril, con motivo de no sé qué fiesta promovida por la prensa lisbonense en favor de las víctimas del gran incendio del teatro de Oporto. ¡Con qué elocuencia defendía Antonio Cándido el interés y el valor positivo de la existencia humana contra el escepticismo asolador de los espíritus rebeldes y caídos de nuestra época, y el dejo amargo del desprecio de la vida proclamado por los intransigentes de la Iglesia en los tiempos medios!

Pocas veces se habrán empleado frases más felices para celebrar las Alegrías y los Virtudes de la Vida, al par que las grandes obras de la Humanidad en la historia.

Cándido ha hablado mucho en conferencias públicas de muy vario carácter, celebradas en Lisboa, Coimbra y Oporto. Entre ellas se cita mucho la dedicada á Victor Hugo inme-

diatamente después de la muerte del poeta legendario. No sé quién me ha dicho que en este año había de publicarse una colección de discursos del orador portugués, que llenarían más de dos gruesos volúmenes. Celebraré que así sea, siquiera por tener el gusto de conocer, con algún detalle, está fase de la vida literaria lusitana, que á mí me interesa escepcionalmente por muy diversos conceptos.

Mas por todo lo que yo he oido, nunca aparecerá á mis ojos el justamente afamado Antonio Cándido como el continuador de la tradición tribunicia del gran orador político de 1830. Y se me antoja que José Esteban, en su propio país, en esta misma época y con relación al Parlamento lusitano, tampoco puede rivalizar con otros oradores que, por lo general, están debajo de él; *verbi gratia* el actual Ministro de Hacienda Mariano de Carvalho, que es un verdadero *debater*, de tanta intención como dominio de los asuntos políticos y los negocios económicos de su tierra y de su tiempo. El Sr. Carvalho también tiene una gran reputación como periodista, rivalizando con Ennes y Emidio Navarro.

Me sería casi imposible formular un juicio bien fundado sobre el periodismo portugués.

Porque para esto es preciso, no sólo haber leido con mucha constancia, los periódicos de aquel país, sino conocer á fondo los gustos y las necesidades de la sociedad para quien el periodista escribe. Yo sé de algún periódico que, á mi parecer es, por su ingenio, su confección, su sentido y sus informaciones, no solo el primer periódico de Madrid, cuyos gustos y cuya cultura representa como ningún otro y á una distancia considerable respecto de los demás, si no tal vez, como el primer periódico de España en este último agitadísimo período que vivimos, y sin embargo, he oido decir á hombres muy ilustrados de Europa y de América que el tal periódico se les cae de las manos, por su falta absolutade interés, reducido, como parece, á las cosas de la vecindad española.

Esta crítica, que sin duda tiene su pretexto, no sería justa si se generalizase hasta el punto de establecer sobre ella el juicio que el tal periódico merece; porque la sociedad española quizá no ha llegado al tiempo en que puedan vivir, respondiendo á las necesidades presentes, periódicos del diverso tipo que representan, por ejemplo: en Europa, *Le Temps,* de París y *The Daily News,* de Londres, ó aun *Le*

Figaro y *The Echo*. Yo, habitualmente leo los dos primeros. Pero reconozco que la mayor parte de sus trabajos no tendrían interés para nuestro público, desgraciadamente separado de los problemas generales de la política y de la sociedad europeas, y preocupadísimo con las iras del *general*, la soberbia de Fulano, la tertulia de Zutano, las frases de café, las rivalidades de los ministros y otras cosas de menor monta. Pues en Portugal, me parece todavía el mundo más pequeño, y en este mismo sitio, ya he dicho el efecto que me producía la lectura diaria del periódico mejor informado y más popular de Lisboa. De su lectura yo sacaba la inspiración de que en Portugal no *pasaba nada*.

Sin embargo, en el país vecino hay muchos periódicos y una tradición periodística de verdadera importancia. Todavía vive el diario titulado *A Revoluçao de Setembro*, que fundó en 1836 y redactó al principio el célebre orador José Estevao y que después dirigió con raro éxito el *Girardín portugués* (Antonio Rodrigues Sampaio), con la representación del partido regenerador y una gran fama de intencionado y literario. Los folletines de este periódico tuvieron siempre gran importancia, y quizá no

aventuro mucho sí afirmo que con éste ó aquél carácter, y para éste ó aquél fin, en el periódico aludido han colaborado casi todos los hombres de superior cultura de las generaciones portuguesas de 1836 y 1850. A su lado hay que poner el *Jornal do Comercio,* fundado hace más de treinta años por Luis de Alburquerque, profesor de Economía Política de la Politécnica lisbonense, diario de una circulación y de proporciones materiales mucho mayores que las de *A Revoluçao,* y su más próximo en antigüedad: periódico de forma inglesa, muy comprensivo, muy circunspecto, muy liberal, muy competente en asuntos económicos, mercantiles y coloniales, de una grande influencia en las clases acomodadas y comerciales de Lisboa y que en la época de sus redactores Ribeiro Guimaraes y Baltazar Radich, fué el más avanzado de Portugal, señalándose como enemigo decidido del ultramontanismo y de los Borbones. Hoy es propiedad del señor Conde de Bournay y lo dirige el Sr. Pinheiro Chagas, y en sus columnas han aparecido por mucho tiémpo las firmas de Latino Coelho y Mendes Leal.

Coadyuvan á la empresa política de *A Revoluçao,* el *Jornal da Noite* y el *Diario Ilustrado.*

de un cierto tono aristocrático y de gran prestigio en el círculo femenino y de la *high-life*. Y trabajan por el partido progresista el *Correio da Noite*, *O Repporter*, *O Diario Popular* y *As Novidades*, todos de circulación bastante considerable dada la población de Lisboa.

Pero la mayor importancia bajo este punto de vista la tienen el *Diario de Noticias* y *O Seculo*. El primero tira sobre treinta mil ejemplares y es una especie de *Correspondencia de España*, abierto á todos los intereses y todas las opiniones, pero con acentuado sentido liberal. Su fundador murió en estos días: un hombre muy culto y muy activo: Eduardo Coelho. Hoy es propiedad del Sr. Vizconde de San Marçal y lo dirige un escritor de mérito: Brito Aranha, de quien ya he hablado. *El Siglo (O Seculo)* es el periódico republicano más popular y leido. Lo dirige un caluroso propagandista educado en Coimbra: (el señor Magalhaes Lima), y mantiene un cierto tono gubernamental. Defendiendo la misma causa viven otros diarios en Lisboa, como *A Democracia Portuguesa*, *A Folha do Povo* y *Os Debates*, donde escriben Braga, García y otras personalidades eminentes.

La prensa de provincias tiene naturalmente

menos alcance, pero en Oporto disfrutan de especial consideración el *Primeiro de Janeiro*, que es el más leido, órgano del partido progresista, y el *Commercio do Porto*, de idéntico color político, de una competencia señalada en asuntos mercantiles, y cuyas columnas ilustra con su frecuente colaboración uno de los publicistas de más positivo valor de la Península Ibérica: el Sr. Rodrígues Freitas, eminente profesor de la Escuela Politécnica de aquella ciudad, ex-diputado republicano y autor de muchas y muy valiosas obras, entre las que figuran un *Estudio sobre Cavour y Portugal*—las *Noticias de Portugal para la Exposición de París de 1867*—el análisis de las doctrinas de la Internacional, publicado con el título de *La Revolución Social*—otro estudio de 1876 sobre *La Crisis Comercial y Política*, otro sobre *Froebel y su sistema* — y en fin, un recientísimo tratado de Economía política. Por bajo de estos periódicos hay que poner, apesar de que su suscrición no es menos de tres á cinco mil abonados, *A Provincia*, diario progresista y *O Diario da Manha* y *A Actualidade*, que defienden al partido regenerador.

Como antes he dicho, tengo que limitar á estas ligerísimas indicaciones mi recuerdo de

la prensa política portuguesa, y no más podría decir de la científica, literaria y profesional representada hoy, después de la desaparición de la *Revista de Estudios Libres*, exclusivamente por *A Comedia Portuguesa*, la *Revista de Educaçao e Emino* y la de *Medicina Contemporánea*. Sobre que no poseo datos suficientes, y mi lectura de esas publicaciones ha sido muy rápida, pienso además que no es esta la mejor oportunidad para discurrir sobre estos particulares. Básteme señalar su existencia, añadiendo que esta demostración especialísima de la riqueza y el sentido reformista de la vida contemporánea tiene en Portugal mucha importancia: con lo que creo decir suficiente en obsequio del valor político é intelectual de la sociedad lusitana.

Por motivos de otro género y de mayor cuantía, estoy obligado á dejar á un lado todo el aspecto científico y jurídico del movimiento intelectual del pueblo vecino. Nunca pensé llevar á este terreno mis observaciones y menos la atención de mis oyentes. El trabajo tendria que revestir importancia extraordinaria y á las veces un carácter especial y técnico, de todo punto incompatible con el fin que me he propuesto en estas Conferencias, y quizá muy

poco en relación con las esperanzas y aún los deseos del público que me ha favorecido estas noches. Claro se está que un país donde en la esfera de la pura literatura y de los trabajos intelectuales á que me he referido, se ofrecen poetas, críticos, oradores, historiadores y periodistas de la valía y en el número que hemos visto, nunca podría ser totalmente infecundo en otros órdenes de esa superior vida del espíritu que pide cierta preparación y comedimiento.

De todas maneras, para sospechar esto bastaría el recuerdo de algunos hechos y datos que están al alcance de todo el mundo.

En Portugal se ha publicado en 1867 un Código civil, cuya originalidad y sistema han dado base á las críticas más encontradas por parte de los más caracterizados jurisconsultos europeos y americanos. Y por cierto que el principal defecto que sus impugnadores le ponen, es su carácter esencial ó exageradamente científico. Por esta nota ya puede inferirse que en el vecino país deben ser mirados con cierto amor los estudios jurídicos y económicos, y con tal antecedente no puede sorprender á nadie que estudie á fondo la materia, la existencia de libros como los del

Doctor Laranjo, sobre *Economía política;* el del Sr. Serpa, sobre *Cuestiones de política positiva;* los varios del Doctor Manuel Emidgio García, sobre *Sociologia* y *Derecho público interno y externo;* y, en fin, otros trabajos que ya no cito por no fatigar vuestra atención, y que han producido los Sres. Navarro de Paíba, Diaz Ferreira, Seabra, Barjona y otros muy estimables publicístas. No clasifico: cito al acaso en vista de mis libros y de mis recuerdos.

He creído siempre que Portugal es uno de los países donde de 25 años á esta parte, se ha dedicado mayor atención á la Pedagogía y se han hecho reformas de mayor alcance, conforme al espíritu novísimo. Sólo quiero hacer mención de tres personas, cuya competencia en estas materias es unánimemente estimada dentro y fuera del país lusitano. Me refiero al Sr. Jaime Moníz, exministro de Marina y de las Colonias, Catedrático, y creo que Director del Curso superior de Letras de Lisboa y miembro muy activo y caracterizado del Consejo de Instrucción pública; el Doctor Bernardino Machado, catedrático de Coimbra, á cuya Universidad ha representado como Par del Reino, y representa actualmente como Consejero de Instrucción pública, siendo suyo,

entre otros libros de alto valor técnico, el recientísimamente publicado, con el título de *Affirmaçoes Publicas*; y, por último, el afamado Doctor Adolfo Coelho, á quien me he referido no hace mucho al hablar de las Conferencias democráticas, el cual es hoy justamente tenido por una eminencia, por la variedad de sus estudios filosóficos, filológicos, antropológicos, y especialmente pedagógicos.

Las Escuelas espiritualista y positivista riñen formidable batalla en las Academias y la prensa lusitanas. Paréceme que la última es la que más ha ahondado en las clases superiores consagradas á estos estudios. A sus principales apóstoles ya me he referido, (Braga, Falçao, Garcia, Teixeira Bastos, Moniz Barretos...) y aquí quiero sólo señalar entre los más afortunados y prestigiosos propagandistas de la Escuela contraria á los Doctores López Braça, Jaime Moniz y Alvez de Souza.

Me llevaría muy lejos la tentación de meras indicaciones sobre aquellos hombres, consagrados especialmente á lo que hoy se llama la Ciencia por antonomasia; en cuyo grupo la voz pública coloca, no sólo á mi respetable amigo el insigne literato y político Latino Coelho, sí que al Doctor Delgado, Director de

los trabajos geológicos y prehistóricos del vecino reino, al profesor de Astronomía Doctor Thomas Oom, al agrónomo Lapa, á los químicos José Julio Rodríguez y Lourenço Almeida, al alienista Senna y á individualidades tan salientes como los Sres. Bento de Sousa, Simoes Carvalho, Sousa Martins, Gama Pinto, etc., etc..... Ya temo que protesteis contra la monotonía y la vulgaridad de esta enumeración.

Pero, sobre todo, tratándose de la cultura superior científica, y aun de la enseñanza profesional portuguesas, sería imposible no ver la tradicional Universidad de Coimbra, las Escuelas Politécnicas de Lisboa y Oporto, las dos Escuelas de Medicina y el Curso superior de Letras. Y habría que lamentar la falta de Centros y Academias al modo de nuestro Ateneo, y de este mismo Instituto del *Fomento de las Artes de Madrid*, de tanto alcance y tanta eficacia en la cultura de nuestra capital y aun de España; sin que por ello niegue yo el mérito de otro género del Instituto de Coimbra, de acción muy parca y alcance excesivamente modesto: asociación, por cierto, que hace años me favoreció, sin yo esperarlo, con uno de sus títulos honoríficos, y á la cual

debo el público homenaje de mi agradecimiento. Mas, ya lo he dicho, todos estos puntos quedan completamente fuera de mi cuadro.

Tal vez en otra ocasión me determine á estudiar alguna de esas manifestaciones de la vida intelectual lusitana, al modo que ahora mismo, y para corresponder á las excitaciones de alguna famosa Revista extranjera, dedico algunos momentos á la historia del Derecho portugués y á los Códigos publicados en la desembocadura del Tajo, con posterioridad á 1870.

Paréceme que lo que he hecho hasta ahora ya me acredita de valiente; quizá de audaz. No pretendo haber traducido con fidelidad el espíritu literario contemporáneo del país vecino. Como habréis visto, me he apartado sistemáticamente del terreno de la crítica, y tengo por cierto que habrá muchos y quizá ilustres poetas y escritores portugueses que yo no he citado y hasta cuya existencia ignore por completo. No olvidéis que estas Conferencias son meras conversaciones. Y tened muy en cuenta que, á pesar de que en mi modesta biblioteca particular figuren la mayor parte de los libros importantes á que he aludido, es literalmente imposible en Madrid evacuar ciertas

citas y ampliar recuerdos personalísimos que yo he traído de una rápida visita hecha el año último á Lisboa, hallándome en condiciones de salud poco compatibles con una observación detenida y un estudio reflexivo de hombres, monumentos é instituciones más ó menos extraños al mundo en que de ordinario yo vivo. Insisto en esto, no ya para recomendarme nuevamente á vuestra indulgencia: la tengo por asegurada. Lo que yo quiero prevenir es que se dé cierto valor á mis indicaciones y que alguno me atribuya la pretensión de haber hecho un verdadero estudio sobre el Portugal contemporáneo.

Quisiera que esto quedara tan claro como lo ha quedado el espíritu de vivísima simpatía hácia el pueblo y los escritores lusitanos, objeto de estas modestísimas Conferencias. Ya sé que no falta quien lo tache de un tanto extremoso, y no puedo ignorar que personas doctísimas que en estas y otras noches me han favorecido con su presencia, señalan como una especie de debilidad mía el tono constantemente benévolo de mis observaciones, que no críticas, sobre los hombres y las producciones intelectuales de la nación hermana.

Debo afirmar frente á esta censura que en

conciencia no creo poder retirar absolutamente ningún juicio fundamental sobre la materia que estoy tratando. Insisto en creer, no sólo que el pasado de Portugal es como una obra de mágia, sino que el mérito de las principales obras literarias á que me he referido principalmente esta noche, admite la comparación con las obras más celebradas de la literatura contemporánea española, y en ocasiones algunos de esos libros lusitanos, ó no tienen sus análogos en el resto de la Península, ó superan á los que podrían presentarse para que rivalizaran con ellos. Si entráramos en un debate, yo creo que podría probarlo citando nombres y entrando en comparaciones que por muchos motivos no puedo ni debo hacer ahora. Desgraciadamente, como antes he dicho, en nuestro país no se ha leído de Herculano más que sus *Cuentos* y *Novelas*, que ya me parecen cosa de importancia. No digo nada de los trabajos de Oliveira Martins, Coelho, Braga... totalmente desconocidos entre nosotros á pesar de su altísimo valor y de su evidente utilidad para todo el que quiera estudiar la vida política, económica é intelectual de la Península Ibérica. Creo que no pasarán de seis las personas que en España ha-

yan hojeado el libro, lleno de amor para nuestra tierra, publicado no hace mucho por el discreto Simoes Diaz sobre *La España Moderna.*

A mi juicio la altura de pensamiento y la profundidad de estudio que se advierte entre los hombres de superior cultura del vecino reino, tiene, entre otras razones, ese decaimiento que se señala en la vida total lusitana y particularmente en la vida del pueblo de estos últimos tiempos, sobre todo, comparada con la época deslumbradora del siglo XVI. La fuerza, la actividad, la potencia se ha ido concentrando y concretando. Y así como las manifestaciones totales de la energía de aquel maravilloso pueblo escasean, ó por lo menos, no revisten el caracter imponente y á las veces decisivo que ofrecieron en otros periodos, cuya grandeza sería absolutamente imposible negar, así adquieren mayor importancia todos aquellos trabajos de cierto carácter individual, en aquella otra esfera donde no lleva la superioridad, la fuerza material, aparente ó positiva. Este mismo fenómeno se ha dado con frecuencia en la historia. No necesito recordar mas que el espectáculo de Italia antes de 1870.

Por otra parte, aun cuando las manifesta-

ciones de la inteligencia portuguesa no revistieran el alto valor que les he reconocido, sería absolutamente imposible negarles una cierta importancia.

Y esto ya me bastaría para el principal efecto de mis observaciones. Porque como he dicho repetidas veces, y volveré á repetir antes de terminar estas Conferencias, *mis conversaciones* sobre el Portugal contemporáneo no son exclusivamente un *desahogo*, ó el relato desinteresado de un viajero impresionable y más ó meno locuaz. En este punto comparto, desde mi particular punto de vista, la tendencia de mis ilustres amigos los Sres. Giner de los Ríos (D. Francisco y D. Hermenegildo), Vidart, Fernandez Cuesta y otros, que se ocupan con rara devoción de las cosas portuguesas. Yo tengo un fin, y á éste importa mucho la demostración de que el actual pueblo lusitano no es un pueblo completamente agotado y menos muerto, como muchos han dado en decir, exagerando la tristeza de su aspecto, la modestia de sus empeños y las dificultades de su vida económica, ó considerando las verdaderas violencias que en el orden material, ha sido y es víctima en medio de la indiferencia de Europa por parte del

Gobierno inglés y aun con cierta especie de simpatía del pueblo británico, para mí tan estimable, pero cuyos defectos no tengo por qué escusar.

He dicho otra vez que Portugal es un pueblo pobre, en relación á lo que pide en la Europa de nuestros días la *personalidad nacional.*

Pero añadí que es un pueblo simpático, culto y prestigioso. Las Conferencias de estas noches son la mejor prueba de mi juicio. No creo que por nadie pueda ponerse en duda la existencia de un considerable movimiento intelectual y literario en el país vecino, y por tanto, no podrá excusarse la evidencia de una positiva vida que si hoy se manifiesta vigorosa en las clases superiores, seguramente se ha de extender á toda la masa social, tan pronto como ese hermoso país se halle colocado completamente dentro de las condiciones políticas del mundo contemporáneo. Me hace pensar esto no sólo el recuerdo de lo que en países análogos ha sucedido y está sucediendo dentro del siglo XIX, si que la especial consideración de aquella mesura y aquella discreción de todo el pueblo portugués que tanto llama la atención del viajero que indiferente recorre las calles de Lisboa ó de Oporto.

Pero también he de declarar que si el defecto principal de estos estudios é indicaciones que acabo de hacer sobre la literatura portuguesa fuera, efectivamente, el de una extremada benevolencia, yo de ningún modo me arrepentiría, tanto porque, quizá resultado de lo mucho que he tenido que bregar bajo la inspiración de grandes ideas y de sentimientos puros y renovadores, cada vez domina más mi espíritu la tolerancia y aun la indulgencia, cuanto porque creyendo, por convicción potísima, que es necesario de toda necesidad dar cimiento á la unidad ibérica como obra de amor y de supremo interés político, estimaré de primera importancia, como una demostración de cultura y de férvido patriotismo, todo cuanto tienda á dar realce al mérito de nuestros hermanos de Portugal, á desvanecer sus prevenciones, á rectificar ciertas violentas propagandas y á aproximar los espíritus, en tanto llega la hora de una definitiva intimidad de ideas é intereses de entrambos pueblos, conforme á la ley de la política contemporánea, mediante el imperio de los grandes principios del Derecho de gentes y de la moralidad universal.

(Grandes y prolongados aplausos.)

LPor.H
L126p

Labra y Cadrana, Rafael Maria de
Portugal contemporaneo.

12843

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED

BROWN BROS
TORONTO